

*Siente, sueña
y ama*



Marisol Gallardo

Siente, sueña y ama



MARISOL GALLARDO



Primera edición: octubre 2017

ISBN: 978-84-1350-786-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Marisol Gallardo

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Fotografía de cubierta: Yolanda Avila Cabanillas (el mundo de Noa) Modelo Ilia Romero

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Agradecimientos:

A mis padres por los valores que me inculcaron. A mi hermano, Emma y mis sobrinos quien tiene una familia así, tiene un tesoro. A mis hijos Nuria y Sergio, un amor incondicional, porque son el mejor regalo que me dio la vida, a Nino mi alma gemela, gracias, por regalarme las alas para poder volar. Ariel sin ti nada de esto hubiera sido posible, tu me enseñaste el camino de margaritas. Amigas muchas, del alma Carmen y Tere, gracias por vuestro apoyo incondicional, siempre tendréis un lugar en mi vida y en mi corazón, Celia y Lidia me encanta forma parte de vuestras vidas y por ultimo a mis primas Maite, Elvira la viajera y Aurora.

Dejar de amar y de soñar es dejar de vivir, por eso Siente, sueña y ama.

1.

ESPERANDO EN EL ANDÉN DEL TREN

Era un día gris, empezaría a llover de un momento a otro. Debía estar a las diez en la estación de tren, bajé corriendo las escaleras: el taxi me esperaba.

Salí y me detuve unos instantes. Ese olor tan particular; olía a tierra mojada. Comenzaban a caer las primeras gotas y me apresuré, no quería llegar tarde. Me había levantado muy temprano para alisarme el pelo y maquillarme.

Quería impresionarle.

—Por favor, tiene quince minutos para llevarme a la estación de tren. No puedo retrasarme.

—Tranquila, llegaremos —contestó con voz pausada.

Me sentía tan nerviosa que abrí un poco la ventana; necesitaba respirar el aire fresco de la mañana. No podía hacer otra cosa más que mirar el reloj y los semáforos en rojo. «No llegaré a tiempo. ¿Y si cuando me vea no me reconoce? Ha pasado demasiado tiempo», pensaba.

—Señorita, hemos llegado a tiempo ¡y en menos de quince minutos! Exactamente, en catorce minutos

—Muchas gracias, señor. —Mis manos sudaban y mi cuerpo entero temblaba. En pocos segundos, estaría frente a él. Estaba tan nerviosa que no encontraba el dinero y revolví todo el bolso hasta dar con él—. Tenga y quédese con la vuelta.

—Gracias. Que tenga un feliz día, señorita.

—Igualmente, y gracias por conseguir que llegara a tiempo...

Bajé rápido del coche, empecé a correr, sintiendo las gotas sobre mi piel.

Llegué al andén, pero aún no había llegado el tren, así que me senté en uno de esos viejos bancos que descansaban cerca de la puerta. Estaba inmersa en mis pensamientos: recordaba el día en el que nos conocimos.

Cuando escuché por megafonía: «Próxima llegada del tren procedente de Madrid».

A lo lejos, vi cómo se iba acercando. Sentía como el latido de mi corazón se aceleraba por segundos. Se me hizo interminable la espera.

No habrían pasado más de cinco minutos cuando comenzaron a bajar los viajeros.

Y allí estabas tú. Siempre me pareciste el hombre más atractivo del mundo.

Parecía que no hubiera pasado el tiempo, aunque, de aquello, hacía ya demasiados años. Aquel día fui a despedirte, pero no llegué a tiempo.

Estaba a unos pasos de ti. Me acerqué y te sonreí, ni tan siquiera me reconociste. Te agachaste y levantaste a una pequeña entre tus brazos, en aquel instante supe que te había perdido para siempre.

«No puede ser, nadie me dijo que se hubiera casado», sonó en mi interior.

Me sentí desilusionada, triste; quería salir de allí cuanto antes. Di media vuelta y comencé andar

deprisa, tan deprisa que no vi a una niña que estaba justo a mi lado y casi nos caemos las dos.

Cada vez llovía más, ¿pero qué importaba? Corría entre la gente con el único deseo de llegar a casa.

¡Qué estúpida fui! Para él solo había sido una aventura de verano. No sé bien si fue la lluvia o fueron las lágrimas en mis ojos lo que impedía que pudiese ver con claridad.

Llegué a casa y subí hasta mi habitación. Me quedé paralizada tras la puerta; no podía reaccionar. Caí sobre la cama llorando como una colegiala. Al instante, entró mi hermana, como todas las mañanas, a darme los buenos días.

—¡Estás empapada! ¿De dónde vienes así? Estás loca. Quítate esa ropa ahora mismo y la pondré a secar —Paró en seco y se acercó a mí—. Espera. Mírame, Lucía. ¿Por qué estás llorando? ¿Te ocurre algo?

—Tú lo sabías, ¿verdad?

—Que yo sabía, ¿qué? No te entiendo.

—Tú sabías que se había casado, y nadie me lo dijo.

—¿Quién se ha casado? Cálmate y cuéntame, que me estás preocupando.

—Ayer, durante la cena, escuché a papá decir que Miguel llegaría hoy, que ocuparía una plaza en la fábrica. Decidí ir a esperarlo a la estación de tren y acompañarle hasta casa.

Un silencio se apoderó de la habitación.

—¿Y qué pasó? —se interesó mi hermana.

—Pues eso, que no debí haber ido —dije, haciendo énfasis en cada palabra—, ni tan siquiera me reconoció, y cuando me fui a acercar a él, tenía a una niña entre sus brazos. No sabía qué hacer y salí corriendo para casa.

—¿Volviste corriendo? Estás loca, hermanita. Es normal que no te reconociera; ha pasado mucho tiempo y tú eras una jovencita muy alocada. Además, ¿qué más da que esté casado o no? ¿No me dirás que sigues enamorada de él? —La miré a los ojos, haciéndole ver que había acertado—. Lucía, ¡estás loca!, tienes novio y un futuro junto a él. Miguel es el pasado.

—Lo sé, pero no he podido evitar ir hasta allí y cuando le vi —hice una pausa y tomé aire— volví a sentir esas mariposas en el estómago. Como hace diez años, cuando llamó preguntando por papá.

—Chicas, bajad a desayunar. Tenemos invitados.

—Diles que estoy enferma —le supliqué a mi hermana—, que tengo fiebre. Invéntate cualquier excusa.

—Quítate esa ropa mojada y sécate el pelo. Vamos a desayunar y déjate de tonterías, ya no eres una niña —ordenó.

—No bajaré. Desayunad sin mí, me voy a dar una ducha y me quedaré en mi cuarto. No quiero verle —manifesté—, estará con su esposa y su hija, no podría mirarle a los ojos, se daría cuenta de que sigo enamorada de él como hace diez años.

—Está bien, como quieras. Pero tú ya tienes una vida y eres feliz, ya va siendo hora de que entierres el pasado. —Antes de cerrar la puerta la miró y le dijo—: Solo te traerá problemas.

2. EL PRIMER ENCUENTRO

Sentía como el agua de la ducha caía sobre mi cuerpo, no era capaz de borrar la imagen de aquella niña rubia en sus brazos, las lágrimas me nublaban la vista; al verle, retrocedí al pasado, aquel verano de 1999, acababa de cumplir diecisiete años, yo estaba en mi habitación escuchando *Year of the cat*, de Al Stewart, a mamá le gustaba tanto esa canción y la había escuchado tantas veces que me encantaba, recuerdo que la tenía puesta a todas horas, alguien llamó al timbre e insistieron una y otra vez.

—Mamá, están llamando, ¿puedes abrir? —No me contestó y me asomé a la ventana, vi a un chico moreno de unos veinte años, miró hacia arriba, era guapísimo.

—Hola, ¿vive aquí Marcos? Creo que me dieron esta dirección.

—Hola, sí, pero él no está en casa, está en la fábrica, ¿sabe dónde está?

—Lo sé, pero me dio esta dirección y me dijo que le esperara aquí.

—Espera un momento —me fui hacia la puerta—, mamá, preguntan por papá.

Al ver que no contestaba, fui a su habitación y no estaba, bajé y nada, estaba sola en casa; de pronto, oí qué alguien abría la puerta.

—Mamá, abajo había un chico que preguntaba por papá —y vio qué detrás de ella, entró él; era guapísimo, se quedó parada sin saber qué decir.

—Lucía, te presento a Miguel, comenzará a trabajar con papá en la fábrica, ella es nuestra hija pequeña.

—Bueno, en realidad pronto cumpliré dieciocho años, ya no soy tan pequeña, mamá.

—Claro, dentro de más o menos un año —dijo mamá; ellos sonrieron, y yo sentí un calor en la cara; me puse roja de vergüenza y de rabia, mamá como siempre contradiciéndome.

—Anda, cariño, ve a la cocina y trae la jarra de limonada, seguro que a Miguel le sentará bien, hoy hace un día de mucho calor.

Le observé desde la cocina, me miró y sonrió y yo desvié la mirada, pero volví a mirarle, era guapísimo, hablaba con mamá, le acerqué la jarra y un vaso, se lo puse sobre la mesa, estaba como hipnotizada, nunca sentí algo parecido.

—Lucía, te estoy hablando, ¿escuchaste lo que te dije?

—Sí, claro, mamá, te estaba escuchando.

—Pues hazlo, ¿a qué esperas?

—¿Que haga qué, mamá?

—Ay, Lucía, estás siempre en las nubes, esa música bájala por favor, nos vas a volver locos. Alguien llamó a mi puerta y volví a la realidad, era mi hermana, no paraba de dar voces.

—Lucía, ¿quieres abrir la puerta, llevo un rato llamándote!

—¿Qué quieres? Estoy en la ducha, ¿no les dijiste que no me encontraba bien?

—Se lo dije, pero dice mamá que bajes a desayunar, que un café caliente te sentará bien.

—Sí, pues no pienso hacerlo, déjame, quiero estar sola, ¿es que nadie me escucha en esta casa?

—Dice que si en diez minutos no estás abajo, subirá ella y tendrás que darle explicaciones cuando te vea los ojos rojos de llorar.

—Está bien, bajaré. —Salí de la ducha, me fui al ordenador y busqué la canción; cuánto tiempo sin escucharla.

—Lucía, baja esa música y ven de una vez, te estamos esperando para desayunar.

Mientras escuchaba la canción, me puse mi viejo pantalón vaquero y una camiseta descolorida que me encantaba, bajé protestando por las escaleras.

—No quiero desayunar, ya se lo dije a Elena —dije entrando en el comedor.

—Hola, Lucía, ¡cuánto tiempo! Pero bueno, ¿dónde está esa chica de diecisiete años? Si ya eres toda una mujer —No me salían las palabras del cuerpo.

—Hola, Miguel, ¿cómo estás? Pues sí, ya ves, esa niña ya quedó atrás, los años pasan sin darnos cuenta, ¿verdad?

—Lucía, ¿puedes traer el café, por favor?

—Sí, mamá, ¿algo más? —De pronto suena el teléfono—. Ya lo cojo yo, mamá, puede ser del periódico.

—Lucía, cielo, ¿eres tú?

—Sí, dime, me están esperando para desayunar.

—Recuerda que hoy te recojo a la una y media, comemos con mis padres, ¿no te habrás olvidado?

—Es verdad, se me había olvidado, pero he quedado con mi hermana para acompañarla a probarse el traje de novia y no la puedo fallar.

—Lucía, lo habíamos hablado hace días, ¿ahora qué le digo a mis padres?

—Lo sé, cariño, pero sabes cómo soy, se me olvidó, discúlpame con ellos, prometo ir otro día, hoy no puedo fallar a mi hermana; bueno, me esperan para desayunar, hablamos más tarde y no te enfades, prometo recompensarte.

—Eres única, siempre acabas saliéndote con la tuya, de acuerdo, te llamaré más tarde.

—Gracias, mi amor, por comprenderlo, ahora te dejo, que me esperan.

—¿Quién era, Lucía? ¿Otra vez del trabajo?

—Mamá, era Alicia, me preguntaba por una documentación de un caso que estamos investigando.

—¿Podemos comenzar a desayunar ya? ¡Qué hambre tengo! —dijo Lucía cogiendo una tostada.

—Pero si hace un momento bajando por las escaleras decías que no querías desayunar.

—¿Aún no me conoces? Solo era para hacerte rabiar, mamá —Todos rieron

—Nunca cambiarás, me vuelves loca. Bueno, Miguel, cuéntanos qué ha sido de ti en estos diez años, ¿dónde has estado?

—Bueno, es una larga historia, pero trabajando de un lado a otro, viajando, nada especial, ¿y vosotras? Os dejé siendo unas niñas y ya sois unas mujeres preciosas.

—Bueno, no tan niñas —dijo Lucía.

—Lucía siempre queriendo ser mayor.

—Ya no, mamá, ya soy mayor, el tiempo a veces pasa demasiado deprisa, ¿verdad, Miguel?

—Así es, ¿y qué haces? ¿Dónde trabajas?

—Estudié Periodismo, pero eso ya lo sabías. —Nuestras miradas se cruzaron, parecía que el corazón se me saldría de un momento a otro—. Trabajé en varios periódicos, pero decidí volver.

—Claro, el amor es la que nos la trajo de nuevo.

—Mamá, no digas tonterías, todas las madres sois iguales, volví porque me ofrecieron un trabajo mejor; a Jesús lo conocí después.

—Tienes novio por lo que veo, o sea, que estás enamorada.

—Yo, bueno, es un amigo.

—Sí, Miguel, Lucía se nos enamoró.

—Bueno, mamá, tanto como enamorada, somos amigos.

—Así se le llama ahora, cuando estáis a punto de poner fecha de boda.

—Eso son cosas tuyas, cómo sois las madres, ya te he dicho muchas veces que no pienso casarme, no de momento.

—Y tú, Elena, ¿qué es lo que haces?

—Yo sigo trabajando con papá en la fábrica, y ya tengo fecha de boda, me caso dentro de tres meses.

—Qué bien, me alegro por ti, pues ya no queda nada.

Y antes de que contestara Elena, salto Lucía:

—¿Y tú, cómo se llaman tu esposa y tu hijita?

—Yo no estoy casado, y no tengo ninguna hijita —dijo en tono irónico.

—Ah, no, pero...

—¿Pero qué, Lucía? Sigo soltero y sin compromiso.

—Tú me lo dijiste, mamá.

—¿Yo? Si hacía tiempo que no sabía de Miguel, ¿cómo te lo iba a decir?

—Ah, pues no sé, lo habré supuesto. Hubiese sido lo normal después de tantos años.

Hubo un silencio que rompió mamá.

—¿Qué os parece si nos vamos hoy a comer al restaurante del lago?

Papá levantó la mirada del periódico y dijo que era una buena idea.

—Qué bien, mamá, con el tiempo que hace que no vamos, creo que desde el verano.

—¿Pero tú no tenías una comida hoy con Jesús y su familia?

—No, se me olvidó decirte que la han suspendido; será la semana que viene.

Terminamos de desayunar y tras una charla distendida dijo mamá:

—Elena, hija, prepara el cuarto de invitados, yo recogeré la mesa.

—¿Te ayudo? —dijo Miguel.

—Tú eres ahora nuestro invitado, Miguel.

—Lo haré yo, mamá —dijo Elena.

—Bien, pues yo iré un momento a la fábrica, volveré enseguida, cariño, hoy es sábado, no tardaré.

—Está bien, pero recuerda que comemos fuera, que cuando entras en esa oficina, se detiene el tiempo y no sabes cuándo terminar.

—¿Quieres que te acompañe, Marcos?

—No, descansa, Miguel, acabas de llegar de un largo viaje y yo no tardaré.

—Mientras retiráis la mesa, saldré al porche a regar mis plantas.

Cuando se quedaron solos, Miguel se acercó a Lucía.

—Sigues igual a como te recordaba en la universidad.

—Ya, pero con unos años más, el tiempo pasa, son demasiados años.

Me miró y con una sonrisa dijo:

—Por cierto, esta mañana en la estación de tren estabas preciosa.

—¿Yo en la estación? Me equivocarías con otra persona, esta mañana salí a correr por el parque que hay cerca de casa.

—Puede ser, pero llevabas el pañuelo rojo que te regalé, ¿recuerdas?

—Pues ahora mismo no, la verdad.

La magia del momento se rompió cuando entró mamá y comentó:

—Bueno, Lucía, tú como siempre perdiendo las cosas, tu pañuelo rojo lo acabo de encontrar enganchado a la verja del jardín, eres un desastre.

—Ah, pues no sé, se volaría desde mi ventana. —Me miró y sonrió.

—Sabes que esa nariz comienza a crecer.

—Sí, igual que a ti cuando me dijiste que volverías en tres semanas y, ya ves, han pasado siete largos años.

—Sabías que debía irme, no podía quedarme, aunque era lo que más quería en el mundo, quedarme junto a ti.

—¿Sin una explicación? ¿Sabes los días que te esperé?, ¿las noches que apenas podía dormir? Y el tiempo que pasó hasta que supe que nunca regresarías.

—Es una larga historia, Lucía, pero ni un solo día dejé de pensar en ti.

—Sí, ya veo, ni una llamada, ni una carta, nada en siete interminables años.

—Llamaba a tus padres por Navidad, pero nunca te pusiste.

—No me llamabas a mí, era una felicitación, solo eso, y ahora ¿por qué has vuelto? ¿Para volver a cambiar mi mundo de nuevo?, ¿no crees que ya sufrí bastante?

—Yo también he sufrido por no tenerte, Lucía, y he regresado, porque ahora llegó el momento de explicarte por qué me fui.

3. MI CUADRO DE MARGARITAS

Lo miré y le dije:

—Ahora no es el momento —y con lágrimas en los ojos subí corriendo a mi habitación, miré por la ventana, seguía lloviendo, estaba siendo un invierno muy frío, tenía las manos heladas y mi cuerpo temblaba, no sé si era miedo o emoción, solo sé que lo que me apetecía era salir corriendo, irme lejos de allí, volvía a estar atrapada entre dos mundos.

—Lucía ¿puedo entrar? —Y antes de contestar, Elena abrió la puerta—. ¿Me puedes dejar el vestido azul?

—Sí, cógelo, está en el armario.

—Gracias, hermanita. —Cogió el vestido, se lo puso por delante y se miró en el espejo, moviéndose de un lado a otro—. Me encanta.

—Pues es tuyo, te lo regalo.

—En serio, ¿pero si te encantaba este vestido?

—Pero a ti te queda mejor que a mí. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla.

—Gracias, Lucía, pero siempre fuiste más guapa que yo, me encantó presumir de hermana pequeña, eras como una muñequita. ¿Estás llorando? Cuéntame qué te ocurre, no me gusta verte triste, tú que siempre nos alegras a los demás.

—No es nada, Elena, estoy bien, de verdad, no te preocupes, solo necesito tiempo. —Se sentó a mi lado y me acarició el pelo como cuando éramos pequeñas.

—Nunca hemos tenido secretos, cuéntame qué te pasa, no pienso moverme de aquí hasta que me digas por qué lloras.

—No es nada, son chiquilladas, ya me conoces, la eterna romántica.

—Todo pasará, no te preocupes, y ahora ponte guapa, que ya mismo esta mamá llamándonos y sabes que odia esperar.

—Está bien, iré a arreglarme, no hagamos esperar a mamá, es una hora de camino hasta llegar al lago.

Me asomé por la ventana y allí seguía mamá con sus flores, siempre tenía en el salón un ramo de margaritas, en un jarrón que era de la abuela, eran sus flores preferidas, desde pequeña.

Me recosté sobre la cama y empecé a recordar que un día nos contó una historia de cuando ella vivía en París, yo tendría unos diez años y Elena trece; estábamos las tres sentadas en el porche, esperando que regresara papá de la fábrica; recuerdo que le dije.

—Mamá, ¿por qué siempre siembras margaritas y las pones en el salón? A mí me encantan las rosas.

Ella, con una sonrisa, me contestó.

—Pues cuando tú tengas tu casa y un precioso jardín, siébralo de rosas, como yo de

margaritas, cada persona se identifica con una flor y la mía son las margaritas. ¿Queréis que os cuente una historia y así sabréis por qué siempre tengo margaritas?

—Vale, mamá, nos gusta escuchar tus historias —dijo Elena entusiasmada, le encantaba escuchar las historias de mamá.

—Está bien, chicas. —Nos acurrucamos a ella y comenzó a contar—. Hace ya mucho tiempo, yo vivía con los abuelos en París en un barrio que se llamaba Montmartre, era un barrio muy peculiar, con callejuelas estrechas y vivíamos en un pequeño apartamento —observaba que mientras mamá nos contaba su historia, sus ojos brillaban de una forma especial; mi hermana y yo la escuchábamos atentamente, casi sin pestañear—. Yo iba a un colegio muy cerca de nuestra casa, las callejuelas estaban llenas de artistas, eran pintores, había cuadros preciosos, con una luz especial, porque París es la ciudad de la luz, ¿lo sabíais?

—Mamá, todas las ciudades tienen luz —comenté con la ingenuidad de una niña.

—Claro, Lucía, pero la de París es especial, cuando vayas lo entenderás. Pues justo enfrente de mi casa, se ponía a pintar un señor que tenía una barba blanca y me decía todas las mañanas cuando salía hacia el colegio: «*Bonjour, madeimoselle*»; yo le sonreía y le contestaba *bonjour*, y siempre me paraba a ver sus cuadros.

»Un día, vi que pintaba un cuadro de margaritas, era tan bonito que al ver mi cara me sonrió y me dijo:

—¿Te gusta, pequeña?

—Sí, es muy bonito, y las margaritas me gustan mucho, a veces mamá pone en casa un jarrón con flores, y cuando pone margaritas, me las llevo a mi habitación, porque me encanta mirarlas.

—Pues corre al cole, que cuando vuelvas lo habré terminado, y le pondré tu nombre; dime cómo te llamas.

—Me llamo Silvia. —A lo lejos escuché a la abuela, que me llamaba.

—Silvia, llegarás tarde al colegio, date prisa. —Eché una carrera, me agarré a su mano y me dijo—: No debes molestar, cariño.

—No le molestaba, mamá, solo quería verle pintar; ¿sabes que le pondrá mi nombre al cuadro de margaritas?

La abuela sonrió y me dijo:

—Silvia, seguro que es el cuadro de margaritas más bonito del mundo

—Y será algún día mío, ¿verdad, mamá?

—Claro, cariño, algún día colgará en alguna pared de tu casa, pero ahora debemos darnos prisa o llegaremos tarde las dos.

Ya en la puerta del colegio:

—Bueno, Silvia, pórtate bien en el cole y espera a que venga papá a buscarte; hoy saldré más tarde del trabajo.

—Vale, mamá —le di un beso y entré con Marie, íbamos a la misma clase. ¿Recordáis que hace dos años nos visitó una señora rubia que hablaba en francés, esa era Marie, mi amiga de la infancia, con la que me pasaba horas y horas jugando, pero os sigo contando.

—Dieron las cinco y sonó la campana. Salí del colegio y esperé a que llegara el abuelo, siempre tenía que esperarle, porque él salía a las cinco de trabajar, ¿y sabéis? Cuando me recogía, siempre me llevaba caramelos de violetas, esos momentos nunca se olvidan.

—Mamá, como haces tú cuando nos recoges a Elena y a mí.

—Así es, cariño, como hago yo cuando os voy a recoger al cole; pues el abuelo me dijo que nos pasaríamos a comprar unas cosas antes de volver a casa —me enfadé un poco, porque pensé que

si nos retrasábamos, no estaría allí mi cuadro de margaritas y no podría verlo.

—Pero, papá, si tardamos, el señor que pinta las margaritas no estará.

—¿De qué me hablas, Silvia?

—El señor de barba blanca, el que pinta cuadros enfrente de casa hoy me dijo que el cuadro que estaba pintando lo tendría terminado cuando saliera del colegio y ¿sabes, papá?, le pondría mi nombre y quiero verlo.

—Entonces, iremos rápido a comprar para que puedas ver tu cuadro, ¿de acuerdo?

—Vale, papá, démonos prisa.

Estábamos llegando a casa y no vi al señor de barba blanca, miré al abuelo y le dije:

—Ya se fue, qué pena, papi. —Pero él, al ser más alto, lo veía frente a nuestra casa.

—Cariño, está aún allí, corre a ver si terminó el cuadro.

Me paré frente a él y me dijo:

—*Madeimoselle*, ¿le gusta? —Era el cuadro más bonito que nunca vi, le dio la vuelta y me dijo —: ¿Ves? Puse tu nombre, Silvia, y lo que haremos es que lo pondré todas las mañanas apoyado en la pared para que cuando te apetezca verlo, te asomes por la ventana y lo mires.

—Gracias, señor. —Y así me pasé semanas, observando el cuadro de margaritas y cada vez me gustaba más.

Hasta que un día, cuando regresé del colegio, el señor no estaba, ni al día siguiente, ni al otro, no volví a verlo. Pregunté por él, pero nadie sabía nada.

Después de un tiempo, cuando había perdido toda la esperanza de volverlo a ver, paseando por el centro de la ciudad con los abuelos vi mis margaritas en un escaparate, no podía creerlo.

—Mira, mamá, es mi cuadro. —Salí corriendo, entré en la tienda y vi que por detrás ponía *Silvia*, busqué al señor de la barba blanca, pero no estaba.

Escuché una voz que me decía:

—¿Buscas algo, pequeña?

—Sí, ¿el señor que pintó este cuadro está aquí?

—¿Lo conocías?

—Sí, se ponía a pintar cerca de mi casa, pero hace mucho que no he vuelto a verlo.

—Murió hace dos años, era mi hermano y tengo alguno de sus cuadros.

La abuela entró en la tienda.

—Silvia, no molestes a este señor, discúlpela.

—Mamá, es mi cuadro, pone mi nombre detrás, ¡¡¡lo ves!!! El señor de la barba blanca murió; él es su hermano.

—Lo siento mucho, cariño, el que ponga tu nombre no significa que sea tuyo, pertenece a este señor; lo siento, le encantaba mirar el cuadro, se pasaba horas desde la ventana observándolo.

—Pues cuando quieras, puedes venir a verlo, los amigos de mi hermano son bien recibidos en mi casa.

—Gracias, señor, volveré, ¿verdad, mamá?

—Sí, cariño, volveremos. Gracias y de nuevo le pido disculpas.

—¿Y qué pasó, mamá, volviste a ver el cuadro? —preguntó Lucía con el corazón encogido.

—No, cariño, cuando volví, ya no estaba.

—Por eso, cada vez que ves un cuadro de margaritas, miras la parte de atrás.

—Exacto, porque sé que algún día lo encontraré y, mientras, siembro margaritas.

—Mamá, qué historia tan bonita, pero qué triste, te prometo que te encontraré el cuadro cuando sea mayor.

Mamá sonrió, me miró y con su dulce voz me dijo:

—Gracias, Lucía, con tu temperamento y lo luchadora que eres no lo dudo.

4. UNA CITA INESPERADA

—Lucía, ¿aún no te has vestido? Salimos en media hora, ¿qué has estado haciendo?

—Nada, mamá, soñando con margaritas.

—Pues deja de soñar y vístete, que salimos en media hora. ¿Llamarás a Jesús?

—No, mamá, Jesús tenía hoy una comida.

—Me dijiste que se había suspendido.

—Claro, mamá, pero es de empresa, ya sabes, cosas de su trabajo; de todas formas, antes de irnos le llamaré.

No sabía qué vestido ponerme, mejor unos pantalones, empecé a sacar ropa del armario y comencé a probarme vestidos, pantalones y faldas; cuando me di cuenta, tenía una montaña de ropa sobre la cama, oí a mamá que subía, cogí toda la ropa, la enrollé y la metí en el armario, casi no cerraba, pero antes de cerrarlo, tiré de un vestido y ese me puse, era verde y me hacía resaltar mis ojos también verdes, era de manga francesa, con un cinturón ancho y unas pequeñas mariposas, en distintos colores, un modelo *pin up*, años cincuenta. Lo encontré por casualidad, cuando paseaba con mi amiga Bea, de eso hacía ya unos años. Lo vi en un escaparate, me enamoré de él.

Comencé a recordar.

—Vamos a entrar.

—Lucía, ¡¡¡estás loca!!! Esta tienda es carísima, ¿viste qué precios tienen?

—Lo sé, pero por lo menos será mío durante unos minutos; vamos, no te quedes parada en la puerta, entremos —le dije a la dependienta.

—Por favor, puedo probarme el vestido del escaparate.

Muy amablemente me respondió:

—Sí, ahora mismo se lo bajamos, acompáñeme al probador.

Parecía que lo habían hecho para mí, salí del probador y vi la cara de Bea:

—¡¡¡Estás preciosa!!! —me volví a mirar en el espejo y me dije que no lo tendría unos minutos, sino que sería mío.

—¿Este es el precio? —pregunté a la dependienta; se salía bastante de mi presupuesto, pero me encantaba.

—Bueno, al ser ya el único que nos queda, podremos hacerle una pequeña rebaja.

Pero aun así, era carísimo, tenía dinero que había ahorrado trabajando en la biblioteca, y lo iba a utilizar para viajar en el verano; si me compraba el vestido, me quedaría sin viaje, pero qué importaba, siempre he pensado que cuando te gusta algo tanto, si no lo consigues, te arrepentirás siempre, y yo no quiero arrepentirme de tener lo que para mí tiene valor, y ese vestido me encantaba; no lo dude y le dije:

—Me lo quedo, pero no llevo tanto dinero, ¿podría dejarle una señal y mañana pasar a por él?

—Lo siento, pero no podemos hacer eso, y menos cuando solo nos queda uno.

—Por favor, mañana a primera hora vendré, no lo venda.

—Está bien, se lo reservaré hasta las dos.

—Vendré antes, se lo aseguro; muchas gracias.

—Estás loca, Lucía, ¿te das cuenta de lo que te vas a gastar?

—Lo sé, pero es tan bonito, daré más horas en la biblioteca.

Llegamos al colegio mayor y Sara se acercó a nosotras.

—¿Fuieste hoy a la universidad?

—No, me quedé toda la noche estudiando el examen del lunes.

—Pues lo adelantaron, es a las nueve mañana.

—¡¡¡Mañana!!! Me faltan tres temas, me pondré a estudiar ahora mismo, tengo que aprobar como sea.

—Bea, el vestido, ¿puedes ir a por él?

—Imposible, mañana trabajo hasta las dos, no me dará tiempo a llegar hasta allí.

—Está bien, iré yo, nos vemos más tarde.

Me quedé estudiando hasta las seis de la mañana, dormí un rato y a las nueve estaba en la universidad, el examen era tipo test, lo acabaría rápido, pero cuando miré el reloj, ya era casi la una, entregué el examen y fui corriendo a la parada del autobús, no paraba de mirar el reloj y el autobús que no llegaba, pasaba cada veinte minutos, no llegaría a tiempo, bajé del autobús y corrí hacia la *boutique*; justo a las dos estaba en la puerta y estaban cerrando, me dirigí a la chica que me atendió el día anterior.

—Por favor, venía por el vestido del escaparate, ¿me recuerda?

—Ah, sí, pero ya estamos cerrando, vente esta tarde.

—Será unos segundos, por favor, esta tarde no puedo venir.

—Está bien, haré una excepción.

—Gracias, muchas gracias.

Ya de vuelta en el autobús y con el vestido en la bolsa, en ese momento pensé que era una locura, jamás me había gastado tanto dinero en un vestido, no sabía porqué para mí era tan importante, pero pronto lo descubriría.

Volví al colegio mayor, subí a mi habitación, lo colgué en un perchero que había detrás de la puerta, era tan bonito, me eché sobre la cama y lo observé durante largo rato, estaba emocionada; para cualquiera sería un simple vestido, para mí era mucho más que eso, allí estaban casi todos mis ahorros, y nunca fui una chica caprichosa, no de gastarme mucho dinero en ropa, era una locura, pero mereció la pena, sabía que no me arrepentiría; cuanto más lo miraba más me gustaba. Se oía una música de fondo y, sin darme cuenta, me quedé dormida; de repente, entró Bea en la habitación, como alma que lleva el diablo, y me despertó.

—Lucía, despierta; vamos, dormilona.

—¿Qué te pasa? Me has asustado.

—Ahí fuera te están esperando.

—¿A mí? ¿Quién me espera? ¿Acaso han venido mis padres?

—Frío, amiga, pero ¡quieres vestirte y salir, está en el pasillo!

—Pero ¿quién es? No espero a nadie.

—No lo sé, pero es guapísimo, corre, ponte algo y sal.

—Tú y tus bromas, déjame dormir, que anoche me quedé estudiando hasta muy tarde.

—Que es en serio, levántate, perezosa, y péinate un poco, que vaya pelos.

—Está bien, tranquila, pero te aseguro que como sea una broma.

Salí de mi habitación y no vi a nadie.

—Bea, tú y tus bromas, prepárate.

Justo cuando me volvía para regresar a mi habitación, escuché:

—¿Saldrás a cenar esta noche conmigo? —Esa voz. Me quedé paralizada y me volví.

—Miguel, ¿qué haces aquí?

—Pues eso, vine a invitarte a cenar.

—¿Después de cuánto tiempo? Demasiado sin saber nada de ti.

—Creo que han pasado dos años, nueve meses y tres días.

—Te equivocaste, fueron cuatro días.

—No, hoy no cuenta, estoy aquí y no acepto un no por respuesta.

—¿Quién te dijo dónde estaba? ¿Acaso llamaste a casa?

—Así es, una llamada de cortesía a tu familia.

—Pero si no es Navidad, y solo llamabas en Navidad.

—Pues ya ves, este año la Navidad se adelantó, tenía que verte; ¿entonces qué, vendrás esta noche a cenar conmigo?

—Había quedado para hacer un trabajo de la universidad, no sé si podré.

—¿No puedes cambiar de planes? Solo estaré esta noche y, aunque no lo creas, tenía que verte.

—Bueno, podría llamar y cambiar de día, está bien, llamaré. ¿Ves qué rápido me convences? Pero lo hago porque quiero saber dónde has estado estos años.

—Vaya, yo que pensé que lo harías porque querías estar conmigo

—No cambiarás, tan engreído como siempre.

—Está bien. ¿Qué tal a las ocho, es buena hora para ti?

—Si ya son las siete, no me da tiempo, mejor a las nueve.

—Está bien, vendré a por ti a las nueve. —Se acercó y me dio un beso en la mejilla que me dejó paralizada.

Cuando entré en la habitación.

—¿Qué hacías escuchando detrás de la puerta, Bea?

—¿Yo? Para nada, iba a salir cuando entraste.

—Sí, a salir, y por poco te aplasto la nariz al abrir. —Y nos echamos a reír las dos.

—Cuenta, ¿quién es ese chico tan atractivo?

—Tengo dos horas para arreglarme, ahora no puedo, prometo que cuando regrese esta noche, si estás despierta, te cuento todo lo que quieras saber, pero ahora corre y dile a Sara que venga, date prisa, por favor.

Sara no estaba en su habitación, Bea corrió a la biblioteca; allí estaba rodeada de libros, entró llamándola a voces.

—Sara, ven conmigo.

—Chiss, no des voces —un poco enfadada dijo una chica pelirroja.

—Perdón, lo siento, tienes que venir conmigo, ¿a qué esperas? Corre, acompáñame.

—¿Pero se puede saber dónde debemos ir con tanta prisa, no ves que estoy estudiando?

—Tú ven conmigo, ahora te cuento por el camino.

—Espera, Bea, que recoja mis cosas. —Salieron de la biblioteca corriendo.

—¿Me puedes decir dónde vamos con tanta prisa?

—Lucía nos necesita, corre, ya te contaremos.

5. CIERRA LOS OJOS

—¿Qué ocurre?

—Una emergencia, debes acompañarme, deprisa, no hay tiempo que perder.

—Está bien, ya voy, ¡pero me queréis contar qué ocurre!

—Tenéis que ayudarme, tengo una cita esta noche y tengo que sorprenderle.

—Pero ¿quién es? Nunca nos hablaste de él.

—Ya os contaré, ahora no tenemos tiempo, no sé si será una cena informal o iremos a un restaurante. ¡Dios, ¿y ahora qué me pongo?!

—¿Cómo qué te pones? —dijo Bea—. El vestido que te compraste hoy.

—¿Qué vestido? —preguntó Sara.

—Está colgado en la percha, detrás de la puerta.

—Wow, ¡¡¡es precioso!!! Claro que te pondrás este vestido, ya sabes que siempre digo que nada sucede por casualidad.

—No sé, es muy arreglado, pensaba dejarlo para la cena de fin de curso; además, no tengo zapatos que me vayan bien.

—Pues te lo pones esta noche; además, yo tengo unos zapatos y un bolso precioso. —Fue a su habitación y volvió corriendo—. ¿Qué os parece? Creo que te van genial; venga, rápido, a la ducha.

Sara era la que siempre, cuando teníamos una cita o un acontecimiento, nos peinaba y nos maquillaba; su madre tenía un centro de belleza y aprendió viendo cómo trabajaba; ese mundo le apasionaba.

—Date prisa, Lucía, no tenemos mucho tiempo, a ver qué hacemos con este pelo, te iría bien un recogido.

—No —dijo Lucía—, quiero llevar el pelo suelto.

—Está bien, calla y déjame trabajar. En media hora estarás lista; ahora, un maquillaje suave, pero los labios un rojo pasión.

—Estás loca, Sara, nunca me maquillo así, me vería rarísima.

—Chica, ¿no quieres impresionarle? Pues déjame, solo queda que te vistas y estás lista.

—Me puse el vestido y cuando vi los zapatos...

—Sara, no los voy a aguantar ni media hora, son altísimos.

—Lucía, un buen tacón, lo dejarás sin respiración, estás preciosa. —Me miré en el espejo y en ese momento pensé que cuando me viera se quedaría sin palabras.

—Vamos, di algo, ¿te has quedado muda?

—Amigas, sin palabras se va a quedar él cuando me vea; gracias a las dos, me encanta.

—Lucía, estás preciosa.

Eran las nueve menos cuarto cuando me asomé a la ventana y lo vi allí, frente a mi colegio, mirando el reloj.

—Ya llegó. —Corrieron Sara y Bea a la ventana para verlo.

—Espera hasta las nueve, no seas impaciente —dijo Sara.

—Está bien, que espere un poco, yo llevo esperando este momento más de dos años.

—Lucía, lo vas a volver loco cuando te vea.

—Necesito un cigarro.

—Pero si habías dejado de fumar.

—Pues ahora lo necesito. —Encendí un cigarro y le di dos caladas; entre el cigarro y los tacones, casi me caigo.

—¡Te quieres tranquilizar! Son las nueve. Que sepas que te esperaremos despierta; recuerda, pásatelo bien y disfruta, es tu noche.

Mientras bajaba las escaleras, me dieron ganas de salir corriendo y volver con Sara y Bea, crucé la calle mientras me observaba.

—Hola, Miguel.

—Estás guapísima; cuánto siento haberme alejado de ti. Antes de marcharnos a cenar, quiero que cierres los ojos.

—¿Ahora, en medio de la calle, así sin más?

—Sí, ahora, no preguntes tanto y cierra los ojos.

—Estás loco, ¿lo sabías?

—Tú cierra los ojos; tranquila, solo déjate llevar.

—Está bien. —Cerré los ojos, sentí como se acercaba a mí y me dijo al oído:

—Dime a qué huele. —Sentí un cosquilleo en la nariz.

—¿Aparte de tu perfume? Me huele a rosas, ¿puedo abrir los ojos ya?

Sentí que el corazón me latía muy deprisa, su mano junto a la mía, sentí como se acercaba cada vez más, sus labios rozaron los míos y me besó.

—Ahora sí los puedes abrir. —Notaba como me ponía roja, y me dijo—: Esto es para ti, una rosa, tu flor preferida, delicada como tú.

—Qué rosa tan bonita, gracias, es preciosa. —Me acerqué y le besé en la mejilla.

Miré hacia arriba y vi como Bea y Sara estaban asomadas a la ventana como dos locas lanzándome besos; menos mal que Miguel no se dio cuenta.

—No conozco mucho esta ciudad, espero haber acertado con el restaurante que he elegido; a propósito, ese color te sienta genial. —Cogió mi mano y comenzamos a caminar—. El restaurante no está muy lejos de aquí; si no te importa, prefiero ir caminando.

—No, claro que no.

Apenas hablamos por el camino, yo quería decirle tantas cosas que apenas me salían las palabras, pero me sentía feliz, llegamos al restaurante, que por cierto era un lugar muy selecto, había pasado muchos días por allí y siempre me llamó la atención.

—Buenas noches, señores, ¿tenían reserva?

—Sí, teníamos una mesa reservada a nombre de Miguel Galán. —Mientras miraba en el libro de reservas, me sonrió y me preguntó—: ¿Te gusta? Espero haber acertado.

—Es un lugar precioso, me encanta.

—Acompáñenme, por favor, ¿les gusta la mesa al lado de la ventana?

—Sí, muchas gracias. —El metre retiró mi silla; me sentía especial, nos dio la carta, Miguel no dejaba de mirarme, me estaba poniendo nerviosa.

—Dime qué te apetece, ¿sigue siendo la pasta tu comida preferida?

—Bueno, ya me gustan más cosas —reímos los dos—. No sé, tiene que estar todo tan rico que no sé qué pedir. —Llamó al metre.

—Por favor, nos pone un menú degustación y vamos a acompañarlo con un Moët Chandon, gracias.

Mientras llegaba la cena, me cogió de la mano con ternura, nos miramos durante segundos sin decir palabra, creo que en ese momento nos comunicamos con las miradas; me sonrió y me dijo:

—Me alegro mucho de estar aquí contigo, siento haberme ido sin despedirme, ocurrió todo demasiado deprisa, nunca te hablé de mi familia, pero vine a darte una explicación: quizás así entiendas por qué me fui hace tres años.

6. UN VIAJE SIN RETORNO

—Pues estoy preparada para escucharte. —Me miró, respiró hondo y comenzó a contarme.

—Me crié en un pequeño pueblo del norte; mi vida, hasta que tenía quince años, fue como la de cualquier chico, vivíamos en una casa normal, de gente corriente, mi padre trabajaba en una imprenta y mi madre en un pequeño comercio que había sido de mis abuelos. Ella era una mujer con muchas inquietudes; a mi padre, por el contrario, le gustaba su trabajo y cuando llegaba a casa, le encantaba leer; lo recuerdo de pequeño llegar a casa de noche, ponerse su pijama y su libro en la mano, le gustaba muy poco salir, y mi madre se acostumbró a llevar una vida rutinaria, del comercio a casa y apenas quedaba con amigas; ella era todo alegría, le encantaba la pintura. Mi imagen de ella de aquellos años era con su bata llena de pintura, frente al caballete, y rodeada de pinceles por todos lados, así transcurrió mi vida, hasta que tuve quince años. Un día, cuando llegué a casa del colegio, los encontré discutiendo; entré en su dormitorio, vi a mi madre haciendo la maleta, le pregunté que dónde iba, que si nos marchábamos a algún lado; ella me cogió de la mano y me respondió que había mandado algunos de sus cuadros a una galería de arte y que hacía unos meses le había llamado el dueño para decirle que dónde le ingresaba el dinero, que había vendido dos, pero no quiso decirle nada a papá, porque sabía cómo pensaba. Se abrió una cuenta en un banco y le hizo el ingreso, y parece que sus cuadros gustaron porque se vendieron cuatro más y se los habían pagado muy bien. Me contó que unos días después, había recibido una llamada, era el dueño de la galería, le ofrecía trabajo, me miró y con lágrimas en los ojos me dijo que no podía desaprovechar esa ocasión, que le encantaba la pintura, que yo ya era mayor y que pronto empezaría la universidad, que me iría a estudiar fuera y a ella el pueblo la ahogaba; le dijo a mi padre que se fuese con ella, que seguro que en la ciudad encontraría trabajo, pero él no quería moverse del pueblo, nos miró y nos dijo que le había costado mucho tomar esa decisión, que había hablado con su hermana, que al principio le dijo que estaba loca, que ese era su lugar y que dejara de soñar, pero no era así, aquel no era su lugar, y al final su hermana se quedó al cargo de la tienda. Me dijo que quería que me fuera con ella, que ganaría lo suficiente para mantenernos los dos; yo no sabía qué hacer, mi padre se quedaría solo. Era su oportunidad, lo tenía decidido, había vivido diecisiete años como había querido mi padre y ahora quería vivir su vida, volvió a repetirme que quería que me fuera con ella, que quedaban veinte días para terminar el instituto, que podía comenzar al año siguiente allí, que no viviríamos tan lejos, que podría venir cuando quisiera a ver a mi padre, en ese momento me di cuenta de que se acabarían separando, a pesar de que mi madre me dijo que de momento no, que solo necesitaba salir de allí, realizar sus sueños.

—Una decisión difícil, Miguel, y más con esa edad.

—Lo sé, fue muy difícil, pero come, estás comiendo muy poco.

—Ya, pero con una historia así, me cuesta hasta tragar, sígueme contando.

—Está bien, al fin y al cabo vine a darte una explicación.

—¿Solo a eso? Pensé que habías venido también porque tenías ganas de verme.

—Eso no lo dudes, en estos tres años, no he dejado de pensar en ti.

—Me cuesta creerlo, Miguel, ni una sola llamada, solo tenías que haberme dicho: «Espérame».

—No podía; cuando sepas lo que sucedió, espero que lo entiendas.

—Pues sígueme contando, a ver si logro entenderte.

—Como te decía, debía tomar una decisión y me costó tomarla. Fuera como fuera, uno de los dos se quedaría solo, pero ya ves, yo era como mi madre, el pueblo se me quedaba pequeño, me gustaba la ciudad, me quedé con mi padre durante el verano, y cuando comenzó el curso, me fui a vivir con mi madre.

»Vivíamos cerca de la galería, en un apartamento pequeño de dos habitaciones; mi padre venía a vernos de vez en cuando, algún fin de semana bajábamos nosotros, hasta que un día mi madre recibió un sobre certificado, mi padre quería separarse, creo que la idea de estar solo no le gustó nunca, mi madre se quedó pálida, no lo esperaba, lo llamé y le dijo que lo entendía, que firmaría los papeles de separación y se los mandaría; mi padre se quedó con la casa del pueblo y le compró su parte a mi madre.

»Yo seguía visitando a mi padre siempre que podía; él se volvió a casar, y tengo una hermana que se llama Rebeca, es preciosa. Comencé la universidad, y cuando terminé, me salió el trabajo en la fábrica de tu padre, fue un verano genial, sobre todo porque te conocí, pero de nuevo en mi vida debí tomar una decisión.

»Estando en la fábrica, una mañana me llamaron, mi madre había sufrido un accidente, estaba en coma, ella no tenía a nadie, yo era todo lo que tenía y no podía dejarla sola; hablé con tu padre, le expliqué la situación, pero le hice prometer que no diría nada, solo que tuve que irme, pensé que si sabías la verdad, me buscarías y, en ese momento, solo podía estar al lado de ella y cuidarla, como ella hubiera hecho conmigo; ¿lo entiendes, verdad?

—¿Sabes, Miguel? Aquel día, cuando mamá me dijo que te ibas y que quizás nunca regresarías, salí corriendo hasta la estación de tren, pero justo cuando llegué, el tren salía, no pude despedirme de ti.

—Fue mejor así, Lucía, no soportaba la idea de decirte adiós.

—¿Mejor para quién? Me quedé en aquella estación, sentada en un banco durante varias horas, te había perdido y no podía hacer nada. —Le miré a los ojos—: Solo sé, Miguel, que sigo enamorada de ti como hace tres años.

Me cogió la mano, me sonrió y me dijo:

—Eres tan especial que ojalá este fin de semana no terminase nunca.

—Ya, pero aún no escuché de tus labios lo que tú sientes.

—Es mejor así, Lucía, estaré hoy y mañana y no sé cuándo volveremos a vernos. Quizás sea egoísta por mi parte, pero tenía que verte.

—¿Y ahora qué, Miguel? ¿Qué pasará después del fin de semana, volverás a desaparecer de mi vida?

7. SOLOS TÚ Y YO

—No lo sé, Lucía, necesitaba darte una explicación.

—¿Y después qué? ¿Desaparecerás de mi vida para siempre?

—No puedo prometerte nada, solo este fin de semana; después mi madre me necesita, no puedo dejarla sola.

—Pues dime por lo menos dónde vives, podría ir a verte.

—No lo haré, Lucía, ni te pediré que me esperes, debes hacer tu vida, sigue con tus estudios, sal con chicos.

—¿Crees que es así de fácil? Llegas, me invitas a cenar, me dices que no me has olvidado y de nuevo desapareces; han pasado tres años y siempre estás en mi mente.

—Y tú en la mía, pero el destino a veces nos juega estas malas pasadas.

—El destino no, Miguel, no es el destino, eres tú, ¿sabes qué pienso? Que no sabes lo que quieres.

—Sí, lo sé, Lucía, daría lo que fuera por no volver a separarme de ti, pero no puedo, no ahora.

—¿Los señores quieren algo más, postre, café?

—Sí, un postre de chocolate; a la señorita le encanta el chocolate. Ya ves que me acuerdo de tus gustos, disfrutemos este fin de semana, prometo que te volveré a encontrar, pero es mejor así.

—Ahora han pasado tres años; ¿cuántos años pasarán para vernos la próxima vez?

—No lo sé, no sé qué será de mi vida, pero no dejemos pasar las horas que tenemos para estar juntos con reproches —Comenzó a reírse—. Ya veo que el chocolate sigue siendo tu debilidad, casi no me has dejado probarlo.

—Lo siento, estaba buenísimo —contesté con la boca llena.

—Tienes los labios con chocolate.

Reímos los dos; se acercó el metre y nos preguntó si queríamos algo más.

—Casi no me puedo mover, estaba todo riquísimo, muchas gracias.

—Tráiganos la cuenta por favor. Todo perfecto, muchas gracias.

Cuando salimos del restaurante, se paró frente a mí, me cogió de la mano y me preguntó dónde quería ir. Dije que me daba igual, que estando con él el lugar daba lo mismo, solo deseaba pasar junto a él las horas que quedasen. Me miró, acercó sus labios y me besó; pasó sus brazos por mi cintura y siguió besándome, es como si el mundo se hubiera detenido. Deseaba que aquel instante no terminara nunca, me sentía tan feliz. Fuimos a tomar unas copas a un *pub* inglés que estaba justo al lado del restaurante, nos sentíamos tan bien juntos que el tiempo pasó rápido; cuando miré el reloj, eran más de las tres.

—¿Tenías que estar a alguna hora? —preguntó él.

—No, nos dan libertad, ya no somos niñas.

—Si quieres nos vamos ya, Lucía, mi hotel está cerca de tu colegio mayor.

Mientras regresábamos, era todo perfecto, una noche con una luna llena preciosa que daba una luz tenue, una noche mágica, no hacía nada de frío, paseábamos cogidos de la mano, llegamos a la puerta y volvió a besarme. No quería separarse de mí y se disponía a despedirse cuando le dije que esperara un segundo, que volvía enseguida. Entré en el colegio mayor y subí las escaleras de dos en dos para no perder ni un segundo de estar junto a él. Cuando entré en el dormitorio, allí estaban Bea y Sara esperándome, les dije que estaban locas y pregunté qué hacían despiertas a esas horas, casi no pudieron contestar, les dije que había ido a por el cepillo de dientes, que me marchaba, me sentía tan feliz, me despedí diciendo que mañana les contaría todo. Salí corriendo, crucé la calle, miré a Miguel y, con una sonrisa, le dije:

—No pensarías que me iría a dormir. Quiero pasar la noche contigo.

—¿Estás segura? Me importas demasiado, no quiero hacerte más daño.

—Estoy muy segura de lo que voy a hacer. —Subimos a la habitación.

—Me daré una ducha, ponte cómoda.

Estaba tan nerviosa que comencé a curiosear la habitación, me temblaba todo el cuerpo, soñé tantas veces con ese instante que ahora no sabía si salir corriendo, si meterme en la ducha con él... estaba inmersa en mis pensamientos frente a la ventana cuando sentí como me cogía por la cintura, me giré y lo vi. Mi corazón comenzó acelerarse, él se dio cuenta de que estaba nerviosa y me dijo que me tranquilizara, me apartó el pelo hacia atrás y comenzamos a besarnos. Tanto tiempo esperando ese momento. Nuestros cuerpos se fundieron en uno, había tanta pasión y tanto amor, fue una noche mágica, tan mágica como la luz de la luna que asomaba a través de la ventana; nos quedamos dormidos casi de día.

En realidad, Miguel no pudo dormir, observaba cómo dormía, no podía apartar sus ojos, me abrazó y comenzó a besarme de nuevo; entonces, me susurró al oído:

—Buenos días, dormilona, no me canso de besarte, despierta, que ya es de día. —Casi no podía abrir los ojos.

—Buenos días, ¿puedes detener el tiempo? No quiero que este fin de semana termine nunca.

—Eso lo tengo complicado, pero intentaré volver en unas semanas, aunque no prometo nada, quiero que sepas que si no puedo, no será por ganas, pasaría mi vida a tu lado.

—¿Me lo dices en serio? Yo también pasaría mi vida a tu lado.

—Estás preciosa recién levantada.

Me miré en el espejo y le dije que estaba horrible, me fui a la ducha mientras él pedía el desayuno para que lo subieran a la habitación. Al salir, le dije que tenía que ir al colegio mayor para cambiarme de ropa; cuando terminamos de desayunar, salimos juntos y él me esperó en el café que había al lado. Me cambié rápido, Bea y Sara no estaban, me puse unos *jeans* y un jersey, cogí una manta, llegué al café y le dije:

—¿Estás preparado? Porque voy a llevarte a un lugar que te va a encantar.

—Esa idea me gusta, pero dime algo más.

—De momento, cogeremos mi coche, ya te estoy dando muchas pistas.

Salimos de la ciudad y por el camino paramos en una gasolinera, compré unos sándwiches, bebidas y nos dirigimos a un lago que estaba a unos diez kilómetros, era un sitio especial, un lugar que me encantaba, aparqué el coche, cogimos la manta, los sándwiches y nos dirigimos al lago, pasamos allí el día, entre risas, besos y hablando de nosotros, hicimos planes, aunque los dos pensábamos que quizás nunca se cumplirían. A las siete decidimos regresar, ya era casi de noche.

Al llegar al colegio mayor, le dije que esperase, que subiría a coger algo de abrigo y le acercaría al aeropuerto, pero Miguel no quiso, no le gustaban las despedidas.

—No insistas, Lucía, es mejor así, ¿hay una parada de taxi cerca?

—Sí, a dos calles de aquí, te acompañaré.

—No, preciosa, nos despediremos aquí, recuerda siempre este fin de semana y nunca olvides que te quiero.

—Lo recordaré, yo también te quiero, vuelve, por favor. —No paramos de besarnos hasta que nuestras manos se fueron separando—. No vuelvas a desaparecer, te esperaré.

Le di un último beso y vi cómo se alejaba; en ese momento, se me llenaron los ojos de lágrimas y corrí hasta mi habitación, sabía que tardaría en volver a verlo.

De pronto, escuché a mi madre y de repente volví a la realidad.

—Lucía, ¿quieres darte prisa?

—Sí, mamá, bajo ya. —Al abrir la puerta, me encontré con él.

—Bonito vestido, estás radiante, como aquel fin de semana que nunca olvidaré; te dije que te buscaría y aquí estoy, aunque hayan pasado años.

—Miguel, nunca dije a nadie que volvimos a vernos, mis padres no lo saben ni mi hermana; has vuelto, pero quizás ya sea tarde.

—Espero que no, vine a buscarte, aunque hayan pasado años, sigo enamorado de ti y, tranquila, no diré nada de ese fin de semana, será nuestro secreto.

Ya en el coche, mi padre le dijo:

—Bueno, Miguel, espero que esta vez te quedes y que tu madre se encuentre bien.

—Sí, ella está bien, y vine para quedarme, pero todo dependerá.

—¿De qué, Miguel?

—Del destino, Marcos, del destino...

8. EL BESO

El viaje se le hacía interminable, con él al lado y sin apenas hablar, miraba por la ventana, seguía lloviendo y recordaba cuando viajaban siendo pequeñas Elena y ella y jugaban a ver las figuras que hacían las nubes; ella siempre veía un caballo con alas, llegó a ponerle hasta un nombre: el corcel valiente.

—Lucía, ¿no me oyes? —Estaba tan inmersa en mis pensamientos que no escuché que mi madre me llamaba.

—Dime, mamá estaba mirando las nubes, viendo las figuras que hacen.

—En las nubes estás siempre —rieron todos—; te decía que si llamaste a Jesús.

—Vaya, con las prisas se me olvidó, le llamaré cuando volvamos.

—Se me olvidó decirte que llamó él cuando estabas arreglándote y le dije que veníamos al lago, me extrañó porque me preguntó si ya habías ido con Elena a la prueba del vestido; le dije que no era hoy.

—Vale, mamá, tú siempre hablando más de la cuenta.

—Yo solo le respondí, le dije que dejara la comida de empresa y viniera a comer con nosotros, y me dijo que hoy no podría venir porque tenía comida familiar; ¿no dijiste que la habían anulado?

—Sí, eso creí, de cualquier forma me apetecía más pasar el día con vosotros en el lago, me encanta este lugar.

—Me dijo que después vendría con sus padres a tomar café al lago.

—¿Por qué lo invitaste? Haces las cosas sin contar conmigo, mamá, es mi vida, debo ser yo la que decida, ¿no crees?

—Yo no lo hice, Lucía, fue el quien dijo que vendría; además, ¿qué malo es que venga?, es tu novio. Lucía, hija, no sé qué te pasa hoy. —Miguel me miró y sonrió, cogió mi mano, pero la retiré y seguí mirando las nubes mientras le dije a mi madre en voz baja:

—Mamá, no importa, ya estoy acostumbrada.

—Mira, ya se ve el restaurante; ¿llamaste para reservar, Marco?

—Se me olvidó, Silvia, pero hoy seguro que no hay problemas; ¿quién va a venir en un día tan lluvioso hasta aquí?

Elena y Raúl ya habían llegado, venían delante de ellos; cuando entraron, estaban ya sentados, nada más verlo el metre se dirigió a Marco, se conocían hacía muchos años.

—Hombre, Marcos, cuánto me alegra verte de nuevo por aquí, elegiste un día muy lluvioso, pero en el lago siempre se está bien.

—Hola, Luis, con este tiempo no hay quien se mueva de casa, pero a pesar del día, nos apetecía salir, y qué mejor lugar que este.

—Bienvenido, amigo, y dime, ¿cuántos comensales seréis?

—Somos seis; ya veo que Elena y Raúl se sentaron en nuestra mesa al lado de la chimenea.

La comida fue agradable, recordamos viejos tiempos, todos los veranos los pasábamos allí, terminamos de comer y decidimos dar un paseo hasta el lago, había dejado de llover. Marco y Silvia decidieron ir a ver qué tal la casa, no habían vuelto desde el verano, y Elena y Raúl se quedaron en el restaurante, querían hacer allí la despedida de soltero y estaban ultimando los detalles. Mientras caminábamos, Miguel me tenía que preguntar quién era realmente Jesús.

—O sea, que es cierto que tienes novio, es normal, estás preciosa.

—Llevo un tiempo saliendo con Jesús, nada serio, no podía esperarte eternamente, pensé que nunca volverías, perdí toda esperanza hace ya mucho tiempo.

—Pues ya ves, aquí estoy, te dije que te buscaría, siento mucho haber faltado a mi palabra y no volver como te dije en tres semanas, pero me fue imposible; los médicos nunca hallaron una explicación, pero a la semana de estar contigo, mi madre despertó de su coma y para ella no habían pasado más que unos minutos, pero la realidad es que habían pasado años, no podía dejarla, han sido años duros, su recuperación ha sido muy lenta; hasta que no he visto que puede valerse por sí misma y que es autosuficiente, no he podido regresar.

—Me alegro mucho de lo que me cuentas, pero siempre tienes una excusa; ¿ahora qué, Miguel? Dime ahora qué quieres de mí.

—Te quiero a ti, Lucía, pero entenderé que te hayas enamorado; si es así, no interferiré en tu relación, estaré un tiempo aquí y me iré para no volver, no podría estar cerca de ti, viéndote cada día, sin poder besarte, rozarte, sin tu risa, sin tus locuras, tú decides, Lucía.

—¿Crees que puedes venir, así sin más, y cambiar de nuevo mi mundo? Vivía tranquila pensando que ya no nos volveríamos a ver; ¿sabes por qué cambiaba de trabajo tan a menudo? No porque me dieran un puesto mejor, a veces perdía en el cambio, pero cada vez que me ofrecían un trabajo en una ciudad diferente, siempre decía que sí porque tenía la esperanza de encontrarte paseando por una de las calles de esa ciudad. He vivido en cinco ciudades diferentes en tres años; la última, una ciudad costera del norte; compartía piso con una compañera de trabajo. Llegó un día a casa y me vio llorando, tenía tu pañuelo rojo entre las manos, el que hoy encontró mi madre en la verja enganchado, siempre lo llevaba puesto y, si no, guardado en el bolso, era como estar más cerca de ti; ¿sabes? Ella me abrió los ojos, me dijo que tenía que entender que yo no elegía el camino de mi vida, la vida lo elegía por mí, que dejara de buscar y que las cosas sucediesen; si no, nunca encontraría la felicidad, y entonces pensé que tenía razón. Ahora tengo veintiséis años, me gusta mi trabajo, mis compañeros, por primera vez en mucho tiempo vivía sin pensar en ti, ha sido como una liberación. Hace unos meses, en una fiesta que dio una amiga, conocí a Jesús, pasamos toda la tarde charlando, sabía que desde hacía tiempo le gustaba, pero siempre estaba distante, aquella tarde se acercó y comenzamos hablar, me reí mucho con él, es divertido, ingenioso, hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien, comenzamos a salir, un día al cine, otro a cenar y poco a poco me sentí más a gusto a su lado.

—Pero, Lucía, aún no te he escuchado decir que estás enamorada de él.

—¿Enamorarse para qué? ¿Para sufrir? No, gracias, ya lo estuve una vez y me hicieron daño.

—No es así, a veces suceden las cosas como uno no quiere, yo también he sufrido por no poder estar contigo, por ver a mi madre sufrir, primero porque ni tan siquiera sabía si me escuchaba cuando le hablaba y, después, por los dolores que tenía que aguantar en la rehabilitación; he pasado años muy duros que no podía compartílos con nadie, porque mis días y mis noches eran para cuidar a mi madre. Siento si te he parecido egoísta, pero créeme, fue lo mejor para ti, yo no tenía vida, ¿tan difícil resulta entenderme?

—Lo mejor para mí era estar contigo y compartir tus días buenos y malos, pero no me dejaste,

me alejaste de ti.

—Lo sé y lo siento, pero aún somos jóvenes, podemos recuperar el tiempo perdido; yo también intente olvidarte. Salí con una chica, pusimos hasta fecha para la boda, también me reía con ella, era divertida, cariñosa, pero no estaba enamorado, Tres meses antes de la boda, un día que fuimos al cine, íbamos a entrar en un bar y te vi, estabas sentada con un grupo de amigos, yo vivía en esa ciudad costera, me quedé paralizado, le dije que fuéramos a otro lugar, que allí había demasiada gente, nos tomamos una copa en un *pub* y la llevé a casa, no sabía qué hacer, si volver para ver si aún seguías allí o irme a casa, cogí el coche y volví, pero ya no estabas, imaginé que trabajarías en el periódico, llamé, pregunté por ti, pero cuando oí tu voz, colgué, quería ir a verte al trabajo, pero nunca fui, sabía que si hablaba contigo, no me separaría más de ti, mi madre me notaba nervioso, me preguntaba qué me pasaba, pero no quería preocuparla, ella se llevaba muy bien con Irene, así se llamaba mi novia, hasta que un día le dije que no podía casarme. Me preguntó por qué, si no estaba enamorado de ella, que hacíamos tan buena pareja, y le conté que era una larga historia que nunca le había contado y que ya era hora de que la supiera. Cuando terminé me dijo: «Hijo, hay un solo camino que te lleva al amor, no busques senderos, ellos te llevarán a la infelicidad, y si ese es tu camino, debes seguirlo». Esa misma tarde llamé a Irene, me dolía hacerle daño, pero no podía hacer otra cosa, es una gran mujer, le conté todo, me dijo que lo entendía, que no me guardaba rencor y que fuera feliz; al día siguiente, fui a tu trabajo, pregunté por ti, me dijeron que hacía dos semanas que ya no trabajabas allí, que habías vuelto a tu ciudad, necesitaba un tiempo para reorganizar mi vida y aquí estoy; solo espero que no sea tarde.

»Fui yo quien llamé a tu padre para ver si había un puesto vacante, no fue él, pero le pedí que dijera que había sido él quien me había llamado; no sabía de tu vida y no quería interferir en ella, pero, ya ves, ha sido verte.

Se puso frente a mí y, mientras me miraba a los ojos, me dijo:

—Quiero que sepas, Lucía, que te quiero, y sé que tú también a mí; vine para quedarme y pasar el resto de mi vida junto a ti. —Se acercó y me besó. Una voz a lo lejos interrumpió ese beso, era mi madre, me decía que acababa de llegar Jesús.

—Debemos volver, necesito pensar, Miguel, necesito tiempo, espero que lo entiendas.

Llegamos de nuevo al restaurante y allí estaba Jesús; me dio un beso y él, que me adoraba, me dijo.

—Pero qué guapa estás, nunca te vi ese vestido, ese color te sienta genial.

—Apareció hoy de repente entre mi ropa, ya tiene muchos años, pero me encantaba; ven, voy a presentarte a un amigo. Jesús, te presento a Miguel.

—Hola, Jesús, ¿qué tal estás? Me han hablado muy bien de ti, disculpa que te robara durante un ratito a tu chica, me estaba poniendo al día de todo; felicidades, tienes una chica genial a tu lado.

—Gracias, lo sé, por eso me tiene loco. —Me miró y me pasó su mano sobre el pelo.

—¿Has venido a pasar unos días?

—No, trabajaré en la fábrica con Marco, hace tiempo que trabajé con él, necesitaba un cambio y aquí estoy de nuevo.

—Estupendo, con mi suegro se trabaja genial, una gran persona.

—Pero dime, Jesús, ¿dónde están tus padres? No venían contigo —pregunté.

—Al final no, decían que hacía un día muy lluvioso y les apetecía más quedarse en casa; te recuerdo que esta noche es el cumpleaños de Nuria.

—Es verdad, se me había olvidado y no le he comprado nada; bueno, volveremos pronto a la ciudad y me acercaré a alguna tienda.

Se acercó su madre, le pidió que le acompañara al baño y una vez allí:

—¿Me puedes explicar que hacías besándote con Miguel? ¿Qué pasa, Lucía, hay algo que yo deba saber? Dime qué ocurre.

—Nada, mamá, no ocurre nada.

—Sé que este no es el momento, pero si en vez de ir yo a buscarte, hubiese ido Jesús, dime qué hubiera pasado.

—Lo sé, mamá, ya hablaremos; como bien dices, ahora no es el momento.

—Eso espero, Lucía, creo que hay cosas que se deben hablar entre una madre y una hija, no quiero que cometas ninguna locura.

—¿Locura, mamá? ¿Sabes lo que es una locura? Estar enamorada de alguien durante diez largos años sin apenas saber nada de él, eso sí es una locura; puedes mandar en tu mente, pero nunca en tu corazón, y ahora vámonos, nos esperan.

—Lucía, espera, ¿por qué nunca me dijiste nada?

—Como tú bien has dicho, mamá, este no es el momento ni el lugar; ya hablaremos.

9. UN VIAJE IMPROVISADO

—Adiós, Miguel, encantado de conocerte.

—Igualmente, Jesús, pasadlo bien esta noche.

Se volvió Jesús y le comentó a Miguel por qué no se iba con ellos al cumpleaños, que seguro que lo pasaría bien; además, seguro que conocía algunos de los que iba, pero le dije:

—Pero, Jesús, ¿no ves que llegó hoy? Seguro que está cansado, llevamos todo el día fuera de casa.

—Qué va, Lucía, estoy bien, me encantaría acompañaros, esta noche nos vemos.

Ya de camino de vuelta, volví en el coche con Jesús, teníamos que comprar el regalo.

—Qué callada vas, ¿te ocurre algo, cariño? Desde que salimos no has dicho ni una palabra.

—Nada, estoy cansada, solo eso.

—Si quieres, te dejo en casa, y ya compraré yo algo, así descansas.

—No importa, estoy bien, iremos a comprar el regalo. —Hubo unos minutos de silencio, que se rompieron cuando dije—: Jesús, llevo días pensando que por qué no nos vamos unos días por ahí los dos solos.

—¿Y ahora eso a qué viene? Ya hablamos de que cuando acabe el proyecto, nos iríamos; ahora, cariño, es imposible, no puedo.

—Por favor, piénsalo, pediré días en el periódico que me deben, solo serán cinco días.

—Haremos una cosa, Lucía, en un mes habré terminado, iremos donde tú quieras, como habíamos pensado, elige un lugar.

—Un mes. Siempre dejando las cosas para más adelante, siempre el trabajo, está bien, me iré yo sola.

—¿Pero se puede saber qué te ocurre? Pareces una niña caprichosa.

—Es esta ciudad, me ahoga, necesito salir, esta misma tarde llamaré a Bea y me iré a visitarla.

—Pero si Bea vive en la otra punta del país; ¿desde cuándo no os veis?

—Eso qué más da, era mi mejor amiga de la universidad, seguro que se alegrará de que vaya a visitarla. Decidido, el lunes pido los días y sacaré el billete.

—Lucía, no sé qué te ocurre, pero estás muy rara.

—No me ocurre nada, solo quiero descansar durante unos días, fuera de esta ciudad, ¿eso te parece tan raro?

—Está bien, no vamos a discutir por eso; si realmente lo deseas, pues ve.

Llegamos a la tienda, tenían cosas muy bonitas y ya que estaba allí pensé en comprarle algo para llevarle a Bea, le encantaban los búhos, y en una de las estanterías había un reloj con forma de búho, lo cogí y le pedí al dependiente que lo envolviera para regalo.

—Jesús, busquemos el regalo para Nuria, esta tienda me encanta.

Eran todo cosas antiguas, muchas las habían restaurado; mientras buscaba, recordé que allí fue donde Miguel me había comprado el pañuelo rojo, aquel día fue muy especial, porque fue la primera vez que nos besamos.

—Lucía, ¿me estás escuchando?

—Sí, dime, disculpa, estaba distraída.

—Te preguntaba qué te parece esta lámpara para Nuria; ¿crees que le gustará?

—Sí, es perfecta, seguro que le encanta, pues decidido, que nos envuelvan también esta lámpara, por favor.

—Claro, ¿desean algo más?

—Sí, ponga esto también, pero no lo envuelva, se lo llevará puesto, te va genial con el vestido que llevas; además, casi siempre vas con el pañuelo rojo, ya es hora de que cambies, este color va genial con tus ojos.

—Es precioso, pero no hace falta que me regales nada.

—Me apetece, Lucía, siento no poder viajar ahora contigo, quiero compensarlo de alguna manera.

—No pasa nada, me vendrá bien visitar a Bea; como tú dices, hace demasiado tiempo que no nos vemos, la llamaré en cuanto llegue a casa.

Volvimos con los regalos al coche y me llevó a casa.

—Te recojo sobre las nueve; a las nueve y media es la cena.

—De acuerdo. —Cuando llegué a casa, ya estaban todos allí.

—¿Encontrasteis el regalo?

—Sí, mamá, una lámpara preciosa, le va a encantar. Me voy a mi dormitorio.

Necesitaba descansar un rato, no vi a Miguel, imagino que estaría en su habitación, cogí la agenda y busqué el número de Bea y desde el teléfono que había en su dormitorio llamé.

—Hola.

—¿Sí, quién es?

—¿Bea, eres tú? Soy Lucía. ¿No me reconoces?

—Soy su madre, Lucía. ¿Su compañera en la universidad? Cuánto tiempo.

—Sí, es verdad, demasiado tiempo, pero siempre me acuerdo de Bea, mi mejor amiga en la universidad, ¿está por ahí?, me encantaría hablar un ratito con ella.

—Bea no vive aquí, consiguió un trabajo en Londres y hace un año que vive allí.

—Madre mía, ¿tanto tiempo hace que no hablamos?

—Te daré su teléfono, se alegrará mucho saber de ti.

—Sí, por favor, ¿y ustedes están bien?

—Sí, muy bien y ¿tus padres, Lucía?

—Todos bien, gracias.

—El teléfono es 698734 con el 0044 delante.

—Muchas gracias, me alegro mucho de hablar con usted; la llamaré ahora mismo.

—Igualmente, Lucía, cuídate, y si alguna vez vienes por aquí, no dejes de venir a visitarnos.

—Lo haré, cuídense. —Marqué el número—. Hola, Bea, ¿me reconoces?

—¡¡¡No me lo puedo creer, Lucía!!! Pero, bueno, ¿quién te dio este número?

—Llame a tu casa y tu madre me lo dio; pero ¿qué haces en Londres, loca?

—Pues ya ves, una oferta de trabajo, me presenté y aquí estoy desde hace un año. ¿Y tú, qué es de tu vida, dónde estás?

—Ahora en mi ciudad, trabajo en el periódico de aquí, pensé cogermelos días de descanso y

decidí ir a verte, pero ya ves, te mudaste demasiado lejos.

—Pues ven a Londres, me encantaría pasar unos días juntas.

—Estás loca, ¡y después la loca era yo!

—¿Por qué no? Vivo en un apartamento muy pequeñito, pero si no te importa, lo compartiremos y hablo en serio, me encantaría verte.

—Pues el lunes pediré unos días que me deben y compraré el billete.

—Perfecto, Lucía, dime a qué hora llegarás y te iré a buscar al aeropuerto; el lunes hablamos. Qué contenta estoy, Lucía, cuánto tiempo, nos tenemos que poner al día, tenemos muchas cosas que contarnos.

—Sí, Bea, hablamos el lunes. —No me lo podía creer, a Londres y con mi amiga Bea; salí del dormitorio dando voces.

—Mamá, papá, ¿dónde estáis? Tengo algo que contaros.

—Estamos en el salón, y deja de dar voces. —Me senté al lado de mi madre y apareció Miguel.

—¿Reunión familiar?

—No, Miguel, siéntate. ¿Recordáis a Bea, mi compañera en la universidad?

—Claro, pero hace mucho que no sabes de ella, ¿ha pasado algo? —dijo mi madre.

—No, hace un momento he llamado a su casa y se puso su madre, me dijo que Bea trabaja en Londres, me dio el teléfono y la llamé, y el lunes me voy a verla allí.

—Lucía, y ¿el trabajo?

—Me deben días, los pediré.

Miguel le miró muy serio, y mi padre, que nunca decía nada, apuntó:

—Así, de repente, sin más.

—Papa, será solo una semana, necesito salir de aquí.

—De acuerdo, ya eres mayorcita.

—Por eso, papá, necesito tomar decisiones importantes en mi vida y he de estar sola, me iré el martes, el lunes pediré los días y sacaré el billete.

—Nunca entenderé cómo tengo una hija tan loca —comentó mi madre; mi padre la miró, sonrió y dijo:

—Tiene a quien parecerse, ¿no crees?, sois las dos iguales.

—Yo no hacía esas locuras.

—¿Quieres que hablemos de tus locuras de juventud? —Comencé a reírme y le pedí a mi padre que contara las locuras de mamá.

—No, Marco, dejemos aquí la conversación. —Todos reímos.

—Está bien, dejémoslo aquí, Lucía, algún día te las contaré. Ahora creo que deberías ponerte delante de tu armario y ver lo que te vas a llevar, lo tienes difícil.

—Es verdad, allí hace más frío y está casi siempre lloviendo.

—¿Ves? Lo tienes complicado. ¡Ah!, Lucía, la maleta grande está en el trastero.

—Papa, serán solo cinco días, no me iré para siempre.

—Ya, pero huir no es la solución.

Subí a mi dormitorio y comencé a poner sobre el baúl las cosas que me llevaría. Salí a por la maleta y me encontré en las escaleras con Miguel.

—¿Por qué, Lucía, por qué te vas ahora que acabo de llegar?

—Te lo dije, Miguel, desde esta mañana, cuando te vi en la estación de tren, cambiaste mi mundo, debo irme y pensar, aquí no puedo.

—Deja que te acompañe, me inventaré una excusa y comenzaré a trabajar en una semana.

—No, Miguel, necesito estar lejos de ti; además, mi madre nos vio besándonos, sospecharía, quiero estar sola, necesito poner mis ideas en claro, no podría teniéndote cerca.

—De acuerdo, como quieras, a propósito, ese pañuelo verde te sienta muy bien.

—Sí, es precioso, me lo regaló esta tarde Jesús. Dime, al final ¿vendrás a la cena?

—Si no quieres, no iré; no quiero que te sientas incómoda.

—Sí, te presentaré a mis amigos, aunque seguro que reconoces a algunos. Nuria seguro que está encantada de volver a verte.

—¿Nuria? No recuerdo a ninguna Nuria.

—Sí, tu amiga —dije con ironía—, la recepcionista de la empresa de papá. —Él sonrió.

—Pero aquello pasó hace mucho, solo fueron un par de besos.

—Pues según ella fueron más de dos besos, pero démonos prisa, Jesús nos recogerá en una hora.

—Lo siento, Lucía, lo último que deseo es hacerte daño, quizás no hice bien en venir, pero si no lo hacía, sé que me hubiera arrepentido toda la vida; tomes la decisión que tomes, la respetaré, solo quiero decirte que lo que siento es sincero, quizás no te pueda ofrecer grandes cosas, pero prometo cuidarte toda la vida. Mírame, quiero que esos ojos tengan siempre el mismo brillo que el fin de semana que pasamos juntos.

—¿Por qué me lo pones tan difícil, Miguel? Lo último que deseo ahora mismo es separarme de ti, esperé tanto tiempo este momento, te busqué por tantas ciudades, pero ahora debo pensar y decidir, serán solo cinco días.

—Lucía, solo cinco interminables días, pero tienes razón, qué son cinco días después de tantos años.

—Eso digo yo, Miguel, demasiados años esperando.

Bajé a por la maleta, estaba mi madre esperándome con la maleta en mano.

—Pero, mamá, eso es un baúl, me voy cinco días. —Nos reímos las dos.

—Lo sé, pero te conozco y sé que llenarías este y dos más.

—No, mamá, me llevaré la maleta marrón.

—Está bien, espera, Lucía, por favor, prométeme que no tomarás una decisión sin antes pensarlo bien.

—¿De qué me hablas, mamá? No te entiendo.

—Creo que sí, Lucía, aparece Miguel y decides irte lejos, así tan de repente. Soy mujer y, sobre todo soy tu madre, y no me engañas, solo quiero que pienses bien lo que vas a decidir con tu vida, lo último que deseo es que te equivoques, te oí llorar muchos días en tu cuarto sin saber qué te pasaba, ahora lo entiendo todo, no solo pienses con el corazón, a veces el corazón no ve más allá, solo siente, pero no es racional, siente con el corazón, pero analiza tus pensamientos, hallar el equilibrio no será fácil, pero debes intentarlo.

—Sí, mamá, no te preocupes, solo quiero salir de aquí y divertirme, y a todo esto, en media hora llega Jesús y mira cómo estoy, gracias por tus consejos, siempre me ayudan mucho.

—¿Sabes, Lucía? Creo que así vas preciosa, no hace falta que te cambies para el cumpleaños.

—No pensaba hacerlo, mamá, solo me retocaré un poco, menos mal que mañana es domingo, tengo todo el día para decidir qué llevarme, dejaré la maleta tras la puerta.

Vi una pequeña caja encima del escritorio y debajo una nota.

Cuando mis padres se separaron y me fui a vivir con mi madre, me llamó un día y me dio esta caja, me dijo: «El día que encuentres el verdadero amor, regálaselo, tienes que estar muy seguro, no es solo el símbolo del amor eterno, es mucho más, la figura representa a dos personas unidas

en cuerpo, mente y alma en amor eterno. Quiero que sea tuya, Lucía, sé que tú eres mi verdadero amor.

Abrí la caja y era un broche precioso; brillaba de una forma espectacular, pero aún no podía tenerla, no era justo, llamé a la puerta de Miguel y le dije:

—Aún no es el momento, Miguel, es precioso, pero no sería justo, no hasta que esté segura. Si me lo hubieras regalado hace años, cuando pasamos el fin de semana juntos, te hubiera esperado, pero ahora debo tener las ideas claras, no quiero volver a sufrir, dame tiempo, solo necesito tiempo.

Él se fue acercar para besarme, pero se rompió la magia que había en este momento entre los dos cuando mi madre me dijo que había llegado Jesús.

—Ya bajo, mamá. —Le dejé el broche en la mesilla, no sin antes decirle que ahora le tocaba a él esperar.

10. UNA FIESTA DE CUMPLEAÑOS

Ya en la puerta, mi madre salió a despedirnos, nos montamos en el coche y por el camino paramos a comprar hielo, ya que había llamado Nuria, a la que se le había olvidado comprarlo. Miguel dijo: «Nuria, como siempre, tan despistada».

—¿La conoces, Miguel?

—Sí, de cuando viví aquí hace diez años.

—Entonces se llevará una sorpresa cuando te vea.

—Ya te digo —dijo Lucía—, una sorpresa muy agradable.

—Y dime, ¿cómo que te dio por volver, Miguel?

—Ya sabes, el trabajo, me seducía la idea de volver a trabajar con Marco; por problemas personales hace diez años me tuve que marchar, pero el trabajo que realizaba en la fábrica me gustaba mucho. —Aparcamos el coche cerca de la casa y desde la calle se oía la música; llamamos al timbre y abrió Lucas.

—Venga, chicos, sois los últimos en llegar, os estábamos esperando.

Pusimos encima de la mesa el regalo, al lado de los otros, y salió Nuria de la cocina.

—Hola, chicos, gracias por traer el hielo.

—¿Recuerdas a Miguel?

—¡¡¡Miguel, qué sorpresa!!! ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos?

—Pues diez años hace ya que viví aquí.

—Tantos, pues nada, bienvenido a mi casa.

—Gracias, Nuria, y felicidades, te debo un regalo, no me dio tiempo de comprar nada.

—No importa, menudo regalo que hayas venido.

Cuando todos se dirigían al salón, le susurré a Miguel:

—Ya ves, yo me fui a buscar un regalo y resulta que le he traído el mejor regalo de la noche. —
Reímos los dos.

Se pasó toda la velada tonteando con Miguel, risitas por aquí, ayúdame a abrir los regalos, se sentó sobre sus piernas, diciendo a voces.

—Veis qué buena pareja hacemos; si es que en el fondo te estaba esperando.

Ya de madrugada, decidimos ir a un *pub* cerca de su casa. Nuria no dejó ni un instante a Miguel. Yo ya no podía más y le dije a Jesús que me llevara a casa, pero él se lo estaba pasando tan bien que le pidió que esperara un rato más, pero yo no quería seguir allí. Le dije que no se preocupara, que llamaría un taxi. Miguel vio cómo cogía el bolso y el chaquetón y se me acercó.

—¿Te vas? ¿Te ocurre algo?

—No te preocupes, pásalo bien, me pediré un taxi.

—Es una cabezota, le dije que se quedara un poco más y la llevaba.

—Tranquilo, Jesús, la llevaré yo, creo que no debes conducir.

—La verdad es que creo que me he pasado bebiendo.

—La acompañaré yo si a ti no te importa, estoy cansado, fue un día muy largo y hasta que encuentre un apartamento, Marco me ha invitado a quedarme en su casa; si no te importa, despídeme de todos.

—Gracias, Miguel, la verdad es que he tomado demasiadas copas.

Salimos sin que apenas nadie se diera cuenta, pero ya en la calle salió Nuria, que nos llamó.

—Lucía, Miguel, ¿ya os vais?

—Sí, Nuria, estoy cansado, y así acompaño a Lucía, que Jesús se tomó unas copas de más; no le dejéis conducir esta noche.

—No te preocupes, no cogerá el coche. ¿Me llamarás mañana? Podemos tomarnos un café.

—De acuerdo, hasta mañana, sigue disfrutando de tu fiesta. —Había dejado de llover, pero hacía mucho frío.

—¿Llamaste al taxi? Porque hace un frío.

—Pues se me olvidó llamarlo, y es verdad, me estoy helando. —Él se quitó su chaqueta y me la puso sobre los hombros.

—No importa, más adelante hay una parada de taxi, iremos hasta allí.

Fuimos paseando hasta la parada y le pregunté qué tal lo había pasado.

—Muy bien, a pesar de que Nuria no me ha dejado ni un segundo,

—Ya vi, pero parecía que no te molestaba.

—¿Celosa?

—¿Yo? No digas tonterías. —Me cogió por la cintura y dijo—: Sabes que solo tengo ojos para ti.

Le miré y me besó, quise separarme, pero no pude, fue un largo y cálido beso, nos fundimos en un abrazo y me dijo al oído:

—Ahora mismo me encantaría estar contigo en aquella habitación de hotel y hacer el amor, sentirte como aquel día y amanecer abrazados.

—A mí también me encantaría, Miguel, fue un fin de semana mágico que nunca olvidaré pase lo que pase.

Llegamos a la parada de taxi, montamos y le dimos la dirección al conductor. Antes de entrar, me dijo:

—Perdóname, quizás no me porté bien en el pasado, pero hice lo que creí que era lo correcto, no quería involucrarte en mis problemas, nos amamos desde hace demasiado tiempo, piensa en ello.

—No sé, Miguel; cuando regrese, te diré la decisión que he tomado.

El domingo pasó rápido entre hacer las maletas e ir al aeropuerto a buscar el billete; fue un día un poco de locos, cené en casa de Jesús, con sus padres.

—Lucía, me contó Jesús que mañana viajas a Londres.

—Sí, la verdad es que tenía una semana de vacaciones y decidí visitar a mi antigua compañera de la universidad que vive ahora allí.

—Imagino que con todo el lío de los preparativos de la boda de tu hermana estarás un poco estresada.

—Sí, es cierto, me vendrá bien estar fuera de casa una semanita.

—Bueno, ¿y vosotros qué, no ponéis aun la fecha de boda?

—Mamá —dijo Jesús—, creo que ya hemos hablado de ese tema varias veces.

—Está bien, es que tengo muchas ganas de que me hagáis abuela.
—Pues creo que para eso aún tienes que esperar; ¿no crees, Lucía?
—Pues sí, Verónica, para eso aún falta. Ya son las diez y media, debo irme, mañana me espera un día muy ajetreado. Verónica, gracias por la cena, estaba todo delicioso; buenas noches, Adrián.
—Nos vemos a la vuelta, Lucía, pásalo bien.
—Gracias. A eso voy, a desconectar y pasarlo bien con Bea.
—Bueno, cielo, te acompaño.
—No hace falta, me traje el coche, ¿recuerdas?
—Ah, es verdad, ven aquí. —Me cogió la mano y me atrajo hacia él, me abrazó y me susurró al oído que me iba a echar de menos.
—Si solo me voy cinco días.
—Ya, pero se me harán interminables.
—Tonto, si cuando te des cuenta, ya estaré aquí de nuevo. —Me besó apasionadamente y me susurró: «No olvides lo importante que eres en mi vida».
—Cielo, lo sé, ahora debo irme.
—Pasemos la noche juntos.
—Estás loco; aún me quedan por preparar cosas, cinco días pasan rápido.
—Más te vale; si no, iré yo a buscarte.

11. LA CHICA DEL SOMBRERO ROJO

- Lucía, ¿no piensas levantarte? Al final creo que perderás el avión.
- ¿Qué hora es, mamá?
- Pues son ya las diez.
- ¡Las diez! No me dará tiempo, tengo que estar a la una en el aeropuerto y me queda por guardar cosas en la maleta. —Me fui rápido a la ducha.
- Mamá, guárdame el jersey azul y la chaqueta de cuero en la maleta, y las cremas, por favor.
- No sé qué me dices, Lucía, no te oigo.
- ¡Mamá, que guardes mis cremas, están en la mesilla! —grité.
- ¿Algo más, Lucía? Ya está todo en la maleta.
- No, gracias, mamá, ahora la revisaré yo y la cerraré. —Salí de la ducha; mientras me desenredaba el pelo, mi madre cogió el cepillo, como cuando era pequeña, y empezó a peinármelo.
- Mamá, ¿podrás llevarme al aeropuerto o pido un taxi?
- Tranquila, yo te llevaré.
- Mamá, estoy lista, cuando quieras, nos podemos ir.
- Lucía, antes de irnos quiero preguntarte algo. ¿Esto es una huida? Porque si es así, no conseguirás nada, ¿o realmente es tiempo que necesitas para pensar?
- Mamá, no sé lo que es, solo sé que necesito salir, y este es el momento.
- De acuerdo, Lucía, solo quiero que no te equivoques.
- En cualquier caso, de las equivocaciones aprendemos, y debo hacer este viaje, puede que sea el mayor error de mi vida, pero lo único que pretendo es estar conmigo misma y saber qué quiero hacer con mi vida, y lo más importante: saber qué es lo que no quiero; además, ni que me fuera al fin del mundo, serán solo unos días. ¿Nos llevamos tu coche?
- Sí, Lucía, voy a sacarlo del garaje.
- Mientras cerraba la puerta, estaba nerviosa, un pequeño cosquilleo me recorría el cuerpo; ¿estaría haciendo lo correcto? Cerré los ojos, respiré hondo y dije: «Adelante».
- Mamá, ¿quieres que conduzca yo? Vamos un poco justas de tiempo.
- Si me lo dices así, de acuerdo, llévalo tú.
- ¿Sabes qué he pensado, hija? Que cuando vengas, creo que vamos a coger un día entero para nosotras dos, que hace mucho que no lo hacemos.
- Sería estupendo, mamá, día de mujeres, eso puede ser muy peligroso. —Nos miraron y nos echamos a reír una vez en el aeropuerto.
- Lucía, recuerda, piensa bien lo que vas a hacer, sabes que siempre tendrás mi apoyo.
- Lo sé, mamá, ¿quieres dejar de preocuparte? Bueno, debo irme ya o perderé el avión.

—Recuerda, llámame cuando estés con Bea.

—Sí, mamá, nos vemos en unos días.

—Pásalo genial, dale de mi parte muchos besitos a Bea y dile que cuando quiera, puede venir a visitarnos.

—Sí, mamá, lo haré.

Por fin sentada en el avión, se me hizo el viaje cortísimo; me tocó al lado una compañera de viaje muy especial, no paramos de hablar y hablar; es mexicana, se llama Ariel y va a Londres a un curso de pintura oriental. Le dije que sería muy interesante y Ariel contestó:

—Siempre quise hacerlo, se llama *Sumi-e*; es un estilo único de expresión plástica que tiene sus orígenes en la antigua pintura china.

—Está claro «que nunca te acuestas sin saber algo nuevo».

—Hice Bellas Artes y mi mundo es la pintura; intento aprender cuantas más técnicas mejor. Si ves mis pinturas, son muy particulares: o te gustan o no te gustan nada, soy autodidacta, por eso me gusta aprender diferentes técnicas y después las empleo a mi manera.

—Sí, ya veo que eres una mujer a la que los estereotipos no le van mucho.

—Nada, soy impulsiva, siempre me rijo por mis propios impulsos; si me equivoco, no pasa nada, vuelvo a empezar.

»¿Sabes, Lucía? Mi abuelita era muy especial, desde chiquita me dijo que no dejase nunca que manipularan mi vida y mis sentimientos, uno debe caerse y saber levantarse, utiliza la lógica en las situaciones, pero nunca dejes de sentir y amar con el corazón, sueña despierta, porque eso te ayudará a alcanzar antes tus sueños, y sobre todo no permitas nunca que el miedo te paralice. Y ya ves, eso hago cada día: dar un paso adelante.

—¿Sabes, Ariel? Me ha encantado coincidir contigo en este viaje; creo que las cosas no pasan por casualidad.

—Está claro que no, Lucía, hay personas que estamos proyectadas a encontrarnos, aunque solo sea unos minutos en nuestra vida, porque hay un mensaje que dar y que recibir, pero si no me equivoco, y creo que no, habrá muchos más minutos a lo largo de nuestras vidas que compartiremos tú y yo.

Se escuchó por megafonía: «Señores pasajeros, abróchense los cinturones, vamos a aterrizar en unos minutos».

—Lucía, ha sido un placer conocerte.

—Llámame si tienes tiempo y tomaremos un café, creo que me quedará más de un mes; si encuentro trabajo, espero quedarme más.

—Yo de momento solo una semana, pero ya veremos, necesito pensar y aclarar mis ideas.

—Recuerda, Lucía, las palabras de mi abuelita, a ella siempre le fue bien, a mi mamá también, y yo no me puedo quejar.

Bajamos del avión, fuimos a recoger el equipaje, nos dimos un abrazo, como si nos conociéramos de toda la vida y solo fueron un par de horas las que compartimos en aquel vuelo; nos dimos los teléfonos.

—Espero tu llamada, Lucía.

—Lo haré, Ariel, disfruta del curso y que tengas suerte en encontrar trabajo.

—Y tú pásalo genial con tu amiga y sobre todo disfruta de ti misma, creo que a eso has venido, aclarar tus ideas, sé que harás lo correcto.

A lo lejos vi a Bea, estaba como una loca agitando los brazos, llamándome. Me acerqué hasta ella y nos dimos un abrazo. Hacía tanto tiempo que no nos veíamos.

—Amiga, estás preciosa, como siempre.

—Eso tú —dijo Bea—, estás igualita que en la universidad, me tendrás que contar el secreto. ¿Sabes? He pedido dos días libres en el trabajo que me debían para estar contigo y enseñarte un poquito Londres.

—Eso es genial, así podremos ponernos al día después de tanto tiempo.

—Pues lo primero que haremos es ir a casa y dejaremos la maleta. Amiga, Londres es nuestro.

—Reímos las dos.

—Espera un momento, quiero presentarte a alguien —miré hacia atrás, miré a un lado y a otro—; mira, Bea, allí esta. —Levanté la mano y llamé a Ariel—. Ven, quiero que conozcas a mi amiga Bea de la que tanto te hablé en el viaje.

—Hola, Bea, encantada de conocerte, creo que os esperan unos días muy intensos.

—Así es, de momento le voy a enseñar Londres de día y, cómo no, la noche londinense.

—Eso pinta muy bien, pasadlo genial.

—Pues cuando quieras unirme, ya sabes, llámame y quedamos.

—Lo haré, todo no va a ser estudiar.

—Pero recuerda que solo me quedaré hasta el sábado.

—Ok, bueno, chicas, divertíos, os llamaré.

—Bea, cuántas cosas que contarnos, nunca imaginé que acabarías en Londres.

—Es una larga historia, ya ves lo que es la vida.

—Lo sé, Bea, lo mío también es una larga historia, pero cuéntame tú primero.

—Creo que te vas a tener que quedar una semana más para que nos dé tiempo a contarnos todo.

—Montamos en el taxi y le dimos la dirección. Durante el viaje, observaba a través de la ventana la ciudad.

—¿Te gusta? Es una ciudad preciosa a pesar de que no veo el sol todo lo que me gustaría.

—Ya la conocía, pero hacía tanto que no venía.

—Es verdad, quiero recordar que un verano te viniste de *au pair*.

—Así es, con veinte años, aquel verano fue increíble.

—Mira, aquella casa que se ve al fondo es donde vivo. —Pagó al taxi, sacamos la maleta y subimos.

—Qué bonita casa, me encanta, vaya colección de búhos que tienes.

—Sabes que me encantan, algunos los tengo desde pequeña.

—Acompáñame, te enseñaré tu habitación.

—Qué bonita, Bea, voy a pasar al baño.

—Claro, estás en tu casa. —Mientras me refrescaba un poco, me di cuenta de que había dos cepillos de dientes, espuma de afeitar y dos albornoces.

—Ya veo que no vives sola; ¿acaso hay un chico que te robó el corazón? Creo que me tienes que contar muchas cosas.

—Amiga, sigues tan cotilla como siempre.

—Ya te digo, las personas no cambiamos, pero dime, ¿dónde está el dueño del cepillo de dientes?

—Pues imagino que a esta hora trabajando.

—Espero conocerlo.

—Claro, aunque estos días le dije que tendría que quedarse en su apartamento, que mi amiga y yo estaríamos muy ocupadas.

—¡¡No!! Me siento mal, pobrecillo, ¿qué va a hacer sin su espuma de afeitar? —Reímos las dos.

—Pues creo que ahora no la necesita, se dejó barba.

—Amiga, me alegra tanto verte tan feliz, te traje un regalo y quiero dártelo antes de salir; espero que te guste. —Cuando Bea abrió su regalo, su cara lo decía todo, le había encantado.

—Gracias, Lucía, es precioso, no se te olvidó mi afición por los búhos.

—Esas cosas no se olvidan, si me tenías la habitación del colegio llena de búhos; además, cada vez que te lo pongas te acordarás de mí.

—Gracias, Lucía, por tu regalo, me encanta. Cuando quieras, Londres nos espera. —Al salir, cogió un sombrero rojo que estaba en el perchero.

—Qué bonito, Bea, qué bien te sienta.

—¿Te gusta? Pues mientras caminamos, te contaré la historia del sombrero rojo y así sabrás por qué estoy aquí. Hace poco más de un año, viajaba hasta Granada para una entrevista de trabajo, casi pierdo el tren, había una chica entre la multitud que llevaba un sombrero rojo, sí, este sombrero; mi autobús salía del andén número cinco, corrí todo lo rápido que podía, perdía el tren, un señor robusto y con unas manos enormes me ayudó a subir la maleta.

»Busqué en mi billete el número de mi asiento y me dispuse a sentarme, cuando vi que estaba ocupado. Había una chica sentada en mi asiento, le dije que se había equivocado y me enseñó su billete, ponía el asiento número diez, igual que el mío, le dije que no se preocupara, que había muchos asientos vacíos, estábamos ya de camino cuando pasó el revisor pidiéndonos los billetes, le dije que ese no era mi asiento, pero que debieron confundirse y que nos dieron a una chica y a mí el mismo, me dijo que eso era imposible, se dirigió a la otra chica, le dijo que una de las dos nos habíamos equivocado de tren. Ya sabes lo despistada que soy.

—Qué me vas a decir, me volvías loca con tus despistes, pero sígueme contando.

—Lo primero que pensé en ese momento era a dónde iba este tren, ya que al día siguiente tenía una entrevista de trabajo, pero resultó que esta vez no me había despistado, era la otra chica quien se equivocó, se puso muy nerviosa y le preguntó que dónde nos dirigíamos, a lo que contestó el revisor que íbamos a Granada. Entre susurros le escuché decir que no podía ser, que ahora qué haría, que había empleado el dinero que tenía para sacar ese billete y que tenía un trabajo que no podía rechazar. Me senté a su lado, nos presentamos y le dije que no se preocupara, que se bajara en la próxima parada y regresara; me contestó que cómo regresaré, ya no le quedaba dinero, me dijo que era licenciada en Bellas Artes.

—Qué casualidad, la chica con la que yo viajaba en el avión también era licenciada en Bellas Artes, vino a Londres a un curso, pero sigue, qué pasó, me tienes intrigada.

—Pues, nada, de pronto se puso en pie y levantó el portaequipaje, miré hacia arriba y vi un sombrero rojo encima de una caja no muy grande y estrecha, le pregunté si eran sus cuadros y me dijo que era uno, que los demás los había dejado en el apartamento de un amigo, con algunas pertenencias, que se las enviaría cuando tuviera una dirección, pero que ese siempre lo llevaba con ella. Le pregunté si podía verlo y me dijo que sí, era precioso, me dijo que solo había vendido uno, que otros los regaló, le dije que yo creía que el arte no se regala, que todo tiene un precio, a lo que contestó que tenía razón, pero que ese era el único que nunca vendería ni regalaría, era muy especial para ella, era su madre, y decía que así, tal y como la dibujó, era como la recordaba. Le pregunté que dónde vivía, la noté nerviosa, sus manos no paraban de temblar; en ese momento, sus ojos se llenaron de lágrimas y me dijo que había fallecido siendo pequeña, pero que nunca olvidó ese día, que estaba muy enferma y la cogió de la mano y le dijo: «Vamos a mi lugar preferido, el Albaicín, el Mirador de San Nicolás». Le hizo prometer que siempre que se perdiera y no encontrara el camino que tomar en su vida, que volviera, que vería todo diferente y sabría qué

hacer; y le dije, pues este autobús va a Granada, quizás debas volver allí, igual sin darte cuenta cogiste el autobús que necesitas en este momento para saber qué camino coger. En ese momento, se acercó el revisor y le dijo que debía bajarse en la siguiente parada o abonar el billete. Me miró y me dijo: «Ya ves, el destino decide por mí, debo bajarme, no tengo dinero, todo el que tenía lo gasté pagando este billete».

12. LA FUERZA DE UN ANILLO

Mientras seguía relatándome la historia, Bea notaba como si la volviera a vivir.

—Dígame, señor, ¿cuánto es el billete? Yo se lo abonaré.

—No, no puedo consentirlo, apenas nos conocemos.

—¿Y eso qué más da ahora? Quizás en algún momento tú me ayudes a mí; además, creo que no te queda otra, ¿qué harás cuando te bajes en la estación y sin dinero? —Le dio el dinero al revisor y le pagó el billete—. Además, nada es casualidad, no te preocupes, yo voy a Granada a una entrevista de trabajo, pero es para trabajar en Londres, espero que me lo den, es el trabajo que siempre quise, hablo cuatro idiomas, sería para trabajar como intérprete.

—Qué casualidad, yo viví allí durante un tiempo, me dediqué a pintar retratos a los turistas, pagaban muy bien.

—¿Por qué te viniste?

—Me vine porque conocí a un chico, me enamoré, él se volvía para España y me dijo que me viniera con él, me vine y a los tres meses me dijo que se había enamorado de otra chica; la verdad es que siempre supe que esa relación no me interesaba y otra vez con las maletas a cuesta, pero así es mi vida, siempre de un lugar a otro.

—¿Hace mucho de eso?

—No, solo hace dos meses, por eso quizás mejor volver y replantearme qué quiero hacer con mi vida.

—¿Tienes familia en Granada?

—Sí, claro, allí viven mis tíos y tengo mi casa.

—¿No tienes hermanos? ¿Y tu padre?

—Era hija única, mi padre, no sé, nunca le conocí.

—Vaya, lo siento, debió de ser duro para ti perder a tu madre y criarte sin un padre.

—Perderla fue muy duro, fue una madre estupenda, se fue demasiado pronto, yo tenía nueve años cuando ella murió, me crio mi abuela, la verdad es que nunca eché en falta a mi padre, tuve mucho amor. Cambiando de tema, ¿tienes ya dónde quedarte en Granada?

—Pensaba buscar un hotel, vi uno por internet, creo que me quedara allí está en el centro.

—De eso nada, te quedarás en mi casa, solo tendremos que desempolvar los muebles, la casa lleva mucho tiempo cerrada, aunque sé que mi tía va de vez en cuando, te quedarás en mi casa, no se hable más.

—No puedo, en serio; además, el hotel está al lado de donde me hacen la entrevista.

—¿Tú puedes pagarme el billete y yo no puedo alojarte en mi casa? Además, está en el centro.

—Bueno, está bien, déjame pensarlo.

—No hay nada que pensar. ¿Cuándo tienes la entrevista?

—Mañana, pero pensaba quedarme algún día más para conocer la ciudad.

—Pues quién mejor para enseñártela que yo; cómo es el destino, yo pensaba ir al norte y acabo de nuevo en mi ciudad, no había vuelto desde que murió mi abuela, de eso hace ya cinco años.

—¿Por qué? No lo entiendo, tienes una casa en una ciudad preciosa.

—Ya, pero demasiados recuerdos, me costaba volver, ya ves, todo se precipitó y aquí estoy, por algo será, ¿no crees? —De pronto le dije a Bea.

—Bueno, Bea, qué historia, creo que la mía no te la voy a contar.

—Seguro, amiga, que es tan interesante como esta. ¿Quieres que cojamos el metro o prefieres seguir paseando?

—Me encanta pasear, y más cuando no tenemos prisa. —Siguió contándome la historia.

—Pues llegamos a Granada, fuimos a buscar la llave, la tenía una de sus tías, se alegró mucho de verla, aunque le decía que estaba muy delgada, nos invitó a café, se la veía una señora muy elegante, nos despedimos y fuimos a su casa, que estaba muy cerca, me sorprendió, una casa en el centro de Granada, era preciosa, estaban todos los muebles cubiertos con sábanas, pero unos muebles preciosos, no entendía cómo no podía tener dinero.

De nuevo se sumergió en los recuerdos y volvió a vivirlos mientras me los contaba.

—Pensarás cómo alguien con una casa así puede estar sin dinero —comentó Diana—. Ni yo lo sé, pero nunca venderé la casa, siempre he cubierto mis gastos trabajando, no soy muy gastosa, no necesito mucho para vivir, pero creo que llegó el momento de ver lo que me dejó la abuela, nunca quise ir al banco, pensé que el día que me hiciera falta, ese día volvería, ya ves, no hizo falta decidir; cuando murió la abuela, le di un poder notarial a uno de mis tíos para que él se ocupara de todo, me llamó y me dijo que ya estaba todo solucionado, el dinero seguía en el banco, en las cuentas donde yo estaba con la abuela y que podía disponer de él cuando quisiera

—En serio, ¿no sabes el dinero que hay en esas cuentas y nunca cogiste nada?

—No tengo ni idea, ya te dije que vivía de lo que ganaba, mañana lo veremos, de momento mira lo que hay aquí.

—Lucía, era un escritorio antiguo que había en un despacho, abrió un cajón y dentro había como un pequeño botón, lo apreté y de debajo del escritorio salió un cajón plano, ni te imaginas las joyas que allí había, pendientes, anillos, pulseras, a cual más bonito, no podía entender cómo había podido llegar a estar sin dinero con la casa y las joyas que tenía.

—La verdad es que no es normal, pero a veces nos cuesta volver a nuestras raíces, pero sigue contando, Bea, que cada vez se pone más interesante.

—Pues cogió dos o tres joyas y me dijo que cerca había una casa de empeño, que iría a venderlas; yo le dije que ni se le ocurriera, que yo tenía dinero y compraríamos lo que nos hiciera falta.

—No te preocupes, para mí esto no significa nada, solo este anillo, ya ves que no tiene nada, Bea, tan solo es un nudo, perteneció a mi abuela, y mi madre lo tenía siempre puesto y cuando ella murió, mi abuela se lo volvió a poner, y no se lo quitó hasta unos días antes de morir que me lo dio, es como tener la fuerza de las dos mujeres más importante de mi vida y unas luchadoras.

—Tienes entonces a quien salir, Diana.

—Bueno, ellas eran más fuertes que yo, hubo momentos en los que quise volver, pero nunca me atreví, era volver al pasado; ahora vine por las circunstancias que me han pasado. Bea, me alegro de que estés aquí, se me hace más fácil. Bueno, no voy a cambiar de opinión, llevaremos este cordón, que nunca me lo pondré, y seguro que me dan un dinero por él, está decidido.

—Bea, dime, ¿te gusta esta habitación?

—Es preciosa, una cama con dosel, siempre quise dormir en una de ellas.

—Pues trae aquí tu maleta, que esta será tu dormitorio; si prefieres otro, tienes para elegir.

—No, aquí estaré bien, me encanta.

—¿Me acompañas? Vamos a vender el cordón. —Bea me explicó que cruzaron la calle, donde había varias tiendas en las que compraban oro y preguntaron en varias.

—No te lo vas a creer, le dieron dos mil euros por el cordón, la verdad es que lo valía.

—Listo, mañana iré al banco, creo que llegó el momento de cobrar mi herencia.

—¿Pero habría un testamento?

—Sí, claro, pero mi madre era hija única y yo también, me dejó todo, y mi tío, un primo de mi madre, que fue como un padre para mí, fue el que se encargó, yo en ese momento no quería saber nada, estaba enfadada con el mundo.

—Nunca conocí a nadie igual, es generosa, le gusta ayudar a los demás, en fin, las personas te sorprenden, Lucía.

—Me tienes intrigada, no es normal encontrarte personas así.

—La verdad es que no, y fue una suerte para las dos, se me olvidó decirte que me acordé de ti, bueno, de tu madre; en la casa había unos cuadros preciosos, y al quitar una de las sábanas, allí estaba un cuadro que era un campo de margaritas, le pregunté si podía descolgarlo, le extrañó, claro, y le conté la historia, pero cuando lo descolgué, nada, no ponía nada, me dijo que era una historia muy bonita, que seguro que algún día lo encontrarías.

»Pero mira qué hora es, y yo que te quería llevar a merendar algo, cojamos el metro.

Mientras nos dirigíamos al metro, me siguió contando.

—Nos fuimos a tapear y por la tarde me llevó al Albaicín, al Mirador de san Nicolás. Desde allí se ve toda la ciudad, me dijo que la última vez fue con su madre y que nunca volvió a ir. La dejé un ratito a solas y me di un paseo; cuando volví, seguía sentada, me dijo que desde allí arriba todo se veía diferente, que era como si tuvieras el mundo a tus pies y que había llegado el momento de dejar de huir de los recuerdos, que había tomado una decisión, se quedaría a vivir allí. Le dije que me parecía genial, que era una ciudad preciosa, donde podría pintar y hacer muchas cosas. Por la noche, llamó a una amiga con la que nunca perdió el contacto y salimos las tres.

»No veas, no sé ni cómo llegamos a su casa, lo pasamos genial, parece mentira que una persona que acabas de conocer sea como si la conocieras de toda la vida.

»Por la mañana, me despertó el móvil, me llamaban para decirme que lo sentían pero que la entrevista tendría que ser al día siguiente; no podía hacer nada y la acompañé al banco, pasó con el director, le dio su DNI, yo mientras esperaba fuera, me miró, sonrió, estuvo firmando unos papeles; cuando salió, su cara lo decía todo, me dijo: «No te lo vas a creer, ayer sin dinero ni para un bocadillo, y hoy».

13. UNA DIFÍCIL DECISIÓN

Bea volvió de nuevo a revivir aquel día, mientras me lo contaba tal y como había sucedido.

—¿Y hoy? Dime, cuéntame.

—Bea, en las cuentas hay más de trescientos mil euros, y voy a hacer una donación de diez mil euros a una ONG con la que colaboro. En fin, estoy aturdida, creo que buscaré un local, montaré una tienda donde pueda exponer mis cuadros y vender todo lo relacionado con la pintura; así mi trabajo será mi *hobby*.

—Es una idea fantástica, ¿ves? No debiste vender la cadena.

—No me importa, nunca me aferré a nada material ni lo haré; bueno, sí a este anillo, pero porque es como estar más cerca de ellas. ¿Sabes? Estos años, compartí lo poco o mucho que tenía, de alguna manera la vida te recompensa, para mí no tiene importancia el dinero, pero me ayudará a realizar mi sueño, vivir de mis cuadros. La semana que viene comenzaré a buscar el local, no muy grande, pero debe ser un sitio con mucha luz, me gusta pintar rodeada de luz. —Se quedó pensando un instante—. ¿Te das cuenta, Bea, cómo puede cambiar la vida de un día para otro? Creo que me diste suerte.

—Pues, chica del sombrero rojo, a ver si tú me das a mí la misma, necesito ese trabajo.

—Ese trabajo es para ti; y si no, sobornamos a los de recursos humanos. —Reímos las dos.

—Mira, no es mala idea; además, resulta que eres brujilla.

—Claro, pero de las buenas. Hagamos una promesa: si te dan el trabajo, nos juntaremos una vez al año, un fin de semana como mínimo, durante el resto de nuestras vidas, ¿qué me dices?

—Que me parece una idea genial.

—Ya sabes, Bea, no se puede fallar, decidiremos el lugar entre las dos.

—Y por lo que veo, te dieron el trabajo, Bea.

—Así es, fue duro, al final me quedé allí casi una semana, pasé tres entrevistas, me dijeron que en unos días me llamarían y aquí estoy, encantada, pero antes de irme me regaló su sombrero rojo, y así cada vez que lo mirase recordaría que tengo una amiga en Granada y esa es la historia del sombrero rojo y por qué estoy aquí.

—Y dime, ¿os juntasteis este año?

—Pues será el primer año, y desde hace tiempo teníamos decidido que sería este fin de semana.

—¡No me digas! Lo siento. Si llego a saberlo. Pero la verdad es que me apetece conocerla.

—Claro, será divertido, ya se lo dije, llega en dos días, puedes apuntarte al club anual sombrero rojo.

—No es mala idea, me encantaría pertenecer a ese club, amiga.

—Ahora dime, Lucía, ¿de qué estás huyendo? ¿No me vas a decir que apareció de nuevo el chico guapo?

—Así es, Bea, hace tres días.

—¿Se puede saber qué haces aquí? Por mí encantada que estés, ¿pero sin él?

—Pues necesito saber qué quiero, tengo novio, se llama Jesús, no quiero hacerle daño.

—¿Y qué, Lucía? Es el amor de tu vida, lo sabes.

—Lo sé, pero ¿y si de repente un día vuelve a desaparecer? Ya me rompió el corazón dos veces, siempre hay una tercera.

—Eso son tonterías, o a la tercera va la vencida, Lucía, seguro que hay una razón por la que no volvió.

—Sí, así es, pero esa misma razón lo puede hacer desaparecer de nuevo.

—¿Otra chica en su vida?

—No, su madre, ha estado enferma, es una larga historia; te conté una parte en la universidad

—Tenemos tiempo, cuéntamela.

Mientras merendamos le conté la historia.

—Ahora que ya sabes todo, dime, ¿qué debo hacer?

—No dejes escapar esta ocasión, sois aún jóvenes, estáis enamorados, olvídate de lo demás y lucha por lo que siempre has querido; ¿cuántos días has pedido de vacaciones?

—Cinco días, me los debían.

—Pues llama al periódico, dile que necesitas una semana más, invéntate cualquier excusa y después llamas a Miguel y le dices que el lunes coja el primer vuelo a Londres, yo me quedaré esos días en casa de mi chico, tenéis mi apartamento para los dos y así dejas que te quieran.

—¡¡¡Estás loca!!! Además, ayer comenzó a trabajar en la fábrica.

—¿Tú crees que estoy loca? Piénsalo, medítalo estos días, es lo mejor que puedes hacer, ¿o acaso ahora mismo estás pensando en tu novio?

—Pues no, mi pensamiento es Miguel, cada segundo, todo me recuerda a él.

—Piénsalo, Lucía, no dejes pasar más trenes en tu vida, súbete a este, estoy segura de que a su lado serás muy feliz.

—No tengo su número de extensión en la fábrica.

—Pero sí el de tu hermana; llámala, haz que sea tu cómplice, ¿confías en ella, no?

—Sí, sé que ella no diría nada, aunque no estará de acuerdo. Miguel me dijo que le dejara venir conmigo, que estuviéramos unos días juntos, pero le dije que necesitaba tiempo, estar sola, pensar.

—¿Crees que tendrás bastante con cinco días? Porque eso sí, estos días serán para nosotras.

—Por supuesto, serán días de desenfreno. —Reímos las dos—. Bueno, ¿y cuándo voy a conocer a ese chico, maravilloso, que tiene loca a mi amiga? Por cierto, aún no me has dicho cómo se llama.

—Se llama Javier, morenazo, ojos verdes, qué te voy a decir, que me tiene loquita.

—¿Es español también?

—Claro, nos presentó una amiga del trabajo, vino a Londres hace dos años, trabaja en un bufete de abogados, saldrá en media hora, quedé con él y otros amigos para cenar, así lo conocerás y a mis amigos de aquí

—Perfecto, tengo ganas de conocerlos.

—Cenaremos en un restaurante en el centro, creo que va siendo hora de que vayamos hasta allí; si no, llegaremos tarde.

—Bea, hablar contigo siempre me hizo ver todo de diferente manera, creo que esta noche antes de dormir tomaré una decisión.

—Me parece perfecto, pero ahora disfrutemos de una velada en buena compañía.

Cuando llegamos al restaurante, estaban todos allí.

—Hola, chicos, perdonad el retraso, pero hacía mucho que no nos veíamos y nos estábamos poniendo al día.

—¿Qué tal, Bea? Eso de perderse con amigos es genial.

—Sí, la verdad es que sí, hemos pasado una tarde estupenda. Os presentaré, ella es Lucía, Mónica, Jaime, Judith, Richard y Javier, ya sabes, mi chico.

—Encantada de conoceros, me hablaron muy bien de ti, Javier, bueno, y de los demás.

—Bueno, cariño, no creas, también le hablé de tus ronquidos.

—Pero, bueno, vaya reputación, si no ronco —rieron todos, porque ya conocían esa parte de Javier—, solo cuando estoy muy cansado.

—Entonces te compadezco, Bea, será casi todos los días —dijo Mónica.

—Menuda fama me estáis poniendo; no hagas caso, Lucía, si duermo como un angelito.

—Sí, como un angelito o como un diablillo.

—Está bien, cambiemos de tema, ¿qué os parece si pedimos el menú degustación?

—Por mí, sí —dijo Lucía—. Y los demás estuvieron de acuerdo.

Pasaron una velada perfecta; llegaron a casa muy tarde; las acompañó Javier, vivía muy cerca de Bea, pero como ninguna de las dos tenían sueño, siguieron contándose sus cosas hasta altas horas, cuando ya el sueño las venció. Lucía se despertó, cerca de las once, Bea estaba preparando el desayuno.

—Buenos días, ¿hay un café para mí?

—Ahora mismo te lo preparo.

—Bea, ya tomé una decisión.

—Perfecto. Dime: ¿me tendré que ir cuatro días a casa de mi chico? Vamos, que por mí, encantada.

14. DEJA QUE TU CORAZÓN TE GUÍE

—Casi no he dormido en toda la noche, no sabía qué hacer, es como que por una parte manda el corazón y por otra la razón, pero siempre fui una persona con los pies en la tierra, tú ya me conoces, y leal a quien me importa; no puedo decirle a Miguel que venga, aunque esté deseando coger ese teléfono, pero sería una traición a Jesús; él se portó muy bien conmigo, no se merece eso.

—Sabía, Lucía, que esa sería tu respuesta, pero a veces hay que arriesgar para ganar. No estés con alguien por pena, no serías feliz tú ni lo harías feliz a él. Está muy bien que te dejes llevar por la razón, pero en temas de amor, deja que el corazón te guíe.

—Lo haré, Bea, pero cuando esté allí, a Jesús aprendí a quererle, es una persona maravillosa, me da seguridad, estabilidad, equilibrio en la vida, me quiere mucho, me hace reír a cada momento, me enseña a controlar mis momentos de ira y rabia y me transmite paz.

—Pero dime, ¿estás enamorada? Porque por lo que me cuentas, es como si fuera tu mejor amigo, pero ¿en esa relación hay pasión, locura, ganas de estar cada segundo con él y que ese segundo no termine nunca?

—Bueno, no hace falta en una relación solo pasión y pasarte el día en la cama, hay más cosas entre una pareja.

—Es cierto, pero como no haya pasión, y sobre todo estar enamorada, antes o después esa relación fracasará, porque será como vivir con un amigo.

—Háblame de lo que sientes cuando estás con Miguel.

—Ufff, es un torbellino de sensaciones; cuando lo veo, es un cosquilleo que sube y baja por mi cuerpo, se me acelera el corazón, me pasaría el día haciendo el amor. Con él sobran las palabras, solo estar a su lado me hace vibrar de pasión, pero no me da seguridad; al contrario, pienso que en cualquier momento puede irse de nuevo, siempre su madre estará antes que nadie, no pienso competir, no es justo, no quiero pasarme la vida compartiendo su tiempo, está claro que no lo quiero todo para mí, pero sí quiero su entrega y confianza, como yo siempre le di, creo que eso nunca me lo podrá dar.

—¿Te estás escuchando? ¿Sabes que hay personas que nunca en su vida han sentido ni sentirán un amor así? Y tú lo estás dejando escapar, aprovecha cada segundo, cada minuto, cada hora a su lado, él es tu verdadero amor, no equivoques nunca amor con amistad. Jesús tendrá que entenderlo. él es tu verdadero amor, y lo sabes.

—Pues tendrá que demostrar muchas cosas, está claro, y tienes razón que Jesús es mi amigo, una de las mejores personas que he conocido, y para nada me gusta hacerle daño, pero cuando llegue hablaré con él y seré sincera, eso no quiere decir que me vaya a echar en los brazos de Miguel, se

tendrá que ganar mi confianza, quizás necesite un tiempo de reflexionar y pensar qué haré de nuevo con mi vida.

—Me parece bien. Cada vez que necesites salir de allí, aquí estaré. —Nos fundimos en un abrazo.

—Gracias, amiga, siempre supe que podía contar contigo. Bueno, me doy una ducha y nos vamos de compras, que es la mejor terapia antiestrés.

—¿Pues a qué esperamos? Pongámonos en marcha.

Fue una mañana muy divertida, fuimos primero de compras a los almacenes Harrods, y después a la calle donde estaban las *boutiques* más exclusivas.

—Vamos a entrar en esta, Bea.

—Ah, no, amiga, estás loca, mira los precios.

La cogí por el brazo y cuando Bea se quiso dar cuenta ya estábamos dentro.

—Buenas tardes, señoritas, ¿en qué puedo atenderlas?

—Buscamos un vestido muy especial para mi amiga. La semana que viene es su pedida de mano, ya sabe, debe sorprender a sus suegros. —Bea me miró, me dijo moviendo los labios, sin que se diera cuenta la dependienta: «Te mato».

—Si no le importa, iremos echando un vistazo.

—Pero estás loca —me susurró Bea—. Ahora me tendré que probar media *boutique*, y cuando le diga que no quiero nada...

—Tú no te preocupes de eso, de peores hemos salido. Venga, elige alguno que te guste, que nos vea interés.

—Lucía, no puedo contigo. —Se acercó la dependienta de nuevo.

—Si quiere ir probándose, les dejé algunos vestidos en el probador.

—Sí, ahora mismo pasamos, llévese estos dos también por favor. —Mientras Bea se probaba, yo me senté en un pequeño sillón y comenzó el pase de modelo.

—No, ese color no te va bien, no te favorece nada, otro.

—A mí tampoco me gusta, además, me marca demasiado la cadera.

—Ese demasiado sencillo. —Se puso otro y cuando salió del probador—. Bea, ¿te has visto? Ese es el perfecto. —Salió con un vestido precioso, le hacía una figura increíble, iba genial con el tono de su piel—. Ese vestido es para ti.

—Qué más quisiera yo. —Se acercó la dependienta.

—Qué bien le queda, es precioso, es de la última colección de una afamada diseñadora, solo nos vino ese, no repetimos modelo, es precioso, depende de los complementos, puede ponerlo para un *cocktail*, para una mañana de reuniones, incluso para una cena donde tenga que ir más elegante; es un vestido de fondo de armario.

—Déjeme pensarlo. —Se alejó la dependienta a atender a otras clientas y se me acercó—. ¿Y ahora qué? Este vestido, menudo fondo de armario, dejo aquí parte de mi sueldo, me metes en cada lío. Nunca cambiarás.

—¿Pero te ha gustado? ¡¡¡Te queda precioso!!!

—Me ha encantado, nunca he tenido un vestido igual, mira que me da pena quitármelo. —Reímos las dos.

—¿Te acuerdas, Lucía? Como el que te compraste cuando estudiábamos en la universidad.

—Es verdad, aún lo tengo y me sigue encantando, hay vestidos que no pasan de moda, me lo volví a poner el otro día, cuando fuimos al lago a comer.

—Mira qué hora es, las doce y media, aquí comemos a esa hora y quedé con Javier para comer

los tres juntos.

Mientras se iba cambiando Bea, la dependienta se acercó:

—¿Me pueden pasar los vestidos?

—Sí, ahora mismo.

—¿Se quedará con alguno? El último parecía que se lo hubieran hecho para ella.

—Un momento —me dirigí a la dependienta, le señalé el vestido y le dije—: por favor, envuélvalo, nos lo llevamos. —Cuando Bea salió del probador, le dije—: Esto es por tantos años de amistad, aunque no nos veamos con frecuencia y por ser alguien muy especial para mí; así me recordarás cada vez que te lo pongas, siempre que te he necesitado, estabas ahí.

—¡¡¡Estás loca!!! Es muy caro, es una locura, Lucía.

—Ese vestido es para ti, lleva puesto tu nombre, reserva esta noche un restaurante y sorprende a tu chico, pónelo, estás preciosa. —Le di un beso en la mejilla; la dependienta se dirigió a nosotras.

—Una buena elección, sorprenderá a sus suegros el día de su pedida. —No pudimos contener las risas.

—Gracias, estoy segura de ello, date prisa o llegaremos tarde, cogeremos un taxi.

Llegaron al restaurante, ya estaba allí Javier, estaba acompañado. Mientras nos acercábamos a la mesa, me pregunté: «¿Pero quién es ese chico tan guapo?».

15. RECUÉRDAME

Entre dientes y sonriendo, me dijo Bea:

—Es un amigo de Javier, Gonzalo.

—¡¡No está mal!!

—Pero nada mal. —Sonreímos las dos.

—Hola, chicos, disculpad nuestro retraso, hemos tenido una mañana de compras muy movidita.

—Entonces lo que me extraña es que solo os hayáis retrasado quince minutos. —Hicieron las presentaciones.

—Lucía, él es Gonzalo, somos compañeros de bufete.

—Encantada, Gonzalo. —Fue un almuerzo muy distendido, en una compañía inmejorable. Gonzalo resultó ser de un pequeño pueblo costero del sur, donde yo pasaba los veranos cuando era adolescente.

—Hace tanto tiempo que no voy, tenía varias amigas, pero hace mucho que no sé de ellas, recuerdo que una se llamaba Julia, y otra, déjame pensar, creo que se llamaba Judith.

—Puede ser Judith Torres, que su hermano se llamaba Rubén, él era amigo mío; bueno, en realidad todos salíamos en la misma pandilla.

—Pues la verdad, por más que te miro no te recuerdo, pero sí a Rubén, el hermano de Judith, espera, tú no serás quien iba siempre con él, al que llamaban el Menda.

—Calla, ni se te ocurra repetir ese apodo.

—¿Entonces eres tú? ¡No me lo puedo creer! Pues sí que estás cambiado.

—Ya sabes, mucho gimnasio, comida macrobiótica y, eso sí, un cubatita de vez en cuando tampoco va mal.

—Perdona, Lucía, ¿cómo decías que le llamaban?

—Ni se te ocurra repetir ese apodo, somos personas serias y adultas. —Nos reímos.

—Creo que eso de sería no te va mucho. El Menda. —Terminamos de comer; miró Javier el reloj.

—Son las dos y media, Menda, creo que es hora de volver al trabajo.

—Se me olvidaba, reservé en Le Bistró mesa para dos, que esta noche te sorprenderé. —Bea no dijo más y sonrió.

—Qué bien suena eso, cariño. —Se acercó y le besó en los labios.

—Y tú, Lucía, ¿qué harás esta noche? —preguntó Gonzalo, mientras la observaba.

—Pues creo que me quedaré en casa y aprovecharé para leer un libro que me ha recomendado una amiga: *Siente, sueña y ama*. Tengo ganas de comenzar a leerlo, una noche perfecta.

—Ah, no, venir a Londres unos días y quedarse en casa no tiene sentido; ¿te va bien que te recoja a las ocho?

—En serio, estoy cansada y creo que mañana llega Diana, la amiga de Bea, serán días muy moviditos.

—Ok, a las ocho en punto, no admito un no por respuesta; así, durante la cena, recordaremos viejos tiempos.

—Si te pones así, no tendré más remedio. De acuerdo, a las ocho estaré lista.

—Perfecto, reservaré en un restaurante cerca del Big Ben, con unas vistas preciosas. —Mientras ellos abandonaban el restaurante, nosotras nos quedamos tomando un té y recordando viejos tiempos.

—Debemos irnos; en un par de horas tenemos que estar preparadas, no está nada mal, acabas de llegar a Londres y ya tienes una cita, nada menos que con Gonzalo, «el Menda». —Reímos las dos; mi móvil no paraba de sonar, lo saqué del bolso y vi que tenía varios *whatsapp*.

—Te ha cambiado la cara, Lucía, ¿pasa algo?

—Es Miguel, dice que me echa de menos, que está deseando que llegue el domingo para verme, que siente mucho todo, pero que no le castigue con mi indiferencia. Que solo tengo que decirle que venga y cogerá el primer vuelo. —Cerré el móvil y volví a guardarlo en el bolso.

—Creo que es hora de que nos vayamos o no estaremos listas a las ocho.

—Lucía, estás muy enamorada de él, olvida estos años, el rencor no te dejará ser feliz.

—Bea, tú no lo entiendes, no es rencor, es dolor, ya sufrí bastante, no quiero pasar de nuevo por lo mismo, es como cuando un niño quiere un caramelo a toda costa y, cuando lo tiene, pierde todo interés; pues eso siento yo, lo busqué durante tanto tiempo que ahora que sé que está ahí es como si me sintiera indiferente, quizás no lo entiendas porque ni yo misma entiendo lo que me ocurre, tantos años esperando este momento y ahora, ya ves, salí huyendo.

—Está bien, respetaré tu decisión, no volveré a hablar del tema, al fin y al cabo has venido aquí a pasar unos días, a relajarte, disfrutar, y es exactamente lo que vamos a hacer.

Llegamos a casa, cargadas de bolsas; Bea sacó su vestido de la bolsa.

—Me encanta, Lucía, creo que esta noche mis suegros quedarán prendados de mi belleza. —Reímos las dos.

—Estoy segura de ello, qué tarde es, me voy a la ducha. —Mientras estaba en la ducha, recibí una llamada.

—Lucía, tu teléfono, no para de sonar. —Bea lo sacó del bolso—. Es Miguel.

—No te oigo, Bea, ¿qué estás hablando?

—Miguel te acaba de llamar, creo que dejó un mensaje en el buzón.

—Pues va a esperar, Bea, hoy no tengo ganas de hablar, esta noche pienso divertirme. ¿A qué hora llega mañana Diana?

—A las siete, ya habré salido de trabajar y nos iremos a buscarla al aeropuerto, nos quedan días de no parar, qué ganas tengo de verla y que la conozcas.

—La verdad es que yo también tengo ganas de conocerla. ¿Qué me pongo? Ya estoy como siempre, ¿te gusta este conjunto?

—Esto me recuerda a la universidad. ¿La verdad? Demasiado serio. —Bea buscó entre su ropa—. ¿Qué tal este vestido? Este color te favorece mucho.

—Sí, tienes razón, creo que es el perfecto; además, con los zapatos que me he comprado, me quedará genial.

—Creo que, como siempre me pasa, llegará Javier y aún no estaré lista. —Bea se dio una ducha rápida, fue al dormitorio y se puso el vestido.

—Pero bueno, estás preciosa, esta noche te pide matrimonio. Espera, tengo un colgante que le va

genial. —Cuando se lo puso, resaltaba más aún sus ojos azules, estaba radiante.

—Gracias, me encanta, le va genial al vestido, ¿crees que debo recogerme el pelo? —Se lo subió hacia arriba, haciéndose un recogido informal. Se miró en el espejo—. ¿Qué te parece?

—¿Te has visto? ¡¡Estás guapísima!! Disfruta y llega para desayunar; bueno, mejor que Javier te prepare el desayuno. —Reímos las dos, sonó el telefonillo, era Gonzalo, me dijo que bajase rápido, que no podía aparcar, que me esperaba en el coche con cara de emoticono impaciente.

—Emoticono impaciente —sonrió—, bajo en cinco minutos.

—Solo una cosa, disfruta, pásalo bien y olvídate de todo, viniste a eso.

—Lo haré, y tú pásalo genial; si hay pedida, quiero un *whatsapp*, nos vemos mañana.

—Anda, loca, aún soy muy joven, ¡¡¡pero no estaría mal!!!

Mientras bajaba en el ascensor, me retoqué los labios y pensé en ese momento en Miguel, hubiera deseado que en el coche estuviera él. De pronto se abrió la puerta del ascensor y volví a la realidad. Cuando salí a la calle, miré ambos lados y vi un coche aparcado en doble fila, vi a Gonzalo enredando con la radio, toqué en la ventana, se bajó del coche rápidamente y se dirigió a abrirme la puerta.

—Disculpa, estaba buscando música.

—Gracias, Miguel.

—¿Cómo me has llamado? ¿Se te olvidó que me llamó Gonzalo o quizás Miguel es alguien especial?

—Sí, mi compañero de trabajo, me paso el día con él, disculpa.

—O sea, que eso quiere decir que no hay novio, ni marido, ni nada parecido en tu vida, solo Miguel, un compañero de trabajo.

—Bueno, así es, he tenido novio hasta hace poco, vine por desconectar.

—Pues tranquila, que desconectaremos, ¿nos vamos?

—Adelante, disfrutemos de la noche londinense.

Mientras, Bea y Javier se dirigían a Le Bistró.

—Cariño, estás preciosa, resplandeciente, creo que a esta chica no la voy a dejar escapar jamás.

—Eso me gusta, Javier, esos ojitos solo para mí.

—Vaya tarde, Gonzalo no paró de preguntarme sobre Lucía, si tenía novio, que cuánto tiempo se quedaría, le dije que sabía lo mismo que él, que la había conocido anoche y que solo sabía que fue compañera tuya en la universidad.

—Es mejor que no sepa nada, ella vino a desconectar y pensar qué hacer con su vida, pero disfrutemos la noche, cariño.

Llegaron a Le Bistró, era un restaurante con vistas al Támesis, con una decoración exquisita.

—Está considerado como un lugar muy recomendable si se visita Londres.

—¿Tienen reserva? —Javier le dio el nombre y los acompañaron a una mesa alejada de las demás, con unas vistas perfectas.

—Me encanta, cariño, es el lugar perfecto para una cena romántica.

—Por eso te he traído aquí, quiero que no olvides esta noche nunca. —Se les acercó el metre.

—Señor, ¿les puedo servir ya el primer plato?

—Perdone, no nos ha traído la carta. No pedimos aún.

—Se me olvidó decirte, cielo, que cuando reservé le dije lo que cenaríamos, espero que no te importe.

—Disculpe, señor, no lo sabía, claro que no me importa, puede traernos el primer plato. —Tenían al lado de la mesa una cubitera con hielo con un vino blanco; les sirvió una copa.

—¿Está a su gusto, señor? Perfecto, entonces les serviré el primer plato. —Cuando se quedaron solos, hicieron un brindis y Javier, levantando la copa, dijo: «Por toda una vida juntos, te quiero».

—Y yo a ti, cielo. —Bea vio cómo se acercaba el metre con una fuente plateada con una tapa de cristal en color azul.

—¿Puedo servirles ya, señor?

—Sí, adelante. —Cuando levantó la tapa de cristal, ella se quedó sin palabras, el metre se retiró. Bea se sonrojó.

—¿Qué es esto, cariño? Dentro había una rosa, una carta y una cajita dorada. Cogió la rosa—. Gracias, sabes que me encantan.

—Lo siento, pero dentro no podía poner un ramo de doce rosas. —Rieron los dos.

—Es preciosa. —Cogió el sobre, era una tarjeta que ponía: *Quiero pasar a tu lado el resto de mi vida*. Sus ojos se llenaron de lágrimas y ella le dijo—: Y yo, mi amor, ya no imagino mi vida sin ti.

Y antes de que cogiera la caja, él la miró a los ojos, mientras la enseñaba:

—Cielo, solo quiero escuchar un sí.

—Es el anillo más bonito que vi jamás.

—Un diamante para otro diamante. —Se lo puso en el dedo anular—. Cariño, aún no me has contestado. —Bea se levantó, lo besó y le dijo: «Sí, sí quiero».

Se les acercó el metre, les dio la carta y le dijo:

—Ahora sí, señorita, puede elegir lo que desee cenar.

—¿Lucía lo sabía? —Él le sonrió—. Claro, por eso tanto interés en que me comprara un vestido especial. ¿Sabes? Al final me lo regaló ella.

No muy lejos de allí, Gonzalo y Lucía estaban llegando al restaurante cuando ella recibió un *whatsapp*.

—Suena tu móvil, ¿no lo vas a coger?

—No será nada importante, puede esperar. —Pero seguían sonando los *whatsapp* y Gonzalo me miró.

—Creo que quien sea insiste mucho. —Abrí el bolso y cogí el teléfono.

—Es Bea, me manda una imagen. —Era el anillo y debajo ponía: *¡¡¡¿Lo sabías?!!!* Yo le contesté: *Disfruta la cena y el momento, después nos veremos para celebrarlo*—. Creo que pronto estaremos de boda.

16. ROSAS PARA LUCÍA

—¿Qué pasó? ¿Qué es eso de que pronto estaremos de boda?

—Pues nada, Gonzalo, que creo que solo falta poner fecha, que Bea y Javier se han comprometido esta noche.

—¿En serio? Pero si me paso media vida con él y no tenía ni idea.

—No quería decírselo a nadie por miedo a que se os escapara. Yo me enteré ayer y por eso me la llevé de compras, llamó a casa mientras Bea estaba en la ducha, me comentó que necesitaba cenar con ella, que quería que fuera una noche especial, porque hoy hacía un año se conocieron.

—Cómo pasa el tiempo.

—Sí, muy rápido; además, se conocerían nada más llegar Bea aquí.

—Sí, así es, eso lo sé, se conocieron en una fiesta, fue una compañera quien los presentó, estaba recién llegada y creo que después de ese día solo se han separado las horas en las que trabajan los dos; se los ve muy felices. —Hubo un silencio—. Bueno, no me has dicho qué te parece el restaurante, qué tal la cena y, cómo no, la compañía.

—Pues si he de puntuar, creo que al lugar le daré un nueve, a la cena un nueve y medio y, a la compañía, entonces un diez.

—Bueno, creo que a la compañía le daré —se quedó pensando—, mejor me lo reservo —lo miré a los ojos—: a las personas se las califica cuando se las conoce; tendrás que esperar.

—Por mí no hay problema, esperaré el tiempo que haga falta.

—Gonzalo, quiero que sepas que este viaje lo hice porque —él me interrumpió.

—Calla, da igual, ahora solo importa el momento. —Acercó su mano y la retiré.

—Disculpa, pero quizás sí debas de saber por qué vine. Llevo diez años enamorada de Miguel. En este tiempo, he pasado con él un verano cuando tenía diecisiete años y un fin de semana cuando estaba en la universidad. Intenté olvidarme de él, pensé que lo había conseguido, pero hace tres días apareció de nuevo en mi vida, te mentí y lo siento, pero tengo novio, se llama Jesús, pero cuando he vuelto a ver a Miguel, he comprobado que sigue en mi mente y en mi corazón. No sé qué hacer, sé que sigo enamorada de él, pero Jesús no se merece un engaño, se ha portado conmigo siempre genial, me quiere mucho, decidí venir porque no sé qué hacer con mi vida. Ahora que ya lo sabes, disculpa por retirar la mano y por haberte mentido

—No importa, quizás me precipité, lo entiendo, un amor así solo se vive una vez en la vida. No debes dejarlo escapar

—Ya, pero lo mismo que desapareció dos veces puede hacerlo una tercera; no quiero sufrir.

—Pero tendría un motivo para irse; alguien no desaparece tanto tiempo sin motivo alguno. Además, quien no arriesga no gana.

—Sí, así es, su madre tuvo un accidente muy grave, él se ocupó de ella, no tenía a nadie más.

—Pues creo que es una causa con peso, ahora lo que debes hacer es divertirte, disfrutar y, cuando vuelvas, decidirás qué hacer con tu vida

—Gracias por tus consejos, y perdona, quizás no sea el momento y el lugar, pero no quería malentendidos entre nosotros, siempre me caíste muy bien.

—¿Qué tal si nos tomamos el postre, llamamos al par de tortolitos y vamos a festejar con ellos su compromiso?

—Me parece perfecto, es en lo que quedé con Javier. —Mientras llamaba Gonzalo, yo pedía la carta de postre.

—He quedado con ellos en vernos en un *pub* que hay no muy lejos de aquí en una hora.

—Genial, yo ya elegí postre.

—Yo prefiero un café; y si me dejas, compartiré contigo el postre, el botón está casi a punto de estallar y no quiero darte en un ojo. —Reímos los dos.

—Entonces, mejor compartimos, no quiero llegar a España, con la mirada perdida.

—¿Qué te apetece: pasear o cogemos el coche? Está a tres calles de aquí.

—Prefiero pasear, y a todo esto, aún no me has contado nada de ti, cómo acabaste en Londres. —Mientras paseábamos, me fue contando un poco su vida y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos en el *pub*, entramos, pero aún no habían llegado Bea y Javier, pedimos unos *gin-tonic* y seguimos hablando.

—Mira, ahí están. —Levanté el brazo, y los dos, con caras sonrientes, se dirigieron hasta donde estábamos.

—Hombre, todo el día conmigo en el trabajo y no me cuentas nada. Ten amigos para esto, ven aquí. —Le dio un abrazo—. Muchas felicidades. ¿Se puede besar a la novia?

—Bueno, esta vez te permitiré besarla. —Bea y yo nos abrazamos.

—Me alegro tanto por ti, amiga. —Bea me enseñó el anillo de compromiso.

—Es precioso, me encanta verte tan feliz, el destino quiso que este día tan especial lo compartiera contigo.

Pasamos una noche divertida. Ya casi era de día.

—Creo que va siendo hora de que nos vayamos a casa, una ducha y a trabajar.

—Pues yo creo que me dormiré hasta el mediodía.

—Que tengas un buen día, Bea, me voy a la cama.

—Sí, lo intentaré, aunque estoy reventada, que descanses; cuando te despiertes, me llamas.

Abrí los ojos, miré el reloj y dejé caer el brazo sobre las sábanas. De pronto me di cuenta de que había dormido muchísimo. Volví a mirar el reloj, eran las dos y media, corrí hacia la ducha y, después, fui a la cocina, abrí el frigorífico, solo había un plátano y un yogur, miré por las repisas y nada, solo una lata de atún, galletas y poco más. Cogí las llaves que había junto al teléfono y llamé a Bea mientras hacía la compra.

—Hola, me acabo de despertar, y tu frigorífico está que no coge nada más. —Comenzó a reír Bea.

—Es verdad, casi nunca como en casa; con tanto acontecimiento, se me olvidó hacer una compra. Antes de que llegue Diana, nos acercamos.

—No te preocupes, ya estoy yo en ello; bueno, te dejo que pague y vuelvo a casa a hacerme algo de comer.

—Nos vemos en un par de horas.

Cuando iba para casa, sonó el teléfono, pero iba muy cargada para pararme. Al llegar, dejé la compra y vi quién había llamado, era de nuevo Miguel, me había dejado un mensaje en el buzón.

Hola, Lucía, solo quería escuchar tu voz, bueno, imagino que te lo estarás pasando muy bien, solo recuerda que te quiero.

Dudó si llamarle, pero en ese momento sonó el teléfono de casa

—Hola, ¿con quién hablo?

—Hola, me pasó el teléfono Javier, nada, solo saber si habías descansado.

—Hola, Gonzalo, sí, genial, hace poco que me desperté, voy a ver si me hago algo de comer, que Bea vendrá pronto.

—Espero verte antes de que te vayas, anoche lo pasé genial.

—Yo también, fue una noche muy divertida, claro que nos veremos; un segundo, que llaman al timbre. Sí, ¿quién es?

—Señorita Lucía, ¿me puede abrir? —Miró por la mirilla y vio un increíble ramo de flores—. Espere, ahora mismo le abro.

—Hola, ¿sigues ahí?

—Sí, espera, ahora mismo estoy contigo, alguien mandó un ramo de flores, será para Bea. —Abrí la puerta—. Muchas gracias, es precioso. Qué raro, viene a mi nombre. ¿Sigues ahí, Gonzalo?

—Sí, claro, aquí sigo, ¿son rosas, verdad?

—Sí, son preciosas, es mi flor preferida; ¿y tú, por qué lo sabes? —Entonces, leyó la tarjeta: *Gracias por regalarme una noche mágica, lo pasé genial. Gonzalo.* Apenas podía articular palabras—. Gracias, son preciosas, no sé qué decir.

—Pues no digas nada, solo ponlas en un jarrón y espero que me regales una mañana o una tarde igual que la noche de ayer.

—Gracias de nuevo, un detalle precioso, nunca nadie me había regalado rosas, qué bien huelen, de nuevo, gracias.

—Lucía, debo dejarte, tengo que seguir trabajando, que tengas buena tarde.

—Igualmente, me robaste un trocito de corazón.

—Ojalá pudiera robártelo entero, nos vemos.

—Adiós, Gonzalo, que tengas buena tarde. —Me sentía nerviosa, y solo me ponía así cerca de Miguel.

Mientras hacía la comida, no se me quitaba de la cabeza el ramo de rosas. Me di cuenta de que Jesús no me había mandado ni un *whatsapp*, ni una llamada, me extrañó, él siempre era muy atento. Es más, cuando vi el ramo, pensé que era de él; bueno, pensé que estaría de reuniones y muy ocupado. Después de comer, me senté un rato y hablé por WhatsApp con mi hermana y mi madre; vi a Miguel en línea y le saludé.

—Hola, Miguel, estoy bien, pero hice este viaje para desconectar de todo y de todos. El domingo cuando llegue hablaremos.

—Lo entiendo, pero solo te pido que escuches tu corazón y pienses en los buenos momentos que pasamos juntos. Te quiero. —«¿Por qué la vida me pone en esta encrucijada ahora? ¿Qué debo hacer? Siempre esperé este momento y ahora me invaden las dudas». Entonces, oí la puerta.

—Hola, Bea.

—Pero bueno, ¿y ese ramo de rosas tan bonito? Al abrir la puerta ya huelen.

—Me las mandó Gonzalo, la verdad es que es un encanto.

—Lucía, viniste a poner tu vida en orden y creo que cada vez se está liando más.

—Calla, no me asustes, anda, cámbiate y vayámonos a por Diana.

Cogimos el metro y nos fuimos al aeropuerto. Por megafonía se escuchó que el vuelo procedente

de Sevilla acababa de aterrizar.

—Corre, ya llegó. —Buscamos la puerta y la vimos de lejos; cuando se acercó, a ella la miró con cara de asombro.

—Pero, Diana, pensé que venías sola.

—Ya ves, no he tenido más remedio que venir acompañada; ¿lo entiendes, verdad? —Bea le sonrió.

—¡Pero cómo no me dijiste nada!

—Porque quería ver tu cara de sorpresa y contártelo en persona. Te presento a mi amiga Lucía, mi compañera en la universidad; ¿te acuerdas de que te hablé de ella?

—Claro, la del cuadro de margaritas, que cuadro que veo, le doy la vuelta. —Reímos las tres.

—Como todos, algún día lo encontraremos; bueno, ahora preséntanos a tu acompañante.

—Todo a su debido tiempo; es una larga historia.

17. HOLA. ¿ME RECUERDAS?

Llegamos a casa, dejamos la maleta en el dormitorio, estábamos impacientes por que Diana nos contara los detalles de su acompañante.

—¿Qué tal os ha ido en el viaje?

—Muy bien, un poco cansada, sobre todo porque cada día que pasa me agota más hacer cualquier cosa, pero Miriam y yo estamos genial.

—¡¡¡Miriam!!! ¿Es una niña?

—Sí, es una preciosa niña que conoceréis en un ratito; me he traído alguna ecografía.

—No me dijiste nada, cómo pudiste callártelo durante tanto tiempo. Ahora tendrás que contarnos todo desde el principio.

—Todo a su debido tiempo.

—Ahora decidme cuáles son los planes, qué ganas de hacer este viaje, volver a verte y conocer a Lucía, aunque la verdad es que ya es como si la conociera de las veces que hemos hablado de ella.

—Espero que todo lo que te contara fueran cosas buenas —Reímos las tres.

—No sé qué decirte.

—Pero bueno, Bea, ten amigas para esto.

—Ya sabéis, en tres meses nos vemos en Granada, quiero que seas la madrina de Miriam; ¿quién mejor que tú, Bea?

—¡¡¡Me lo dices en serio!!! Pero a ver, si siempre me dijiste que no tenías creencias religiosas.

—Y no las tengo, pero mi hija tendrá que tener madrina, no iremos a la iglesia, pero habrá una fiesta y, además, escribí un documento que me gustaría que leyese. Como sabes, no tengo apenas familia, y si me pasara algo, quisiera que tú te ocuparas de ella.

—Claro, si tú quieres.

—Claro que quiero, pero no hablemos de esas cosas; verás crecer a Miriam y seguiremos juntándonos cada año hasta que seamos viejitas y acabemos juntas viviendo en un pisito.

—Pues mira, no es mala idea, pero habrá un padre, ¿no? ¿Él qué opina de esto?

—Él está de acuerdo con ese documento. —Hubo un silencio y las tres se miraron

—¿No hay padre, verdad, Bea?

—Él ni lo sabe, ni quiero que se entere nunca, no sería un buen padre, es egoísta, egocéntrico, le pondré mis apellidos.

—No me vas a decir que el padre es quien te dejó cuando nos conocimos en el tren.

—Así es, me llamó un día y fui tan tonta de contarle lo que me había pasado, claro, a los pocos días allí estaba, pidiéndome perdón, que me quería, y parecía tan sincero que lo creí; lo único que le importaba era mi dinero. Cuando me di cuenta de lo que pretendía, le puse las maletas en la

calle, cambié la cerradura y hasta hoy, al mes de irse más o menos, es cuando descubrí que estaba embarazada. Al principio me asuste, pensé en llamarte, estaba perdida, no me encontraba preparada para tener un hijo, se me pasó por la cabeza la idea de abortar, pero una noche tuve un sueño, soñé con mi madre, me decía que no me preocupara, que ella desde donde estaba velaría por mí y por mi hijo, que lo necesitaba, y él a mí, que era fuerte que tenía mucho amor que dar y que encontraría una persona especial que haría ese camino con nosotros. Aquella mañana, cuando desperté, la sentí a mi lado, os parecerá una locura, pero fue así, y me alegro mucho de la decisión que tomé, ahora solo espero el momento de ver su carita.

—Madre mía, me acabas de emocionar, y yo preocupándome de tonterías, ojalá alguien me dijera a mí qué camino debo elegir ahora en la vida, aunque escuchando tu historia, decir esto me parece una frivolidad.

—¿Por qué, Lucía? Ninguna historia es más importante que otra, solo es cuestión de escuchar a tu corazón, allí es donde se esconden los verdaderos sentimientos, piensa en ti, es tu vida, nadie la va a vivir por ti; si te equivocas, la vida da siempre segundas oportunidades. Además, siempre digo que te arrepentirás de lo que no hiciste, por miedo, no de las equivocaciones que cometes, esas te enseñarán a crecer.

—Tienes razón, Diana, dejaré de pensar tanto si está bien o no, si me equivoco o no, y me dejaré llevar por mi intuición, nunca me ha fallado.

—Bueno, chicas, hablando de frivolidades, poneos guapísimas, que nos vamos a divertir un rato. Ya estábamos preparadas para salir cuando sonó mi teléfono. Me miraron y me dijo Bea:

—¿A qué esperas para cogerlo? Seguro que es Miguel, debes hablar con él, ve al dormitorio y habla tranquila, que te esperamos aquí, charlando de nuestras cosas.

Descolgó el teléfono.

—Hola, Miguel, ¿cómo estás?

—Me tenías preocupado, ya no aguantaba más sin hablar contigo.

—Lo siento, pero vine aquí a pensar y no quería hablar con nadie, solo pasarlo bien, divertirme.

—Lucía, lo siento, yo no volví para volver tu mundo del revés, fui egoísta o quizás no, tal vez tú en mi lugar hubieras hecho lo mismo, yo también estoy pensando, pero a diferencia de ti sí sé lo que quiero, no hacerte daño. Quizás sea mejor que me marche y te deje vivir tu vida. —Lucía se quedó paralizada, el miedo a perderlo de nuevo le asustó tanto.

—No te vayas, por favor, no te alejes de nuevo de mí, sé que te amo, quiero estar contigo, me di cuenta hace unos minutos, cuando decidí escuchar a mi corazón, sé que no hay lugar para otra persona que no seas tú.

—¿Estás segura, Lucía?

—Completamente segura, creo que siempre lo estuve, pero el miedo es libre, a veces nos paraliza y nos hace huir. Espero que puedas entenderme.

—Claro que te entiendo, y me alegra que hicieras ese viaje. Te quiero, lo sabes; ahora, ve a divertirme.

—Sí, porque me están esperando, no te digo que vengas a Londres no porque me falten las ganas, sino porque quiero hacer las cosas bien.

—Lo comprendo; además, es un viaje de amigas, divierte mucho, mañana hablamos.

—Hasta mañana, mi amor.

Aquella noche fue muy divertida, risa complicidad y confesiones; fue una de esas noches que nunca olvidas.

—Creo que este *pub* aún está abierto; ¿qué os parece si entramos a tomarnos la última? ¿Cómo

te encuentras, Diana?

—Genial, mejor que nunca, vayamos, creo que voy a cambiar mi lugar de residencia, me encanta Londres.

—Pues no estaría mal vivir aquí las tres.

—¿Tú que dices, Lucía?

—Pues nada chicas, a echar currículums.

Entramos en el bar y pedimos unas copas. Estaba lleno, había un grupo que no paraba de reírse.

—Mirad esa pareja, eso sí que es pasión.

—Claro, el primer amor siempre es así; ¿acaso vosotras no lo habéis vivido? —Mientras Bea hacía el comentario, miré a una chica que estaba al fondo sola, estaba con un bloc pintando.

—Bea, mira la mesa de fondo, ¡¡es Ariel!! La chica que conocí en el avión; ¿os importa si le digo que se una a nosotras?

—Vamos, ¿a qué esperas? —dijo Diana—, así la conozco.

Se levantó y se dirigió hacia ella.

—Hola, ¿me recuerdas?

—¡Claro, cómo no! ¿Qué tal, Lucía?

—Vengo a invitarte a que te unas a nuestro grupo. ¿Ves a aquellas chicas que están allí sentadas?

—Estaré encantada. —Cogió su copa y su bloc y le presenté a Diana, ya que a Bea la había conocido en el aeropuerto.

—Hola, encantada, qué casualidad.

—Aunque creo que nada es por casualidad, cuatro mujeres, con cuatro vidas diferentes, unidas por algo.

—Bueno, ya casi cinco, Diana está embarazada de una niña

—Sí, ¿al final decidiste tenerla?

—¿Cómo sabes eso?

—Nada cosas mías, sería mucho pedir que me dejaras tocarte la barriguita.

—No, para nada. —Le puso la mano y empezó a moverse.

—Si está feliz, será una gran luchadora, como su madre; además, tienes a alguien que os cuida mucho, que no está en este mundo, pero cada día te manda mucha energía. —Las tres nos quedamos sin palabras. Diana no sabía ni qué decir; Ariel siguió hablando—. Además, amas la pintura, como yo, debes pintar lo que sientes, ahora estás bloqueada, pero cuando nazca tu bebé, harás cosas preciosas, debes exponer, llegará alguien a tu vida que te dará esa oportunidad, no la desaproveches; olvídate de él, no merece la pena, tu corazón aún está herido, pero pronto sanará.

—Gracias, Ariel, no sé qué decir, qué sensible estoy, me has hecho llorar.

—Bueno, chicas, lo siento, quizás no era el momento, pero cuando tengo que decir algo, es la única forma que sé de hacerlo. —Las tres nos quedamos sin palabras, y a pesar del ruido que había a nuestro alrededor, pesó más el silencio. Entonces me levanté y dije:

—Creo que es el mejor momento para un brindis. Por nosotras y por la amistad que acaba de comenzar. —Alzamos las copas y nos deseamos lo mejor.

18. PRONTO ESTAREMOS JUNTOS

—Me alegra mucho haber hecho este viaje, creo que ha sido el viaje de mi vida, no solo porque he descubierto lo que realmente es importante, sino porque reunimos cuatro mujeres tan diferentes, con vidas tan dispares, pero a la vez con un nexo en común, la amistad, ha sido fantástico. —Las cuatro nos miramos y sonreímos.

—¿Sabéis? La vida es eso, son momentos compartidos con la gente que queremos, no importa conocerse de siempre, a veces es más importante alguien que aparece al azar que personas que llevan a tu lado toda la vida, por lo menos eso decía mi abuelita; creo que después de la presentación que hice hace un momento, os debo una explicación.

»Os contaré un poco de mí. Lucía os diría que soy de México, allí he vivido hasta hace tres años y medio, desde entonces busco mi nuevo hogar, allí ya no me queda nadie. Me crié con mi abuelita; cuando yo tenía seis años, mis padres decidieron comenzar una nueva vida en Estados Unidos, fueron a buscar trabajo, querían una vida mejor, y una vez situados, iría yo, pero la vida a veces no es lo bonita que quisiéramos, y cuando fueron a cruzar la frontera ilegalmente, no lo consiguieron, eran un grupo de diez personas, solo se salvó uno. No sé ni dónde están enterrados.

»Nunca olvidaré el día que se fueron, yo era pequeña, pero recuerdo los ojos de mi madre llenos de lágrimas diciéndome que muy pronto estaríamos juntas, esa mirada nunca la olvidaré; mi padre me abrazó y me dijo que fuera fuerte y cuidase de mi abuelita, pero los días pasaban, los meses, y no sabía nada de mis papás; con el tiempo, me enteré de que murieron al intentar cruzar la frontera.

»Mi abuelita se hizo cargo de mí, era una mujer muy especial, no sabía leer ni escribir, pero me enseñó mucho de la vida y de las personas; la gente del pueblo donde vivíamos decía que era una mujer con poderes, ella decía que no hiciera caso a las habladurías, pero era tan especial. Nunca quiso que mis padres hicieran ese viaje, les decía que era el viaje del adiós, pero mis padres no hicieron caso, y ya veis cuánta razón tenía.

»Recuerdo mi casa cuando era pequeña llena de gente, creían en ella y buscaban una cura para sus dolencias; mi abuela, a veces antes de verlos, se podía pasar dos o tres días sin dormir. Los veía en una salita que se comunicaba con un dormitorio, yo me escondía allí y la veía, siempre tenía hierbas y nombraba al espíritu guardián que le protegía del mal, decían que tenía visiones, y yo estoy convencida de que así era; además, ella no cobraba nada, pero nunca nos faltó comida que llevarnos a la boca.

—Qué interesante, síguenos contando.

—Recuerdo un día, cuando yo tendría unos doce años, ella me dijo: «¿Ves aquella montaña? Mañana subiremos»; decía que quería enseñarme algo, yo me imaginaba que allí guardaría un tesoro, aquella noche apenas dormí, por la mañana salimos del pueblo y comenzamos a subir

aquella montaña, era interminable, nunca llegábamos al final, ya casi no podía seguir, y la abuelita me decía que ya quedaba poco. Cuando llegamos a lo alto, iba tan cansada que me acosté sobre la roca, ella se sentó a mi lado, no sin antes hacer un pequeño fuego; me preguntó qué veía desde ahí, comencé a mirar hacia todos los lados y le dije que un cielo azul, nubes, el pueblo allí abajo, muy pequeñito, y árboles, muchos árboles; «lo mismo que estás viendo tú», le dije. Me contestó diciendo que ella no veía eso, veía a nuestros antepasados, notaba su presencia, veía el pasado y el futuro. «Quiero que sepas algo, la mayoría de las personas miran a través de los ojos, pero no ven más que hasta donde la mirada se pierde, tienes que empezar a ver con el corazón, así verás más allá de donde los ojos puedan ver, verás sentimientos, añoranzas, felicidad y tristeza, verás el interior de las personas»; le pregunté cómo se hacía eso y ella me contestó: «Es fácil, solo tienes que cerrar los ojos y dejarte llevar por lo que sientes, tienes que saber distinguir entre la razón y el corazón, y saber cuál de las dos debes utilizar en momentos de tu vida, deben estar siempre unidas, debe haber un equilibrio entre la razón y el corazón, nunca lo olvides». Y desde entonces es lo que hago. Por eso, esta noche, Diana, te dije lo que sentía; aquel día descubrí un mundo nuevo, creo que fue una iniciación, después subí varias veces yo sola a la montaña, pensaba que si allí estaban los espíritus de mis antepasados, quizás volviera a ver la sonrisa de mi mamá, y más de una vez, cuando cerraba los ojos, la sentí acariciándome el pelo, como cuando era pequeña. — Se le humedecieron los ojos y unas lágrimas se dibujaban en su rostro.

—Amiga, a veces recordar sana el espíritu, pero es duro. —Le ofrecí un pañuelo.

—Gracias.

Se secó las lágrimas y respiró hondo, como si así se sintiera más libre.

—¿Y qué pasó con tu abuela? —preguntó Diana.

—Cuando terminé Bellas Artes, ese otoño ella falleció, vendí la casa y decidí seguir formándome y seguir buscando.

—¿Buscando? No entiendo.

—Demasiado doloroso para contarlo ahora; además, creo que ya conté suficiente de mí, jamás había hablado esto con nadie. En alguna ocasión, quizás en algún momento, os cuente qué estoy buscando, y esta es la historia de mi vida.

—Debiste sufrir, y más cuando te quedaste sin tus padres; mi madre murió también —dijo Diana — siendo yo una niña y, aunque hayan pasado muchos años, sigo echándola de menos.

—Sí, ha habido momentos tristes, pero también otros de mucha felicidad, y seguiré luchando por ser feliz. Sé que no estoy sola; además, nos hemos encontrado, nos necesitamos, somos aves que vuelan solas, pero necesitan un lugar donde regresar cuando se sienten cansadas, y ese lugar seremos nosotras, será nuestra amistad, si me permitís formar parte.

La miré y con una sonrisa le dije:

—Ya formas parte de nuestras vidas y nosotros de la tuya, gracias por compartirla con nosotras. Ahora compartiremos nuestros sueños, porque juntas podremos luchar contra las adversidades, y hablando de sueños, creo que va siendo hora de que nos vayamos a dormir.

19.

UN PASO DECISIVO EN TU VIDA

La noche siguió con confidencias, risas y alguna que otra lágrima, fue una noche muy especial que no olvidaríamos ninguna; fueron días inolvidables, pero llegó la hora de regresar a casa.

Al día siguiente, estaba nerviosa, tenía que tomar una decisión muy importante en mi vida, nunca me gustó hacer daño a nadie y Jesús siempre se había portado muy bien conmigo, pero no podía seguir luchando en contra de mis sentimientos; amaba a Miguel desde el primer instante que le vi y, aunque intenté olvidarlo, no pude. Ahora llegó el momento de enfrentarme y ser fiel a mis sentimientos.

Ya en el aeropuerto.

—Chicas, ha sido un viaje fantástico, unos días inolvidables, que me encantó compartir con vosotras. —Me acerqué a Diana, le toqué la barriguita y le dije—: Cuida a la peque, volveremos a vernos cuando nazca; al fin y al cabo, vamos a ser sus madrinas.

—Tú también cuídate, queremos saberlo todo, tennos informadas.

—Claro, Bea, tranquila que os contaré. Nos abrazamos.

—Qué bonito que la vida nos uniera de la forma que lo hizo —comentó Ariel—. Para mí es muy importante, sois mi familia, ¿os dais cuenta de que a veces no necesitas tiempo, que la amistad surge de manera espontánea y puede durar toda una vida? —Las cuatro sonreímos, unimos las manos y gritamos: «¡Amigas para siempre!»». Nos dimos cuenta de que las personas que estaban a nuestro alrededor nos miraban.

Una vez montada en el avión, no hacía más que pensar la forma de decírselo a Jesús, sabía que daba igual cómo se lo dijese, le haría daño, y sus padres me habían cogido cariño, pero solo se vive una vez y esta vez iría a por todas. No había dicho a la hora que llegaría, mejor, así cogería un taxi y decidiría dónde voy, pero cuando salía por la puerta, vi a mi madre. Bea la había llamado para que fuera a recogerla, pensó que sería interesante una charla entre madre e hija.

—Hola, mamá, ¿cómo viniste? Si no te dije la hora que llegaría.

—Lo sé, cariño, pero Bea me llamó, me dijo que sería bueno que nos fuéramos a comer juntas y eso vamos a hacer, una charla entre madre e hija nunca viene mal y creo que me tienes que contar algo, ¿no es así?

—Así es, mamá, espero que me puedas comprender, porque lo que te voy a contar es una decisión que he tomado, por eso necesitaba viajar, quería aclarar mis ideas.

—Cariño, antes de que se me olvide, te llegó esta carta ayer, no quise abrirla porque llegabas hoy; tengo reservada una mesa en el restaurante italiano que tanto te gusta.

—Perfecto, mamá —contesté mientras abría la carta—. Mamá, mamá, calla, ¿sabes qué es esta carta? Me quieren hacer una entrevista, es mañana, para reportera de televisión.

—Mamá, no hay marcha atrás, creo que llegó mi momento.

Conecté el WhatsApp, y comencé a recibir mensajes.

—Mamá, cada día conduces peor.

—¿Yo? ¿Por qué dices eso?

—Te acabas de saltar un semáforo.

Tenía varios mensajes del trabajo, de Jesús y de Miguel. El primero que leí fue el de Miguel:

—Por favor, en cuanto llegues, házmelo saber, estos días se me hicieron interminables, qué ganas de besarte, de abrazarte, de decirte que te amo: ¿cenamos esta noche?

Respondí con otro mensaje:

—Estoy aquí, Miguel, ahora voy a comer con mamá, ya te llamo más tarde, yo también tengo muchas ganas de verte.

Después, leí el de Jesús:

—Hola, princesa, espero que hayas disfrutado el viaje; avísame cuándo llegues, me muero de ganas de verte. Te quiero.

Después de leer aquello, se me hizo un nudo en el estómago; no quería hacerle daño; miré a mi madre.

—Gracias, mamá, por venir. —Mi madre sonrió.

—Tranquila, Lucía, sea lo que sea lo que hayas decidido, cuenta conmigo.

—Ya llegué, Jesús, voy a comer con mi madre; más tarde te llamo.

Y leyó los *whatsapp* del trabajo, pero un poco más de lo mismo, les respondió que ya estaba aquí y que en dos días volvería.

Llegamos al restaurante.

—Siempre me encantó este lugar, mamá. Antes de contarte nada, te diré que fue un viaje fantástico, me ha venido genial, necesitaba estos días para reflexionar y, además de eso, he conocido a personas muy especiales.

—Cuánto me alegro por ti, cariño.

Mientras fueron sirviendo la comida, le conté a mi madre la decisión que había tomado.

—Sé, mamá que igual no me entiendes, pero solo se vive una vez y siempre he estado enamorada de Miguel.

—Cariño, yo no soy nadie para juzgarte, lo único que deseo en esta vida es que seas feliz, y si Miguel te hace feliz, no tengo más que decir. Lo único que quiero es que tal y como me lo has contado a mí se lo digas a Jesús, debes hacer las cosas bien, y cuanto antes lo hagas, mejor; solo espero que no te equivoques. Aunque nunca te lo dije, te oí llorar muchas noches y no quiero eso para ti, quiero que seas feliz.

—Lo seré, mamá, nos separaron las circunstancias, ahora somos adultos. Le mandaré un *whatsapp* a Jesús, quedará para cenar y contarle todo. —Le mandé el mensaje y quedé con él a las ocho.

—Mamá, qué difícil va a ser esa conversación.

—A veces la vida es así, hay que dar la cara; tranquila, todo saldrá bien.

Terminamos de comer y nos dirigimos a casa. Miguel aún estaba allí, había encontrado una casita y se cambiaría en unos días.

—Hola, Lucía, ¿qué tal el viaje?

—Muy bien, Miguel, han sido unos días fantásticos.

—Miguel —le preguntó Silvia—, ¿Marco ya llegó de la fábrica?

—Sí, subió a la habitación a descansar un rato. —Su madre los dejó solos.

—¿Todo bien, cariño? —le preguntó Miguel.

—Todo bien, un poco cansada, pero normal, el viaje y estos días han sido una locura. He recibido una carta, el lunes tengo una entrevista de trabajo, es de una cadena de televisión para ser corresponsal en esta provincia.

—¡Qué bien! Esa es una noticia fantástica, tienes que conseguirlo

—¿Sabes que aún no me besaste? —Me acerqué y nos dimos un largo y cálido beso.

—Te eché mucho de menos —me susurró al oído.

—Si fueron solo cinco días, Miguel.

—Cinco largos e interminables días. —De pronto se oyó la puerta, era Elena.

—Hola, hermanita, ¿qué tal tu viaje?

—Muy bien, ya te contaré, lo pasé genial.

—¿Y mamá y papá no están?

—Sí, descansando en su habitación.

—Pues creo que yo haré lo mismo; cuando me levante, tienes que contarme.

—Sí, además, muchas cosas. —Volvimos a quedarnos solos.

—¿Cenamos esta noche?

—No puedo, quedé para cenar con Jesús, debo aclarar las cosas con él, no lo demoraré más, no es justo.

—Está bien, te esperaré despierto. —Se acercó y me besó de nuevo—. Creo que ahora sería bueno que fueras a descansar.

—Sí, lo haré, me daré una ducha y descansaré un rato.

Aunque lo intenté, no pude dormir, no sabía cómo iba a reaccionar Jesús cuando le contara todo, nunca le había hablado de Miguel hasta que se conocieron hace unos días. Sabía que a partir del momento en que le contara todo, no quedaría entre ellos ni una amistad, en parte se sentía triste, pero no podía hacer nada, estaba segura del paso que iba a dar.

20. UNA NUEVA VIDA

Estaba nerviosa, ya solo me quedaba maquillarme, me quedé un rato mirándome en el espejo, vi a una mujer madura, ya no había rastro de aquella niña que soñaba con príncipes azules, que siempre tuvo muy claro que quería ser periodista, parecía que ya hubiera cumplidos sus sueños. Miguel era lo que más se podría asemejar a mi príncipe azul, con el que siempre soñé siendo niña, y mi trabajo me encantaba, y más ahora con el nuevo proyecto, tenía que conseguirlo.

Terminé dándome un poquito de brillo en los labios, me retoqué el pelo y pensé: «Tranquila, Lucía, haces lo correcto». Miré el reloj, las ocho en punto, me asomé por la ventana y vi que llegaba Jesús, como siempre tan puntual; eso me encantaba de él: su puntualidad.

—Lucía, está aquí Jesús.

—Mamá, bajo ya. —Cogí el bolso, me miré en el espejo y bajé las escaleras. Jesús hablaba con mi madre, me acerqué a él y me besó en la mejilla. Justo antes de cerrar la puerta, mi madre me susurró al oído: «Tranquila, una no puede luchar en contra de los sentimientos; en estas situaciones no manda la razón». La miré y le sonreí.

—Gracias, mamá, por tus consejos. —Y me subí al coche.

—Cuéntame qué tal el viaje, ¿disfrutaste con tus amigas?

—Sí, Jesús, mucho, lo he pasado genial.

—La verdad es que me tienes intrigado, ¿qué es de lo que quieres hablar conmigo con tantas prisas? Espero que en estos días no te hayas enamorado de ningún chico, me destrozaría el corazón. —Me miró y me sonrió—. Es broma, sé que tú y yo estamos hechos el uno para el otro.

Le miré y le sonreí:

—Hablabamos durante la cena. —Cada minuto que pasaba me sentía más nerviosa.

—Bueno, vaya cara. —Me cogió la mano, estaba helada.

—Sí, aún estoy cansada, han sido unos días divertidos, no paramos ni un segundo, pero no sueltas la mano del volante, se me pasará.

Llegamos al restaurante, nos sentamos en un rincón muy acogedor, era pequeñito, seis u ocho mesas tenían unas velas doradas preciosas encendidas en cada una, le daba un toque muy romántico, una música suave, mientras le servían la cena.

Comencé a contarle la historia con Miguel desde el principio.

—Sé que nunca te dije nada, pero cuando volví aquí, fue con el propósito de olvidar esa etapa de mi vida, como si nunca hubiera existido, sé que no es justo, pero sigo enamorada de él, me di cuenta cuando volví a verlo. Sé que me odiarás o que piensas que te utilicé, pero no fue así, el tiempo que he estado contigo he sido feliz, pude dejar de pensar en él, pero ahora no podría seguir contigo, no porque entonces sí te estaría engañando.

—Lo siento, Lucía, no lo entiendo, debo aceptarlo, pero dime: ¿alguna vez has estado

enamorada de mí?

—No lo sé, Jesús, no de la manera que amo a Miguel. Lo siento, quizás quise olvidar un amor con otro, pero eso es un error, perdóname si te hice daño, procura no odiarme, siempre serás una persona importante en mi vida, sé que pedirte ahora que seamos amigos es como una locura, pero espero que algún día podamos serlo.

—Ahora no me pidas eso, no podría, es más, yo también tenía algo que contarte, me han ascendido, quedó una vacante en el extranjero, te iba a pedir esta noche que te vinieras conmigo, pero ya ves, me iré solo; me vendrá bien salir de esta ciudad y alejarme de ti. —Durante unos segundos, no supe qué decir, se me hizo un nudo en la garganta y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Lo siento, Jesús, solo espero que seas feliz, te lo mereces y no me odies, por favor.

Terminamos de cenar y me acompañó a casa.

—Quiero que sepas, Lucía, que yo sí he estado y estoy enamorado de ti, pero las cosas no salen como uno lo planea. Sé feliz, te deseo lo mejor; por favor, te pediría que durante un tiempo no te pongas en contacto conmigo, sería para mí más difícil olvidarte. Una última petición, ¿puedo darte un beso?

—Gracias por ser tan especial conmigo, sé que no te mereces esto y, aunque sea un tópico, encontrarás a una chica que se enamore perdidamente de ti y te dará lo que yo no he podido. —Me acerqué a sus labios y le besé; no fue un beso apasionado, pero sí un reflejo del tiempo que había sido feliz a su lado.

—Cuidate mucho. —Salí del coche y sin mirar atrás entré en casa, todos estaban en el salón, Miguel se fue a levantar, pero se dio cuenta de que necesitaba estar sola.

—Hola, creo que me voy a dormir, mañana os veo. —Subí las escaleras y entré en la habitación, me eché sobre la cama, nunca me gustó hacer daño a nadie y sabía que esa noche había tomado una decisión que le había destrozado el corazón a una persona que era de alguna forma importante para mí. Apenas dormí, me levanté temprano, tenía que ir a la entrevista de trabajo, no me sentía con muchas fuerzas, pero ese trabajo tenía que ser para mí, me di una ducha y me puse frente al armario; no sabía qué ponerme, tenía que dar una buena imagen.

—Mamá, ¿puedes subir?

—Dime, cielo, ante todo ¿cómo estás?

—Mejor hablamos de eso más tarde; ayúdame a elegir lo que ponerme para la entrevista, estoy un poco bloqueada, no he dormido bien. —Mi madre buscó en el armario y me puso encima de la cama lo que ella pensó que le iría bien.

—Creo que con esto irás perfecta.

—Gracias, mamá, qué haría sin ti.

—Te prepararé el desayuno.

—Creo que no podré comer nada.

—Pues haz un pequeño esfuerzo. —Me puse lo que me había dejado mi madre encima de la cama y bajé a desayunar—. ¿Sabes qué he pensado, Lucía? Que te acompañe; mientras tú estás en la entrevista, me daré una vuelta por la ciudad y haré unas compras.

—De acuerdo, mamá, pero conduzco yo.

Fui a la entrevista, había muchas personas para ese puesto de trabajo, pero salí contenta.

—¿Qué tal, cariño? Se te ve contenta.

—Bien, mamá, dicen que me llamarán en unos días.

—Verás como ese trabajo es para ti.

—Tú como siempre, mamá, con tus intuiciones. —Reímos las dos, pasamos el día en la ciudad. Cuando volvíamos de regreso a casa, me sonó el teléfono, puse el manos libres.

—¿Lucía Gallardo?

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Le llamamos de la productora, la esperamos el lunes para firmar el contrato, comienza a trabajar con nosotros.

—Muchas gracias, allí estaré. ¡¡¡Lo conseguí, mamá!!!

—¿Lo dudabas? —En el viaje de regreso, le conté a mi madre lo que ocurrió la noche anterior.

—Hija, tomaste la decisión correcta; los sentimientos son siempre los que mandan, eres joven con una vida por delante, un hombre que te hace feliz y un trabajo que siempre quisiste, ahora es tu momento, vívelo.

—Gracias por estar siempre cuando más te necesito; aunque no te lo diga muy a menudo, te quiero.

—Lo sé, cariño y yo a ti, verás como al final acabamos llorando.

Cuando llegamos a casa, eran más de las siete; aún no habían llegado del trabajo Miguel, Elena ni mi padre, estaba deseando ver a Miguel para contarle todo. Subí a la habitación, me cambié y, al momento, oí la puerta, bajé corriendo gritando:

—¡¡¡Lo he conseguido!!! El lunes firmo. —Me abracé a Miguel, bajo los ojos expectantes de mi padre y de mi hermana.

—¿Sabes que estás loca, hermanita?

—Sí, lo sé, y ahora subid a la habitación a cambiaros que tengo que contaros algo, no tardéis. — Mientras bajaban, le conté a Miguel lo que sucedió la noche anterior con Jesús.

—Siento no haber podido hablar anoche contigo, pero necesitaba estar sola.

—Tranquila, lo entiendo, pero ahora dime, ¿quieres pasar el resto de tu vida conmigo? Prometo hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Claro que quiero, quiero desde hace diez años, cuando te vi por primera vez a través de mi ventana.

Bajaron todos al salón.

—Quiero contaros algo, mamá ya lo sabe. —La cara de mi padre era de asombro mientras lo narraba, nunca se lo hubiera imaginado—. Pues bien, solo resta deciros que Miguel y yo estamos comprometidos.

—Hija, ¡tantas noticias en un mismo día! Pero si eres feliz, es lo que tu madre y yo siempre hemos querido para tu hermana y para ti. Bienvenido a la familia, Miguel.

Los días que siguieron fueron muy intensos. Yo estaba feliz, radiante, había ido a firmar el contrato y me había despedido de mi antiguo trabajo en el periódico. En esos días había hablado con Ariel, Bea y Diana, les había contado todos los cambios, se sentían felices por mí y por mi nueva vida.

Ya habían pasado varias semanas cuando una mañana recibí una llamada, debía ir a cubrir una noticia, iba a ser un día muy duro.

—Mamá, me voy, nos vamos a un desahucio, una noticia que no me gustaría dar, una madre que tiene tres pequeños.

—Sí, hija, hay mucha polémica, no sé a dónde vamos a llegar, pobres criaturas, y esa madre qué desesperación.

—Nos vemos a la hora de comer, que me espera mi compañero.

—Hola, Sergio, un día duro.

—Así es, pero donde esté la noticia debemos estar.

21. AL PIE DE LA NOTICIA

Al otro lado de la ciudad, en una urbanización de las afueras, vive Carmen, una mujer comprometida con su trabajo, pero cada día que pasa le gusta menos y es más duro para ella, trabaja en los juzgados y se encarga de los desahucios, intenta verlo como una parte de su trabajo.

—Este dolor de cabeza me tiene loca, cada día que pasa me gusta menos mi trabajo, cuánto dolor siento viendo el sufrimiento de las personas; siempre acompañada de la policía, para poder llevar a cabo mi trabajo, ya no puedo más.

Mientras se da una ducha, recordaba a esa señora que le suplicaba por favor qué iba a ser de su vida, que tenía ochenta años, que no era justo, que aquí estaban sus recuerdos. «Aquí nacieron y crecieron mis hijos, falleció mi marido, estas paredes me pertenecen, guardan cada uno de mis recuerdos, los buenos y los no tan buenos, es mi hogar, donde regreso después de un día duro de trabajo, ¡dígame dónde respiraré ahora tranquila! Señorita, ayúdeme, por favor». Mientras recordaba, no pudo evitar que sus ojos se llenasen de lágrimas, recordando a esa anciana, miraba hacia arriba como clamando al cielo y pensaba que esto debía parar. Se preparó un café y se tomó un analgésico, cerró la puerta y pensó en la familia a la que hoy le cerrarían la puerta y nunca más podría volver al que un día fue su hogar. Se dirigió a su mesa de trabajo.

—Buenos días.

—Qué mala cara tienes; ¿no dormiste bien?

—No demasiado bien.

Le acercaron una carpeta, le mostraron el desahucio que debía efectuar y que en media hora debía de salir, habría revuelo, periodistas, cámaras de televisión, iban a desalojar a una madre con tres niños, y el mayor de ellos tan solo tenía cinco años, salieron hacia el lugar; cuando se bajaron del coche, comenzaron a abuchearles, una señora se le acercó y le dijo a voces: «¡No le da vergüenza, es una madre con tres niños!».

Todo sucede como a cámara lenta, se fija en un policía que se acaba de poner una camiseta *Stop al desahucio*; de pronto, otro con la misma camiseta, así hasta cuatro policías. Se acercó al superior y le preguntó qué ocurría, y le dijo: «Pues lo que antes o después tendría que ocurrir, nos negamos a acompañarla». Como pudieron, apartaron a la gente, se escuchaban insultos y empujones, lograron entrar en el portal, se dirigieron a la planta tercera, llamaron a la puerta, dentro se oía música y gritos de niños. Les abrió la puerta una niña de ojos azules de unos cinco años, le sonrió; miró a su alrededor, estaba todo en bolsas de plástico, una vida entera en cuatro bolsas, ni tan siquiera podían llevarse los muebles, no tenían dónde llevarlos, miró a su madre y sus ojos estaban rojos de tanto llorar, reflejaban tristeza y desesperación, llevaba un bebé en brazos y una pequeña se agarraba a su pierna, como si fuera el único lugar donde se sentía segura; miró a la pequeña que les abrió la puerta y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, pequeña?

—Me llamo Irene. ¿Quiere bailar? Mamá dice que verme bailar le hace reír, y la gente que ríe es feliz.

Mira al inspector y le susurra: «No puedo, se me parte el alma». Sale de la casa y baja hasta la calle. Abajo se encuentra Lucía grabando.

—Nos encontramos en un barrio del centro de la ciudad, es un barrio acomodado, esta crisis está afectando a todos los sectores, la gente grita, hay desesperación en el ambiente, mucha gente concentrada ante este desahucio, ¿dónde ira esta madre con tres pequeños? Esa es la pregunta, creo que ya están saliendo. —Ya en la calle, Carmen se dirige al inspector de policía.

—Dígale a sus policías, a los que tienen la camiseta, que suban conmigo.

—No querrán, esta vez quieren permanecer al margen.

—Hágalo, por favor, dígame que confíen en mí. —Se acerca a una periodista y le pregunta si le acompañaría.

—Lo haré, iremos el cámara y yo, me llamo Lucía.

—Yo, Carmen; quiero que lo que se grabe arriba lo saque hoy su cadena.

—Lo hará, se lo prometo, no la defraudaré.

—Si es así, acompáñeme, confíe en mí, solo quiero que esta grabación la vea todo el mundo. ¿Se compromete, verdad? Me estoy jugando mucho; si no es así, buscaré a otro periodista.

—Por supuesto que lo que grabaremos, le aseguro que saldrá en las noticias de hoy. —Los policías, un poco escépticos, se le acercaron y le dijeron que no sacarían a esta madre y sus niños a la fuerza

—No lo harán, acompáñeme. —La gente no sabe qué ocurre, de nuevo vuelven al piso, va acompañada por cuatro policías, por mí y el cámara, llaman a la puerta, esta vez abre la madre, ya no hay música, la mira.

—No se preocupe, saldremos. Irene, vamos a bailar al parque, será un juego; allí haremos felices a mucha gente.

—Espere, entre en su casa —dijo Carmen.

—Ya no es mi casa, en realidad nunca lo fue.

—Tiene una cámara, una periodista, hemos subido para quedarnos con usted, quiero que vean lo que están haciendo.

—¿Cómo? ¿No entiendo? Usted trae la orden de desahucio.

—Así es, pero yo también estoy cansada.

Los policías están atónitos; me acerco a ella.

—Hola, me llamo Lucía, soy periodista.

—Yo me llamo María.

—Dígame dónde pensaba pasar la noche con sus pequeños.

—Pues me iba a un albergue, no tengo familia, de mi marido no sé nada desde hace tres meses, se fue, dejó una nota de despedida, me decía que no podía más, que sentía dejarme sola con los pequeños, pero que no encontraba otra salida. —Arrancó a llorar desconsoladamente; su hija Irene, la mayor de los tres, con tan solo cinco años le decía que no le gustaba verla llorar y se abrazó a ella mientras su hermano pequeño se acurrucaba en el regazo de su madre; la otra pequeña se había dormido en el sillón; yo la cogía de la mano.

—No se preocupe, buscaremos una solución, ¿sabe que solo podrá dormir en el albergue? ¿Qué hará el resto del día? Es invierno, en la calle hay días que estamos a cinco grados.

—Lo sé, pero dígame qué puedo hacer, no tengo dinero para comida ni para pañales para el

pequeño, me los estaba comprando una vecina, pero no puedo abusar.

—Necesitamos una solución para esta madre y sus tres niños —dije.

—A eso iba, Lucía —contestó Carmen—, yo no pienso moverme de aquí hasta que nos den una solución, por eso los necesitaba. —Los policías se miraron y les dijeron que contaran con ellos. Yo dije que también contaran conmigo; Sergio, el cámara, lo mismo. Sonaba el teléfono de Carmen, la funcionaria del tribunal de Justicia una y otra vez, pero decidió apagarlo.

Llamé al jefe y le conté la situación. Me dijo que contaba con su apoyo.

—Perfecto, no quiero cortes, confío en vosotros, salimos en cinco minutos. —Carmen miró a los policías—. Están a tiempo de echarse para atrás

—Nos quedamos, acabo de mandar mensajes y se sumarán más compañeros. —Llamaron a la puerta; entró un policía.

—Abajo hay más compañeros con las camisetas *Stop al desahucio*, queremos apoyar.

—Nos encontramos en casa de María, hoy tiene que abandonarla con sus tres hijos, es la fecha límite. Junto a ella se encuentra Carmen, la funcionaria del tribunal que venía con la orden de desahucio. Hola, Carmen, ¿nos puede contar qué le hizo cambiar de idea y apoyar a esta familia?

—Hola, buenos días. A los ojos de los demás, somos los malos, yo solo realizo un trabajo que ya no quiero hacer, hoy soy María y sus pequeños, creo que ya es hora de que esto pare; hace dos días, fue una anciana; ayer, un matrimonio con un hijo enfermo; hoy, una madre y tres niños, esto debe parar, la mayoría de los pisos se quedan vacíos una larga temporada, hay que cambiar las leyes, porque toda familia tiene derecho a una vivienda digna.

Desde el canal de televisión me preguntan:

—Lucía, veo a policías que están con vosotros.

—Sí, así es, también apoyan a María y a sus hijos. —Uno de ellos se acercó.

—Estamos aquí porque estamos cansados; hoy decidí ponerme esta camiseta, porque no pienso participar en más desahucios, hace tres días le tocó a un familiar mío, tuve que acudir yo, juré que sería el último, ninguno estamos libres, sé que tomarán represalias, pero no me importa, me niego a sacar a estos niños a la calle, no puedo más. —Se apartó con lágrimas en los ojos, mientras decía—: Ya está bien, hay que parar esto, y mientras no nos den una solución para esta madre y sus hijos y todas las personas que se encuentren en la misma situación, no nos moveremos. —Se levantó María y se dirigió a la cámara:

—Os agradezco mucho que me apoyéis, pero sé que esto solo os traerá más problemas. Soy abogada y entiendo de leyes, yo tenía hace menos de un año una vida relajada, vivíamos bien, mi marido y yo teníamos buenos trabajos. Yo trabajaba en un bufete de abogados, hicieron un reajuste de plantilla y al quedarme embarazada del pequeño y tener dos hijos más, mi marido tenía un sueldo con el que podíamos vivir, decidí dejar el trabajo durante un tiempo, así no tendrían que despedir a nadie que quizás le hiciera más falta que a mí en aquel momento; hasta hace cinco meses así fue, pero aún no sé qué ocurrió. Javier, si nos estás viendo, mira a tus hijos, eras un buen padre, no se pueden quedar en la calle, sabes que yo no tengo familia, mis padres fallecieron en un accidente, me saqué la carrera trabajando y estudiando, tu familia tiene una posición acomodada, sé que nunca nos llevamos bien, porque no me aceptaron; aún no entiendo por qué, pero ahora os pido que no dejéis a vuestros nietos en esta situación, no puedo buscar trabajo, porque no tengo dónde dejarlos, llamé al bufete, les conté mi situación, dijeron que me llamarían, pero ha pasado un mes y ni una respuesta.

»Me dirijo a los abuelos de mis hijos, es tan fácil como realizar una llamada y acoger a los niños; yo ya me arreglaré, y que estas personas no se vean involucradas, no quiero que nadie salga

perjudicado. —Los miró y les dijo—: Realicen su trabajo, lo entiendo; vamos, niños. —El silencio era sepulcral. Como buena periodista, salí del paso, miré a María y le dije:

—Yo no pienso irme pensando que estos niños y tú no tenéis dónde dormir esta noche. —Y todos asintieron dando su apoyo, abajo se oían cada vez más voces en apoyo y aplausos; el cámara se asomó por la ventana para grabar, no se lo podía creer, estaba toda la calle llena de personas y más que se veían a lo lejos que iban llegando; entonces, recibí una llamada.

—María, me acaban de comunicar que han recibido una llamada de teléfono.

22. LOS MILAGROS EXISTEN

—¿Era mi marido? —preguntó María.

—Lo siento, pero no, era un señor que no quiere que su nombre salga en televisión, quiere hablar contigo, me facilitaron este número 6345.

María se dirigió a su habitación y marcó el número.

—Hola, me acaban de dar su número, creo que quiere hablar conmigo.

—Hola, usted no me conoce, pero vi su historia y me conmovió. Yo no puedo ofrecerle gran cosa, pero sí un techo y un trabajo para que pueda vivir dignamente y salir adelante hasta que encuentre algo mejor. Mi esposa está de acuerdo conmigo; tenemos una pequeña tienda que regentamos los dos y un pisito al lado del mío que era de mi hijo, el único hijo que tenía, que falleció hace dos años; nunca quisimos alquilarlo, porque allí estaban todas sus cosas, sus recuerdos, pero sé que a él le encantaría que viviera en él alguien como usted y sus hijos. No tendrá que pagarnos nada y no se preocupe por los niños, a mi esposa y a mí nos encantan, le ayudaremos.

Con lágrimas corriendo por sus mejillas y sin apenas poder hablar, respondió:

—Gracias, señor, hoy descubrí que existen personas con un gran corazón; la verdad, me he quedado sin palabras, solo que mis hijos y yo les estaremos eternamente agradecidos.

—No hay nada que agradecer, creo que nos pusieron en el camino. Acabo de ir al piso, he subido las persianas para que entrase la luz. Hoy, después de dos años, vuelve a tener vida; disculpe, aún no le dije mi nombre, me llamo Jaime Guillén.

—Hola, Jaime, yo me llamo María, de nuevo gracias por su generosidad, y no se preocupe, que no diré su nombre, pero debo hablar de usted antes las cámaras para que las personas vean que no está todo perdido, que aún quedan personas de gran corazón como usted y su esposa. Gracias, mil gracias, Jaime, me ha devuelto a la vida.

—¿Este número de teléfono es suyo, María?

—Sí, así es, aquí me puede llamar.

—Pues le mandaré la dirección donde debe venir.

—Gracias, Jaime, ni en mil vidas que viviera podría agradecerle lo que está haciendo por mis hijos y por mí.

—Quizás sea porque usted se lo merece, la vida da siempre segundas oportunidades.

—Ahora recogeré todo, son solo cuatro bolsas con mi ropa y la de los niños y algunos juguetes, lo demás ya no tiene vida ni sentido llevárselo; gracias de nuevo por esta oportunidad.

—De nada, estamos deseando que lleguen.

María salió de su habitación con lágrimas en los ojos, miró a los pequeños y les dijo:

—Vamos a vivir en un lugar encantado, donde viven personas que son muy especiales, hay un hada madrina y un señor que tiene una varita mágica, os va a encantar, os prometo que ya no veréis llorar más a mamá. —Irene corrió hacia ella y la abrazó.

—Mamá, ¡¡¡¿a qué estamos esperando para irnos?!!!

—Ya nos vamos, cariño, pero antes déjame hablar con estos señores. —Se dirigió a Carmen, le dio las gracias y le dijo que después de la tempestad siempre volvía la calma; entonces, se dirigió a mí y me preguntó:

—¿Puedo hablar ante la cámara?

—Claro —contesté.

—Como saben, hoy tengo que abandonar el que fue mi hogar durante unos años; aquí se quedarán momentos felices y otros no tanto, parte de mis recuerdos, pero hoy quiero recordar las palabras de mi madre justo antes de morir: «Quiero que siempre recuerdes estas palabras, ten presente en tu vida que nada es para siempre, hay personas que se irán y otras aparecerán, nunca te aferres a nada material, hoy lo tienes y puede que mañana no, disfruta cada instante y sobre todo aprende del ser humano, porque te encontrarás a lo largo de tu vida con personas de gran corazón», y así ha sido, por eso quiero agradecer a estas personas que hoy me han apoyado en este día tan duro para mí y mis hijos, les doy públicamente las gracias de corazón a este matrimonio anónimo que nos han dado una segunda oportunidad.

»Lo único que pido a las instituciones es que no tomen represalias con las personas que me apoyaron, hoy me ha pasado a mí, mañana no sabemos a quién, nadie está libre, no en esta sociedad en la que nos ha tocado vivir, de nuevo gracias de corazón, de parte de mis hijos y mía.

—Entonces, María, ¿ya tienes un lugar donde ir? —le pregunté.

—Así es, este matrimonio, aparte de una casa, me ha ofrecido también un trabajo que, aunque no es de mi profesión, no me importa, me ayudará a seguir adelante.

—Ya ven, aún quedan personas de gran corazón dispuestas a ayudar. Bien, compañeros, devolvemos la conexión a los estudios centrales. —Apagamos la cámara y nos abrazamos.

—Gracias, mil gracias. —Todos estábamos emocionados; nos contó lo que había hablado, miró su teléfono y acababa de recibir la dirección.

—¿Quieres que te llevemos?

—Sí, por favor, ahora mismo no tengo dinero ni para un taxi, pero os pido que no desveléis la dirección.

—No lo haremos, puedes estar tranquila, lo que sí me gustaría es tener tu teléfono para saber de ti.

—Claro, sin problemas 6624 —Se dirigió a Carmen—: Gracias, sé que se está jugando mucho por apoyarnos, lo siento, espero que no haya represalias por su actitud.

—No importa, a veces uno debe obrar con el corazón; si no, ¿en qué nos estaríamos convirtiendo? Hice lo que quise hacer y no me arrepiento. Quizás, llegados a este punto, deba replantearme muchas cosas en mi vida, me encantó conocerte a ti y a tus hijos y solo espero que volvamos a vernos en otras circunstancias, te deseo lo mejor, eres una gran persona.

María se despidió de los policías y les dio las gracias. Cuando fueron saliendo todos del bloque, había tanta gente que apenas podíamos pasar, la gente aplaudía y nos felicitaba. María estaba asomada en la ventana, no lo podía creer. La miré.

—¿Bajamos ya?

—Sí, vámonos. —Cogieron las bolsas, miró una última vez el piso e Irene salió corriendo a su habitación.

—¿Dónde vas, Irene?

—Mamá, dejaré mi osito allí, encima de la cama, yo ya soy mayor, a lo mejor le viene bien a otro niño que venga a vivir a esta casa. —Me miró y sonrió y le dije: «El comienzo de una nueva vida».

Fue un largo día, estaba deseando volver a casa, el teléfono no paraba de sonar, me sentía abrumada, llamadas del trabajo, amigos, me sentía feliz, satisfecha y, sobre todo, pensé que no estaba todo perdido, que a pesar de que para muchos el dinero es lo primero, aún quedan personas de gran corazón. Llegué a casa como el guerrero que llega de una de sus batallas; mi familia me recibió con una sonrisa. Hay momentos en la vida que nunca se olvidan y hoy viví uno de ellos.

Mientras desayunaba, recibí una llamada:

—Buenos días, Bea.

—Buenos días, amiga, ¿ya descansaste?

—He dormido casi doce horas, creo que fue de la tensión de ayer.

—Pues toca relajarse, nos vamos a Granada, la pequeña se adelantó, pero se encuentran perfectamente, anoche hablé con Ariel y salimos esta tarde.

—¿Ya nació? Si hace dos días que hablé con Diana y estaba genial.

—Pues ayer a las tres de la tarde comenzaron las contracciones y nació a las once de la noche, no quise decirte nada hasta hoy porque imaginé que estarías muy cansada.

—Pues genial, porque me pedí el día, qué ganas de veros, saldré después de comer, nos vemos esta noche.

23. MIRIAM, UNA SONRISA A LA VIDA

Llamé a Miguel y le dije que había nacido la niña de Diana, que saldría sobre la una para Granada y que estaría dos días fuera; Miguel me preguntó:

—¿Pero se ha adelantado el parto?

—Sí, unos veinte días, pero están las dos muy bien, creo que no me dará tiempo a pasarme por la fábrica para despedirme.

—¿Qué te parece si salgo y desayunamos juntos?

—Genial, me apetece verte antes de irme, estoy en el centro comercial, quería llevarle un regalito; si te parece, desayunamos aquí.

—Perfecto, ahora mismo voy para allá. En cuanto llegue te aviso.

—De acuerdo, amor, no tardes, tengo que dejar preparada algunas cosas antes de irme.

En Londres, Bea y Ariel estaban a punto de coger el avión, se sentían muy emocionada, conocerían a la pequeña y de nuevo se reunirían las cuatro amigas, se pondrían al día de sus vidas; solo habían pasado unos meses desde el último encuentro, pero estaban deseando volver a reencontrarse. Diana había decidido desde el principio del embarazo que tendría la niña en casa, el parto no se presentó con complicaciones y, aunque se le adelantó, desde hacía días estaba todo dispuesto para ese momento. Aquella tarde ella se sentía extraña; aunque no le dolía nada y no había roto aguas, decidió llamar a la matrona que le asistiría en el parto, llegó con una enfermera y la estuvo auscultando; al momento apareció también Sandra, una chica auxiliar de clínica que había contratado para que le ayudara con la pequeña.

—Bueno, Diana, creo que la pequeña ya quiere conocer mundo. He llamado al hospital por si había alguna complicación, no creo, pero es mejor que estemos preparados.

—Pero si apenas he notado las contracciones.

—Pues creo que llegará pronto a este mundo; preparemos todo, no vendría mal que pasearas un poco. —Se puso a caminar de una punta a otra del piso y sintió como si sus piernas se estuvieran mojando.

—No sé qué me pasa. —Fue hacia ella la matrona.

—Tranquila, acabas de romper aguas, ya ira todo más rápido. —De pronto, sintió un dolor muy fuerte—. Inclínate hacia adelante y apóyate en la pared, pasará rápido; sobre todo, controla la respiración como te enseñaron en la preparación al parto.

—Ahora mismo estoy tan bloqueada que ni recuerdo.

—Está bien, yo te ayudaré. Cuando venga la contracción, coge aire y ve soltándolo poco a poco, así dolerá menos.

Las contracciones cada vez eran más seguidas y los dolores más fuertes; entre sollozos y gritos le comentó que no sabía si podría aguantar, que tenía ganas de empujar, se echó en la cama.

—Aún no, espera un poco, no es el momento.

—Creo que viene otra. Dios, esto cada vez duele más.

—Tranquila, no te pongas nerviosa y respira, ya casi está aquí; en la siguiente contracción, empuja un poco. —Cada vez eran más seguidas, casi no tenía tiempo de recuperarse de una a otra.

—Ahora empuja, Diana, ya casi se le ve la cabecita, ahora descansa, pasaron unos segundos, vuelve a empujar, venga, que ya tenemos aquí a la pequeña, un tercer empujón, aquí está, es preciosa. —Antes de cortarle el cordón umbilical, se la puso en el pecho y comenzó a llorar—. Tiene unos buenos pulmones, va a ser una guerrera. —Las dos sonrieron; por las mejillas de Diana corrían lágrimas de emoción y alegría.

—Ha sido un parto perfecto, creo que no va a hacer falta ponerte puntos; déjame que le cortemos el cordón y póngela de nuevo en el pecho, igual tiene hambre. —Diana la miraba emocionada, era tan bonita y tan pequeña, intentaba encontrarle parecido.

—Creo que se parece a su bisabuela; ¿sabes? Para mí fue muy especial.

—Pues seguro que será tan especial como ella. —Preparó a la pequeña, la limpió y le puso ropita; ya eran más de las doce—. Ahora debemos irnos. —Le dijo a Sandra que estuviera pendiente de ellas, le dejó su teléfono y recordó que llevaran a la niña al pediatra, y antes de irse, les dio las gracias, le dijo que estuviera tranquila, que mañana llegarían unas amigas y que con Sandra estaba tranquila. La noche no fue muy tranquila, la pequeña se despertaba con hambre, con un llanto que se oía en todo el bloque, pero Sandra era muy cariñosa y estuvo pendiente de las dos todo el tiempo. A la mañana siguiente:

—Sandra, ahora que la pequeña duerme, me gustaría darme una ducha, ¿podrías ayudarme?

—Claro, mientras te duchas, prepararé un buen desayuno, tendrás hambre.

—Pues la verdad es que un poco sí.

Se dirigió hacia la cuna de la pequeña y la miró. «Aún no me puedo creer que esta preciosidad sea mía, mi pequeña Miriam, el mejor regalo que me ha dado la vida».

Después de la ducha y de tomar un buen desayuno, se sentó en el sillón, aún se sentía débil y le dijo a Sandra:

—Sandra, me alegro de que seas tú quien cuide a la pequeña mientras yo trabajo; se ve que eres una chica muy cariñosa y quiero que Miriam crezca rodeada de amor.

—Gracias, la verdad es que estoy muy contenta de que me dieras esta oportunidad, necesitaba mucho este trabajo y me encantan los niños. Nosotros somos siete hermanos y yo soy la mayor, cuidé de mis hermanos cuando mamá trabajaba, ahora ella no se encuentra bien y no entra mucho dinero en casa, por eso necesitaba tanto este trabajo.

—Nada es casualidad, Sandra, presiento que nos llevaremos muy bien.

Por la tarde, llegamos nosotras. Bea y Ariel se enamoraron de Miriam nada más verla.

—Es preciosa, Diana —le dijo—, creo que me vas a despertar el instinto maternal; siempre quise tener dos o tres hijos, así que debo empezar pronto. —Reímos las dos.

—Pues nada, cuando vuelvas, ponte manos a la obra.

Se hizo un silencio que Bea rompió con una noticia inesperada.

—Chicas, pues yo estaba esperando este momento para deciros algo, no sé cómo he podido aguantar, pero quería decíroslo cuando estuviéramos las cuatro juntas.

—Adelante —dijo Ariel—. Quería saber si seríais mis damas de honor, me casó a finales de agosto, el día veinte, no hagáis planes para esas fechas.

—¿En serio?! —dije y me abracé a ella—. ¡Cuánto me alegro por ti, amiga!

—Pero esto es un notición, hay que celebrarlo, ¿os dais cuenta de que desde que nos hemos

encontrado, la vida nos sonríe a las cuatro? —dijo Ariel—. Porque yo también quería comentaros que comenzaré a trabajar en una sala de exposiciones dentro de una semana en Londres.

—Eso es genial —contesté—. Pues yo espero que ya mismo Miguel se decida a pedirme en matrimonio, estamos pensando en irnos a vivir juntos; hace dos semanas conocí a su madre, es encantadora, una mujer luchadora, ahora entiendo por qué Miguel se fue a cuidarla, aunque eso significara estar separados tanto tiempo y casi perderlo.

— Qu  os parece si vamos a comprar algo especial para la cena de esta noche y así celebramos las buenas noticias?

—Perfecto. Id vosotras —dijo Bea—, yo me quedar  cuidando a Diana y a la pequeña Miriam.

24. ¿TE CASARÁS CONMIGO?

Mientras Miriam dormía plácidamente, preparamos la mesa y nos pusimos a cenar y brindamos con cava por el nuevo nacimiento; Diana se encontraba muy feliz.

—¿Os dais cuenta de que comienza una nueva vida para mí? Me siento tan dichosa, nunca imaginé que se pudiera querer tanto a un hijo, es la mejor experiencia que he tenido en mi vida, atrás quedan los momentos duros, ¿recuerdas, Bea, el día que nos conocimos en el tren? Lo que es el destino.

—Es verdad, siempre digo que cuando se cierra una puerta, se abren millones de ventanas. ¿Ves? Ahora tienes una casa, un trabajo, una hija y una vida llena de sorpresas.

—Eso mismo le dije a Irina, que abriera todas las ventanas de su vida.

—Nunca os hablé de ella, una amiga que vive en Estados Unidos, hablé con ella hace poco, vive lejos de su familia, de su país, me dijo que estaba un poco perdida, le dije que buscara en su interior respuestas y que hiciera lo que verdaderamente quisiera, tu vida solo te pertenece a ti, sé fiel a ti misma y a tus principios, lucha por lo que quieres sin miedo, si te equivocas o no, solo será responsabilidad tuya y de nadie más, busca un hueco para visitar a los tuyos y llenarte de energía y cuando quieras puedes unirme al grupo.

—Qué bonito, Diana, creo que la vida nos va uniendo a mujeres tan diferentes, pero todas tenemos el mismo nexo en común: creemos que la amistad está por encima de todo.

—¿Os dais cuenta? —explicó Ariel—. Es como decir: «Una para todas y todas para una». —Alzamos las copas y brindamos—. Diréis que estoy loca, pero sé que todas tenemos ángeles terrenales que nos han unido, sé que mi camino me lo marca mi abuelita esté donde esté, nunca me siento sola, sé que antes o después las cosas me salen, ya no desespero, tengo paciencia para que las cosas vuelvan a ponerse en su sitio, y cuando algo no sale como espero, siempre pienso que será porque vendrá algo mejor; creo que somos unas afortunadas por poder contar las unas con las otras. Lucía, estás muy callada.

—Sí, estaba pensando que a veces da miedo que todo vaya tan bien, me siento afortunada, ahora mi vida es la que siempre quise tener; tener a Miguel a mi lado me hace la mujer más feliz del mundo; para ti, Diana, tu pequeña, tu gran amor; para Bea, la felicidad ahora también es completa, amor y trabajo; y para ti, Ariel, en nosotras encontraste la familia que no tenías, encontraste tu hueco en el mundo que llevabas tiempo buscando, somos unas afortunadas. Pero lo importante es que siempre compartamos tanto lo bueno como lo malo, eso es la verdadera amistad y quiero que en este momento hagamos una promesa las cuatro: si cualquiera de nosotras necesita de las demás estaremos ahí, las penas en compañía igual que las alegrías se llevan mejor, ¿qué me decís?

Nos miraron, juntamos las manos, promesa de amigas para lo bueno y lo malo, pasamos juntas un fin de semana increíble, nos dio pena tener que volver cada una a nuestras obligaciones y

separarnos de Diana y Miriam.

—Antes de irnos, quería pedirnos que las tres seáis sus madrinas. —Se acercó Ariel a la pequeña.

—Qué suerte tendrás, pequeña Miriam, tres hadas madrinas para ti solita.

—Creo que me la vais a mimar demasiado. Menos mal, cariño, que las madrinas están lejos; si no, serías la niña más consentida del mundo. —Reímos las cuatro.

—La más consentida no sé, pero la más querida seguro que sí, queremos fotos y vídeos de la peque, queremos verla crecer —dijo Bea—, cuídanosla mucho y háblale de nosotras cada día.

Nos despedimos de Diana; yo las llevé al aeropuerto. Cuando llegué a casa, estaba Miguel esperándome, me abracé a él, y muy bajito le susurré al oído:

—Te eché de menos, cariño. Si vieras lo bonita que es Miriam, están las dos muy bien, y otra noticia: tenemos boda este verano, Bea y Javier ya pusieron la fecha, será en agosto. Cariño, da miedo ser tan feliz.

—Será porque te lo mereces. Vi una casa este fin de semana que me ha encantado, quiero que vayamos a verla.

—¿Ahora?

—Claro, ¿tienes algo mejor que hacer?

—Cielo, es domingo, las inmobiliarias están cerradas.

—Sí, lo sé, pero la casa la vende Marta, la amiga de tu madre, la que tiene la agencia en la calle Salinas, me dejó la llave, podemos ir ahora mismo a verla.

—Estás loco, ¿lo sabías? Vayamos a verla. —Antes de subirme al coche, me cogió por la cintura, y me besó con pasión.

—Cariño, nos miran los vecinos. —Reímos los dos.

—Vayamos a ver la casa. —Llegamos a un barrio residencial; Miguel paró el coche frente a una casa preciosa de una sola planta.

—¿Qué me dices? ¿Te gusta el jardín que tiene?

—La fachada me gusta, el jardín me encanta, cuántas flores. Es preciosa, pero ¿nos la podemos permitir? Debe de ser carísima —afirmé.

—¿Tú crees que puede ser la casa donde criemos a nuestros hijos? Hay dos colegios en la zona, hay supermercados, tiendas, parques muy cerca y polideportivo con gimnasio; ¿qué me dices?

—¿Qué te puedo decir? Que me encanta.

—Qué alivio, cariño, porque di una señal ayer, porque había otra pareja que estaba interesada en ella y no podía perderla.

—¿Y qué hubiera pasado si no me hubiera gustado?

—Sabía que eso no pasaría, pero si no te hubiera gustado, hubiera dejado la señal para otra.

—Pues me alegro muchísimo de que dieras esa señal, porque me veo en esta casa criando a nuestros tres hijos.

—¿Cómo que tres? Pues ya podemos darnos prisa. —Volvimos a reír los dos—. Ahora quiero que cierres los ojos, me des la mano y te dejes llevar, solo confía en mí.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a bajar al sótano, no abras los ojos hasta que yo te diga, aún no, dame unos segundos, ya puedes abrirlos. —Cuando abrí los ojos, vi un salón precioso con una chimenea, y en la mitad una mesa para dos con velas.

—Se puede sentar, señorita. —Se sentó frente a mí. Vi que había una caja sobre la mesa, le miré y con cara de asombro le pregunté:

—¿Es para mí? ¿Puedo abrirlo?

—Creo que aquí solo estamos tú y yo. —Sonrió diciéndome a qué esperaba para abrirlo.
—¡Oh, cariño, es el anillo más bonito que jamás vi!
—Pues bien, ¿qué me dices? ¿Te casarás conmigo o te lo tienes que pensar?
—Cuánto tiempo esperando para escuchar esas palabras; ¿las puedes repetir?
—¿Te casarás conmigo, cariño? —Me levanté, fui hacia él y me senté sobre sus piernas. Pasé sus brazos sobre el cuello, le miré y con lágrimas en los ojos, contesté:
—Claro que sí, sí quiero, sí, sí y mil veces sí. —Nos besamos, nos echamos sobre la alfombra sin parar de besarnos e hicimos el amor con tanta pasión como la primera vez en aquel pequeño hotel—. ¿Sabes, cielo? Ha sido el broche de oro para un fin de semana perfecto.
—Solo nos queda que pongas fechas para la boda.
—Septiembre será un mes perfecto; ¿te parece bien?
—Me parece perfecto.

25. LA BODA

—Qué rica la cena. ¡No me dirás que la hiciste tú!

—Bueno, la verdad es que la encargué —dijo sonriendo Miguel—. No quería que un mal guiso nos estropeará una velada perfecta. —Sonreí.

—Miguel, estoy tan feliz que nada va a estropear me este día. Vamos a casa, que estoy deseando contárselo a mis padres, ¿porque ellos no saben nada, verdad?

—¡No! No quería que me estropearan la sorpresa.

—¡¡¡Mamá!!! Parece que no hay nadie en casa. ¿¡¡Hola!!?

—Sí, hermanita, estoy en mi habitación. Papá y mamá fueron al cine, estarán a punto de llegar, ahora bajo.

—Vale, tengo algo muy importante que contaros.

—Voy enseguida. —Bajó las escaleras de dos en dos—. Hermana, ¿qué ocurre? Estás radiante.

—¡¡Sí!! —Miré a Miguel de reojo—. Estoy superfeliz —dije tocándome la cara para que mi hermana viera el anillo.

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! ¿Os habéis comprometido?

—Sí, hermanita. —Nos abrazamos las dos.

—Mi boda, en menos de un mes; ¿y vosotros para cuándo?

—En septiembre, el día diecinueve, el mismo día que papá y mamá.

—Recuerda que ese día, según dice mamá, llovió muchísimo.

—Pues a nosotros, hermanita, nos lucirá un día perfecto, ya verás.

Se oyó cómo se abría la puerta del garaje.

—Ya están aquí. —Casi no les dio tiempo abrir la puerta, cuando me abalancé sobre ellos.

—Pero bueno, Lucía, ¿qué te ocurre? Qué bien te viene siempre juntarte con tus amigas; lo habréis pasado genial.

—Genial, mamá, pero mira. —Y le puse la mano delante.

—¿Este anillo tan precioso significa lo que me imagino?

—Sí, mamá, estamos comprometidos. —Nos abrazamos—. Qué feliz soy, mamá.

—Creo que esto merece un brindis —dijo mi padre eufórico; siempre le cayó muy bien Miguel y le encantaba la idea de que fuera su yerno.

—Mamá, ya decidimos la fecha, será el diecinueve de septiembre, a vosotros os ha ido muy bien y siempre quise casarme el mismo día que os casasteis papá y tú. —Mi madre me cogió de la mano.

—Me alegro mucho de que eligieras esa fecha, solo espero que ese día no llueva.

—No lloverá, mamá, ya lo verás, y aún hay una sorpresa más, pero esa os la enseñamos mañana, ya tenemos casa, es preciosa, la vio el viernes Miguel, dejó una señal y le dejaron las llaves y

acabamos de venir. Me encanta, mami, es de la inmobiliaria de tu amiga y encima está cerquita de aquí.

—Bueno, ¿brindamos o me vais a tener toda la noche con la botella en la mano?

—Sí, papá, brindemos; vamos, Elena, que a ti aún te queda menos.

—Espero, hermana, no tener que retrasarla de nuevo, porque a este paso te casas antes que yo.

—Este brindis va por mis dos pequeñas mujercitas —dijo mi padre— Ha pasado el tiempo tan rápido; vamos, que ya mismo me veo rodeada de nietos.

—Eso no estaría mal, papá, me encantan los niños, pero para eso vas a tener que esperar un poco, y a todo esto, os voy a enseñar la foto de Miriam, es preciosa, lo hemos pasado genial, y si no hay nada antes, nos volveremos a juntar para la boda de Bea, que es en agosto.

—¿También se casa? Cuántos acontecimientos vais a tener este año.

—Bueno, cariño, ya es muy tarde, y mañana tenemos que trabajar. Ah, se me olvidaba, me gustaría que este fin de semana si no tenéis planes nos juntemos el sábado para comer; le dije a mi madre que viniera y así hacer el compromiso oficial; ¿os parece bien?

—Perfecto, dinos lo que hay que preparar.

—Nada, Silvia, ya hablé con el restaurante, mañana le confirmo, es lo que me faltaba por si no podíais. Elena, cuento con Raúl y contigo.

—Sí, claro, este fin de semana no tenemos nada.

Aquella noche, casi no pude dormir, se me pasaban tantas cosas por la cabeza, me sentía tan feliz, nunca pensé que llegaría a casarme con Miguel, lo busqué durante tanto tiempo, con razón mi abuelita me decía que el hombre que estuviera destinado para mí llegaría, daría igual que el mundo se pusiese del revés, que los días se hicieran noches y las noches, días, que estaría junto a mí; me quedé dormida mirando el anillo. Por la mañana, fui a la redacción y entré en las oficinas con una sonrisa.

—Buenos días.

—Qué bien te sientan los viajes, siempre vienes radiante —me dijo Rebeca, una compañera de trabajo.

—Vengo radiante aparte del fin de semana, que lo pasé genial por esto. —Y le enseñé el anillo.

—¡No, chicos, que se nos casa Lucía! —Hubo un revuelo por la redacción; todos me felicitaban.

—Muchas gracias. Bueno, aún quedan unos meses.

—Ya pero el tiempo pasa rápido.

Trabajé durante toda la mañana y a la hora del almuerzo llamé a Diana, Bea y Ariel, se pusieron muy contentas, estaban felices por su amiga; por la tarde, fuimos con mis padres y Elena a ver la casa. A mamá le encantó, me dijo que allí sería muy feliz. Pronto llegó el fin de semana y fuimos a comer todos juntos para celebrar el compromiso. Decidí esperar para buscar el vestido de novia cuando regresara Elena de su luna de miel.

Llegó el día de la boda de mi hermana, todo estaba preparado para un día tan especial. Estábamos juntas en el dormitorio de Elena.

—Estás preciosa, qué novia más guapa, espera, quiero que te pongas esto, el anillo de abuela es un aguamarina, ya sabes, hermanita, hay que llevar algo azul.

—Es precioso, Lucía, gracias, estoy muy nerviosa, espero que todo salga bien. —Entró en la habitación mi madre.

—Elena, no tengo palabras —se emocionó al verla.

—Mamá, no llores, que te conocemos y acabaremos llorando las tres; ¿está papá ya preparado? —preguntó Elena.

—Esperando que salgas.

—Pues os dejo a solas unos minutos, salgo con papá —dije.

—Cariño, hay algo que siempre hemos llevado las mujeres de mi familia el día de nuestra boda, me gustaría que lo llevaras y en septiembre espero que lo lleve Lucía, es esta libélula.

—Mamá, es preciosa, pero nunca me fijé que la llevaras puesta en el vestido de novia.

—La llevamos en la muñeca derecha junto a una cinta morada.

—¿Pues a qué esperas para ponérmela? Papá nos espera y ya me contarás a qué viene esta tradición que nunca me contaste.

—Mi tatarabuelo le compró la libélula a su hija, es decir, a mi bisabuela, para que la llevara el día de su boda, pero ella, según dicen, no tenía muy buena relación con él y le dijo que no le gustaba, que no pensaba ponérsela y le dijo: «Es la libélula de la felicidad; sin ella, la vida que vas a comenzar no tendrá sentido, no serás feliz»; ella le contestó que eso eran tonterías y bobadas, pero, cariño, no fue así, tuvo una vida muy dura e infeliz, y el día que se casó mi abuela, que era su hija, se la dio el día de su boda y le hizo prometer que la llevaríamos todas las mujeres de la familia el día de nuestra boda; desde entonces, todas nos la llevamos y después se vuelve a guardar hasta la próxima boda. Pero dejemos de hablar y démonos prisa, que llegaremos tarde.

Todo salió perfecto. Una boda preciosa.

—Mamá, nosotros ya nos vamos, que salimos temprano, toma, guarda la libélula, no quiero perderla, que dentro de nada la tiene que llevar Lucía.

—Pasadlo genial; os espera un largo viaje. Acuérdate de llamar cuando lleguéis.

—Sí, mamá, quédate tranquila.

Mientras tanto, en Granada, Diana seguía muy feliz con su pequeña Miriam, aunque lo que menos se imaginaba es que iba a recibir una visita inesperada.

26. EL CHICO DESCONOCIDO

—Hola, ¿a qué has venido? Sabes que aquí no eres bienvenido.

—Vine a conocer a mi hija.

—¿Tu hija? Será mi hija, está en el registro civil con mis apellidos, es de padre desconocido. ¿Crees que puedes salir y entrar de mi vida cuando quieras? Pues esta vez te has equivocado; por favor, ¿quieres quitar el pie de la puerta o prefieres que llame a la policía? No quiero saber nunca más de ti.

—Sé que me equivoqué, pero he cambiado, buscaré trabajo aquí y seremos una familia.

—¿Aún no te has enterado? ¿Acaso no te quedó claro la última vez que se acabó, que no estoy enamorada de ti y que solo me has traído problemas?

—Déjame por lo menos conocerla y me iré.

—¡No, no hay nadie a quien conocer! Ahora quita el pie y no me molestes nunca más. Y estoy hablando muy en serio. —Él retiró el pie y justo cuando cerraba la puerta la miró:

—Esto no termina aquí, es mi hija y quiero verla crecer.

Diana dio un portazo y entró, pálida, en el salón.

—¿Qué sucede, Diana? Oí voces y estás temblando.

—Creo que de nuevo tendré que irme a vivir a otra ciudad.

—Pero no puedes hacer eso, tienes aquí la casa, tu negocio, es un lugar perfecto para criar a tu pequeña.

—Lo sé, pero lo conozco y no me dejará en paz, pedirá las pruebas de paternidad y no quiero que mi pequeña pase ni un segundo de su vida con él; no es una persona estable.

—Antes de precipitarte, consulta con un abogado y después decide. Seguro que hay una solución, él no puede cambiar de nuevo tu vida, no se lo permitas. —Cogió a la pequeña en brazos y la acercó a su pecho.

—No dejaré que se acerque a nosotras.

—¿Sabes, Diana? Llamaré a casa, esta noche me quedaré contigo.

—No te preocupes, estoy bien.

—Lo sé, pero de todas formas me quedaré, así podrás descansar mejor, llevas días sin apenas dormir.

—¿Qué tal, Sandra, si le damos un bañito a Miriam y después salimos a darle un paseo?

—Perfecto, Diana.

En Londres, Ariel había comenzado a trabajar en una galería de arte, se sentía feliz, ya había terminado su curso, llevaba un día un poco extraño, tenía un presentimiento y decidió llamar a Bea.

—Hola, Bea, ¿qué tal estás?

—Genial, con todos los preparativos de la boda.

—Qué bien, ya sabes, si necesitas algo, llámame, que los lunes los tengo libres y podré acompañarte; ¿ya tienes el vestido?

—Pues, mira, precisamente tengo cita el lunes 22 para la primera prueba. Me encantaría que vinieras conmigo; vendrá también una compañera de trabajo, pero siempre varias opiniones vienen mejor.

—Pues perfecto, mándame un *whatsapp* y dime la hora y allí estaré. Quería preguntarte, ¿sabes algo de Diana?

—Pues llevo días sin hablar con ella.

—Le mandaré un *whatsapp*. Llevo todo el día pensando en ella y no sé por qué me da que algo no va bien.

—¿Pero referente a la pequeña?

—No sé, pero algo ocurre; cuando hable con ella ya te llamo.

—Ok, pero no dejes de llamarme, ya me dejaste preocupada.

—Tranquila, igual no es nada, te llamo más tarde, igual es cosa mía y no ocurre nada.

—Diana, ¿qué tal estás? Igual estás ocupada; cuando puedas, me contestas.

Ariel siguió trabajando, tenían una exposición muy importante en breve y estaba ultimando los últimos detalles, la galería de arte se encontraba en el centro de Londres y era muy visitada, hoy había tenido un día un poco más relajado, pero normalmente llegaba exhausta a casa. Apenas le daba tiempo de tener vida social, pero había un chico que coincidía con ella casi todos los días a la hora de la comida, solo cruzaban miradas, alguna que otra sonrisa, pero no sabía ni tan siquiera cómo se llamaba, ella le llamaba el chico enigmático, estaba tan metida en su mundo que no se dio cuenta de que había entrado una persona cuando se volvió.

—Hola, dígame qué desea.

—Si no le molesta, me gustaría ver las obras.

—Por supuesto que no, pregúnteme lo que desee.

—Muchas gracias, estoy buscando algo muy especial, hay un rincón en mi casa, en mi dormitorio exactamente, y quiero un cuadro que cuando me despierte, sea lo primero que vea, quiero algo que me haga sentir bien, llevo tiempo buscándolo. Al pasar, vi los cuadros que tenéis y me animé a entrar.

—Pues espero que encuentre lo que desea. —Justo cuando se retiraba para que viera los cuadros tranquila, entró en la galería el chico enigmático, se puso nerviosa, pensando que iría hacia ella, le dio las buenas tardes y fue hacia la chica y la besó en la mejilla. Se quedó casi sin habla.

—Buenas tardes —contestó ella. Estaba tan nerviosa que no sabía qué hacer y decidió seguir con lo que estaba, aunque no era capaz de dejar de mirarlo; se acercó a ellos y les dijo—: En breve haremos una exposición. Si me dejan una dirección, les mando una invitación para que vengan el día de la presentación, quizás encuentren lo que buscan usted y su marido. Ella comenzó a reírse.

—¿Mi marido? Él no es mi marido, es mi hermano. —Él la miró y le sonrió, estaba tan nerviosa que casi no le salían las palabras del cuerpo—. Si es tan amable de darme la dirección.

—Les enviaré las invitaciones y espero que encuentre lo que busca; es una exposición muy vanguardista, el autor es francés. Le dio la dirección, se despidieron y justo cuando salían:

—Espérame fuera un segundo, Lili, enseguida voy. Hola, me llamo Alan, te dejo mi tarjeta, me encantaría invitarte a cenar; si te decides, llámame.

—Yo me llamo Ariel. —Antes de irse, le guiñó el ojo y le dijo:

—No la pierdas. —Y sonrió.

Cuando se quedó sola, cogió la tarjeta: *Alan Doe, economista*. La guardó en el bolso y de pronto se acordó de Diana, miró el teléfono y tenía varios *whatsapp*, y se puso a leerlos, le contó lo que había ocurrido y que se marcharía de Granada.

—Diana, no hagas nada sin antes consultar a un abogado, no te precipites.

—Eso me dijo Sandra, mañana mismo llamaré, pero no pienso dejar que pase ni un minuto con él, no es el padre que quiero para mi hija.

—Ok. En cuanto sepas algo, hablamos, cuídate mucho y a la pequeña.

Ya por la noche en casa, después de cenar, cogió la tarjeta, la dejó junto al móvil. «Hoy no le diré nada ni mañana, que espere un poco». Cogió el móvil y llamó a Bea:

—Hola.

—Hola, Ariel, ¿pudiste hablar con Diana?

—Sí, Bea, hablé esta tarde con ella. —Y le contó lo que le sucedía—. Le dije que hablara con un abogado.

—Pobre, nunca la va a dejar en paz; sí, es lo mejor, mañana la llamaré.

—Bea, no vas a creer que me pasó esta tarde. —Le contó lo del chico enigmático.

—¿Y a qué esperas para llamarle? Seguro que espera esa llamada.

—Creo que es mejor hacerle esperar.

—¿Esperar para qué, es que acaso no te gusta?

—Me encanta, Bea.

—Pues deja que pase hoy y llámale mañana.

—Eso haré, buenas noches, mañana hablamos.

—Hasta mañana, amiga.

Se despertó tarde, tomó el desayuno rápido, tenía el tiempo justo para llegar al trabajo, cogió el metro y, cuando llegó, su jefe ya estaba allí.

—Buenos días.

—Hola, Ariel, ¿qué tal? ¿Cómo vas con la nueva exposición?

—Muy bien, ya tengo todo a punto, esperemos que lleguen esta semana los cuadros.

—Hablé ayer, me dijeron que ya habían salido, que llegarían en un par de días.

Mientras ponía todo en orden, entró un chico preguntando por Ariel, le dijo que era ella y le entregó unos bombones que venían con una tarjeta.

—Muchas gracias.

Quizás perdieras la tarjeta, estuve esperando tu llamada, por eso decidí mandártela de nuevo, que tengas un buen día.

—Bonito detalle, Ariel.

—Sí, es de un amigo, le llamaré más tarde.

Pasó toda la mañana sin parar; cuando salió a comer, decidió llamarlo.

—Sí, dígame.

—Hola, Alan, soy Ariel.

27.
GRACIAS POR REGALARME UNA
NOCHE MÁGICA

- Hola, Ariel, pensé que nunca te decidirías a llamarme.
—Pues ya ves, te equivocaste... —Se hizo un silencio entre los dos
—¿Cenarías conmigo esta noche?
—¿Esta noche? —Se quedó callada durante unos segundos—. De acuerdo.
—Dime entonces dónde debo recogerte y si te va bien a las ocho y media.
—Mejor a las nueve; salgo de trabajar a las siete.
—De acuerdo, pues a las nueve. Dime tu dirección.
—Vivo en Whitechapel Road, justo donde está el mercado callejero.
—De acuerdo, espérame donde comienza el mercado.
—Allí estaré, ahora debo seguir con mi trabajo.
—Sí, claro, no te molesto; hasta las nueve.
—Hasta luego. No molestas.

Estuvo toda la mañana con un cosquilleo en el estómago, se sentía feliz pero a la vez nerviosa, hacía mucho que no tenía una cita, llamó a Bea a la hora de comer, comentaron sobre Diana, que aún no sabían nada, y que esperarían hasta el día siguiente.

- Bea, tengo una cita esta noche y estoy tan nerviosa.
—Nerviosa, ¿por qué?
—Pues porque me gusta mucho y no quiero hacerme ilusiones.
—Ariel, disfruta el momento y fuera los miedos, vales mucho, eres muy especial; además, tranquila, que seguro que va todo genial. Esta tarde tengo que ir cerca de tu trabajo, igual paso a verte.
—Sí, sería estupendo, nos vemos entonces.
—Ok, pues hasta la tarde y tranquilízate, que hasta te cuesta hablar de lo nerviosa que estás. —
Reímos las dos.

A muchos kilómetros de distancia, mientras Ariel estaba feliz, Diana se sentía angustiada y fue a visitar a su abogado; le explicó su situación y le dijo que lo tenía muy complicado, porque podía pedir las pruebas de ADN y si era su hijo tendría derechos de visitas, pero que a la vez también tendría obligaciones, como el de pasarle una pensión.

- ¿Una pensión? Pero si no tiene dónde vivir; además, sería una influencia negativa para mi pequeña. ¿Qué puedo hacer?
—Nada, rezar por que no pida la prueba.
—¿Y si desaparezco? La niña en el registro tiene mis apellidos.

—Te pasarás la vida huyendo de un lado a otro. Si no tiene casa ni trabajo, ningún juez le dará una custodia compartida, ni tan siquiera fines de semana, y más, si es una persona con problemas, ellos siempre velan por la seguridad del menor; estate tranquila y no desesperes. Si vuelve a tu casa, llama a la policía y pedimos una orden de alejamiento por acoso.

—Espero no tener que llegar a eso, pero no dejaré que se acerque a ella, ya bastante daño me hizo a mí. —Salió del bufete y fue al encuentro de Sandra, que la esperaba en el parque con Miriam.

—Diana, ha estado aquí, se acercó y me dijo que solo quería conocerla e intenté irme, pero me dijo que solo quería verla, la miró, la acarició, me dijo que era preciosa, que se parecía a ti, y dejó este peluche. Lo siento, Diana, pero no supe reaccionar.

—No pasa nada, Sandra, no puedo hacer nada, solo espero que no pida la prueba de paternidad, vámonos a casa.

Por la tarde, llamó a Ariel para contarle lo que sucedía, que no sabía qué hacer; Ariel le dijo que estaba Bea con ella, que acababa de llegar, que las dos pensaban lo mismo, que no debía dejar su casa, su trabajo, que sabía cómo era y que seguro que en unos días volvía a desaparecer y que bajo ningún concepto le ofreciera dinero, que igual era lo que quería; si no, nunca se desprendería de él, porque con el tiempo volvería a por más.

—¿Me has escuchado, Diana? Nada de dinero, prométemelo.

—No, no lo haré, sí que es verdad que lo he pensado, pero tenéis razón; cuando se le acabase, volvería a por más y nunca me dejaría en paz. Si me molesta, pediré una orden de alejamiento, es lo que me ha dicho el abogado.

—Exacto, eso es lo que debes hacer y, tranquila, sigue con tu vida, verás como se cansa y desaparece, y ya te contaré más despacio, que ahora no puedo, tengo una cita esta noche, es guapísimo, estoy muy nerviosa, deséame suerte, amiga.

—Mira, algo bueno, suerte, no dejes de contarme mañana; pásame a Bea, que me despida.

—Estamos en contacto, Diana, y ya sabes, tú eres fuerte y nos tienes a nosotras, aunque estemos en la distancia.

—Lo sé, llamaré a Lucía esta noche; bueno, amiga, pues ya hablamos, cuidaos mucho y tranquila, hablar con vosotras siempre me da fuerza.

Bea se despidió de Ariel, pero antes de irse tenía un regalo.

—Esto es para ti, me gustó y espero que te guste.

—Dime qué es.

—Un vestido que vi y me encantó, es tu estilo y seguro que esta noche lo deslumbras, irás preciosa, ya sé que no te gustan mucho las fotos, pero quiero fotos. —Abrió la bolsa y se lo puso por delante.

—Me encanta, es precioso, gracias, me haré fotos, mañana te las enviaré.

Llegó a su casa, se dio una ducha rápida, se maquilló solo un poco, se recogió el cabello, se puso el vestido, unos zapatos de tacón, que no sabía si aguantaría; esperaba no tener que andar mucho y se fue donde habían quedado, ya pasaba de las nueve, lo vio a lo lejos, miraba el reloj.

—Lo siento, suelo ser muy puntual, pero no podía andar más deprisa.

—Estás preciosa, y tan solo te has retrasado diez minutos, ha merecido la pena la espera. —Se ruborizó y le dio las gracias. La cogió de la mano y se dirigieron al coche, fueron a cenar a un restaurante precioso, pequeñito y con música en directo, fue una velada perfecta, hablaron un poco de ellos, él se quedó fascinado con la vida de Ariel.

—Una mujer luchadora que se ha hecho a sí misma.

—Así es, no me quedó otra, pero aprendes a valorar la vida y a las personas que te rodean. —
Cuando terminaron la cena, dieron un paseo, era una noche perfecta, había una luna llena enorme que se reflejaba en el Támesis, se veía tan bonito.

—¿Sabes, Ariel? Hacía mucho tiempo que no me encontraba tan a gusto con alguien.

—Gracias, yo también me siento muy bien, pero creo que es hora de regresar a casa, mañana tengo que madrugar, me espera un día duro de trabajo; llegan los cuadros de la exposición.

Fueron hasta donde estaba el coche.

—No hace falta que me acompañes, estoy al lado de casa.

—Lo siento, pero te acompañaré hasta la misma puerta.

—Gracias por esta cena tan especial, he pasado una noche que no olvidaré.

—Parece una despedida, Ariel, y yo espero que haya muchas más noches como estas.

—Me encantaría. —Se acercó a ella y la besó.

—Creo que es mejor que suba a casa; hasta mañana.

—Hasta mañana, espero verte a la hora de la comida.

—Lo intentaré. —Subió a casa, tenía una sonrisa de felicidad y, antes de quedarse dormida, sonó el móvil.

—Gracias por regalarme una noche mágica, especial, tan especial como tú.

—Gracias a ti por hacerme sonreír. —

Por la mañana, mientras iba en el metro, les mando un *whatsapp* a Bea y a Diana:

—Todo perfecto, ya os contaré más despacio; de momento, ahí tenéis un par de fotos.

—Diana, haz un grupo de las cuatro de WhatsApp, que llevamos tiempo diciéndolo y no lo hacemos, así nos ponemos al día

—De acuerdo, ahora lo haré y pondré al día a Lucía, que al final anoche no la llamé.

Justo cuando me levantaba, recibí un *whatsapp*; al abrirlo, me di cuenta de que estaban las cuatro.

—Amigas, qué alegría, por fin así os tengo más cerquita. —Y Diana colgó las fotos de la cena de Ariel.

—Pero, Ariel, ¿quién es ese chico tan guapo?

—Yo te lo cuento, que ella está trabajando y además tengo mucho que contarte.

—Pues ya puedes empezar, Diana.

28. AYER, HOY Y MAÑANA. SUEÑA

Después de contarle por WhatsApp a Lucía todo lo sucedido, ella le contestó.

—Hiciste lo correcto y estoy de acuerdo, no debes bajar la guardia, pero no huyas, ahí tienes tu hogar, tu trabajo, tienes tu vida, él no debe poner cada vez que quiera tu mundo al revés, eres una gran luchadora, no te des por vencida; si él te ve fuerte y que no estás dispuesta a ceder, se dará cuenta de que ya no eres la Diana que él conoció; ánimo, amiga, tú puedes con esta situación.

—Gracias por tus palabras, no os podéis imaginar la fuerza que me da la amistad que tenemos, no me siento sola; aunque nos separen muchos kilómetros de distancia, sé que estáis conmigo.

—Chicas —dijo Ariel—, estoy de acuerdo con las palabras de Lucía, piensa en ti y en Miriam, sigue adelante con tu vida.

—Ariel, creo que tú tienes algo que contarnos; ¿quién es el chico de la foto?

—Creo que me he enamorado, es como volver a los quince años, como cuando te enamoras por primera vez.

—Genial —dije—. ¡¡¡Es guapísimo!!! ¿Qué tal el trabajo? Por lo que veo, te va todo muy bien, trabajo, amor; pero bueno, Ariel, ¿qué más puedes pedir?

—Que no sea un sueño y me despierte; a veces, me pellizco, pienso que esto no me puede estar sucediendo a mí, es todo demasiado perfecto, y en el trabajo acabo de recibir la colección de un pintor francés; por lo que sé, murió casi en la indigencia y ahora sus obras están en auge; estoy deseando ver las pinturas.

—Los sueños se cumplen, amiga —le respondí— y te mereces todo lo bueno que te está pasando.

—¡¡¡No me lo puedo creer!!! Acabo de recibir un pequeño sobre, lo ha traído una empresa de mensajería, es de él.

—¿Pues a qué esperas para abrirlo? —dijo Diana—. Qué intriga, ¡cuenta! —Por último, se unió a la conversación del grupo Bea.

—¿¡Qué me estoy perdiendo!? ¡Buenos días, chicas!

—Solo pone *Buenos días...* Hola, Bea, un momento, acaba de venir otro mensajero con otro sobre.

—Bea, buenos días, me encantan las sorpresas, cuéntanos, no nos tengas así —rogué.

—Hola, Bea —dijo Diana—, vaya mañana que llevamos.

—Tranquilidad, chicas, que estoy muy nerviosa, pues en este sobre me llegó una nota que dice: *De nuevo contando las horas para verte*. Chicas, esperad, acaban de traerme una flor, es una rosa azul, con otra nota; en esta pone: *¿Comemos juntos?* —Nos pusimos a contestar las tres a la vez.

—¡Contesta ya! ¿Pero dónde has encontrado a un hombre así? —dice Diana— Pregúntale si tiene un hermano gemelo.

—Cuánto me alegro por ti —comentó Bea.

—Qué pequeño es el mundo y a la vez qué grande —dije—, el destino está escrito para cada persona. Ariel, ¿dónde estás?

—Acabo de hablar con él, hemos quedado a la una en el bar que está cerca del trabajo, donde lo veía cada día, ahora tengo que seguir trabajando, que ya mismo llega mi jefe.

—Cuéntanos esta noche; chicas, yo también sigo trabajando —dijo Bea—, besitos para todas.

—Volvemos a hablar esta noche, salgo con mi pequeña a darle un paseo, hace un día fantástico.

—Que tengáis buen día —respondí—. Qué intriga, pásalo bien, Ariel, y besitos para todas.

Ariel comenzó a desembalar las obras de arte, cuando llegó su jefe.

—Hola, Ariel, ¿qué me dices de la colección? Creo que se va a vender bien, ¿tú qué opinas?

—Sí, son cuadros preciosos, por lo menos los que vi hasta ahora. Mira este del puente de las artes, es realismo puro, es un tipo de pintura que gusta mucho. —Michael, que así se llamaba su jefe, se puso a desembalar con ella—. Qué curioso, en este cuadro pone por detrás un nombre. — A Ariel le dio un vuelco el corazón.

—¿No será un cuadro de margaritas y detrás pone el nombre de Silvia?

—Sí, así es, ¿la conoces?

—Bueno, en realidad a ella no, pero sí a su hija, es una de mis mejores amigas; la historia es muy bonita y sé que lleva buscando ese cuadro desde pequeña.

—Pues me encantaría conocer la historia. —Ariel comenzó a contarle la historia, mientras seguían desembalando las demás obras.

—Y por lo que sé, cada vez que ve un cuadro de margaritas le da la vuelta; siempre pensó que el cuadro volvería a ella.

—Qué historia tan bonita; ¿vive aquí en Londres?

—No, vive en España, pero no lo podemos poner a la venta hasta que hable con su hija. Esta noche hablaré con ella; lo que sí necesito saber es cuánto cuesta el cuadro para decírselo.

—Cuando los tengamos todos expuestos, lo miraré.

—Lo que está claro es que esta vez tiene que ser para ella; me dijo Lucía que tiene un lugar en su casa reservado para colgarlo.

Pasó la mañana con unas ganas de contárselo a sus amigas, pero estaba demasiado ocupada y cuando se dio cuenta ya era casi la una.

—Ya están todos desembalados, es una colección preciosa, qué pena que su autor no pueda ver el éxito que tienen sus cuadros.

—Así es, suele suceder, estos cuadros los tenía su hermano, guardados en la buhardilla de su casa, nadie sabía de su existencia, su hermano murió hace más de veinte años y nunca comentó a sus hijos que los tuviera, siempre pensó que no valían nada, hasta hace un año, que su hijo decidió hacer obra en la casa y encontraron varias cajas y allí estaban los quince cuadros; su sorpresa fue cuando puso el nombre en internet, y vio que los cuadros se cotizaban al alza y, por esas casualidades de la vida, en una comida con un amigo francés, me contó la historia, le dije que si había posibilidad de ponernos en contacto y me dijo que sí, que era familiar de su esposa; tuvimos una primera reunión, al principio no quería, prefería hacer la exposición en París, me costó un segundo viaje, pero al final lo conseguí, casi un año me ha costado convencerlo y poder hacer aquí la exposición, por eso es tan importante para mí, y ahora, con lo que me has contado, mucho más.

Ariel le dijo que se alegraba mucho de que lo hubiera conseguido, miró el reloj, era más de la una, llegaría tarde.

—Michael, saldré a comer, volveré más o menos en una hora.

—De acuerdo; mientras, buscaré el precio del cuadro de las margaritas.

Ariel salió corriendo, nunca le gustó que la esperase, pero aflojó el paso, no quería que la viera corriendo como una loca; al entrar en el restaurante, lo vio al final de la barra y se acercó.

—Siento el retraso, pero no he podido salir antes, inauguramos la exposición en una semana y tenemos mucho trabajo.

—No pasa nada, tranquila, yo también acabo de llegar.

—Muchas gracias por las notas que me mandaste y la flor; me han encantado.

—No tienes que darme las gracias, siempre te esperé sin saberlo, sabía que el destino pondría en mi camino una persona muy especial, llevo semanas observándote, pareces tan frágil y a la vez tan fuerte; nuestros caminos se cruzaron y te aseguro que ya no dejaré que te alejes de mí, claro está, si tú quieres estar a mi lado.

—Claro que quiero, quiero conocerte, pasar días a tu lado, saber cuál es tu color, tu comida preferida, qué perfumes utilizas, qué sueños tienes, qué música te gusta, porque creo que somos almas errantes que han coincidido en un momento de sus vidas en el que pueden aprender a caminar juntos; siempre pensé que pasaría mi vida sola, la verdad es que la mitad de mi vida he estado sola y nunca me importó, soy una mujer autosuficiente, he viajado y conocido a muchas personas, pero cuando llegué a Londres, me sentí como en casa y decidí quedarme, y ya ves, ahora tú y yo aquí sentados, hablando de compartir un futuro y apenas nos conocemos, es como de locos, pero siempre me gustaron las locuras.

—¿Ves? Eso es lo que me gusta de ti, entre otras muchas cosas, tus locuras.

—Pues esta loquita se muere de hambre y me queda media hora para comer. —Rieron los dos.

—Pues comamos, no quiero que digas a tu jefe que no comiste porque no paré de hablar; te diría que alguien así no te interesa. Las palabras alimentan el alma, pero no el estómago. —Ariel sonrió y le dijo:

—Pues yo creo que tus palabras hoy alimentan mi alma, mi espíritu y hasta mi estómago, porque nadie me dijo nada igual. —Se acercó a ella y la besó en los labios con tanta ternura que sintió como su piel se erizaba, cerró los ojos y se dejó llevar; durante unos segundos, el tiempo se detuvo, se sintió protegida como cuando era una niña y su abuela la abrazaba y le decía: «El día que alguien te abrace y te sientas como ahora, no te separes de él».

Acabaron de comer y volvieron cada uno a su trabajo, no sin antes quedar de nuevo a las siete; mandó un *whatsapp* al grupo de amigas.

—Chicas, tengo una noticia fantástica: Lucía, no te lo vas a creer, pero vas a hacer en breve muy feliz a una persona a la que adoras; más información a las ocho, sigo trabajando.

GRACIAS POR DEVOLVERME LOS RECUERDOS

Leí el *whatsapp*, no me podía imaginar qué podía ser, estuve toda la tarde inquieta; por más vueltas que le daba, no tenía ni idea. Miré el reloj, eran las siete y ya no aguanté más, por lo que escribí en el grupo.

—Chicas, imagino que Ariel sigue trabajando, ¿sabéis algo de lo que me puso en el mensaje?

—Yo no —dijo Diana—, me he sorprendido tanto como a ti, estoy deseando que den las ocho para saber de qué se trata.

—Y tú, Bea, que quedas en Londres con ella, ¿tampoco sabes nada?

Pero Bea no contestaba, no sabía si era porque estaba ocupada o quizás porque quería que se lo contase Ariel; en cualquier caso, no decía nada.

—Pues nada, Lucía, esperemos a las ocho. Voy a bañar a la pequeña, pero me llevaré el móvil.

Ariel había oído el móvil, pero aún no había terminado de trabajar; le dijo a su jefe que, si no le importaba, le haría una foto al cuadro para mandársela a su amiga.

—Sí, claro, qué cara de sorpresa va a poner, hay que mandarle dos invitaciones para la presentación. Pero de eso nos ocuparemos mañana. Anda, vete ya, yo cerraré; además, creo que enfrente hay un joven que lleva más de diez minutos esperando y no para de mirar.

Ariel se sonrojó.

—Gracias, Michael, nos vemos mañana.

Michael vio como Ariel cruzaba la calle, se acercó a él, se besaron y, cuando se alejaban cogidos de la mano, le salió una leve sonrisa. Era una chica tan dulce, le había cogido tanto cariño, él nunca tuvo hijos, se casó siendo muy joven, con tan solo veinticuatro años estaba tan enamorado de Eloise; nunca pudo imaginar lo que les depararía el futuro, se conocieron a través de un amigo, ella le cautivó desde el primer instante que la vio, esos ojos tan azules eran tan expresivos, fue una boda preciosa, recordaba la luna de miel que fue por Europa, tenían tantos proyectos, a los dos les encantaba el arte y decidieron abrir una sala de exposiciones; sus familias tenían una posición acomodada y se lo podían permitir, recordaba la primera exposición que hicieron, fue todo un éxito, disfrutaban con su trabajo, se pasaban el día juntos, vivieron diez años muy felices, les fue genial en su trabajo y decidieron abrir una sala de exposiciones más grande, en el centro de Londres. Exponían cuadros de todas las partes del mundo, pintura vanguardista, barroca, impresionista, de autores consagrados y otros por los que apostaron porque les gustaban sus pinturas —hoy, sus obras estaban expuestas en los mejores museos—, pero como siempre pasa, la felicidad nunca es eterna; aquel martes quince de febrero, se despertaron temprano, ella salió con Mou, un teckel color canela que tenían desde hacía cinco años, mientras Michael preparaba el desayuno. Tenía que salir para hacer unas gestiones a primera hora de la mañana. Antes de abrir la galería, vio que tardaba y decidió darse una ducha, oyó que llamaban a la puerta

y le dijo que estaba en la ducha. Eloise terminó de preparar el desayuno y de pronto se le cayó la taza y sus manos comenzaron a temblar y a perder fuerza, sus piernas también se debilitaron a continuación; llamó a Michael, muy asustada, no sabía qué le ocurría. Michael, al oír la gritar, salió corriendo de la ducha; cuando la vio, estaba tendida en el suelo semiinconsciente, comenzó a llamarla al ver que casi no respiraba, llamó rápidamente a una ambulancia, la espera se le hizo interminable, se abrazó a ella, le pedía que se quedara con él, llamaron al timbre, le dijo que ya habían llegado, que aguantara, él se levantó rápido y les comentó que no sabía qué le ocurría a su esposa, que cuando salió de la ducha se la encontró en el suelo. Al auscultarla, vieron que tenía las constantes vitales muy débiles, apenas tenía pulso, y decidieron llevarla al hospital, él fue corriendo al dormitorio, acabó de vestirse. Le preguntaron si se iría con ellos en la ambulancia; dijo que sí, que no quería separarse de ella. Entre todo este revuelo, Mou no dejaba de ladrar, sabía que algo sucedía, llegaron al hospital en menos de diez minutos, uno de los enfermeros gritó: «Un box rápido, se nos va». Michael quiso acompañarla y le pidieron que se quedara en la sala de espera, que lo tendrían informado; llamó a sus familiares, que llegaron rápido, les contó lo que había sucedido, la madre de Eloise lloraba desconsoladamente y sus padres apenas hablaban, él estaba en estado de *shock*, no podía creer lo que le estaba sucediendo, no soportaba la espera más, no sabía si sentarse o si pasear. Pasaron dos largas y eternas horas cuando salió el médico, lo vio serio y cabizbajo, se temió lo peor, como así fue; aún retumban esas palabras en su mente: «No pudimos hacer nada, le han fallado todos los órganos, tenía un problema de corazón, seguramente desde nacimiento, lo sentimos, hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos». Michael no podía creer lo que estaba escuchando, nunca le dijo que se encontrara mal, nunca se quejó, era una mujer fuerte, no podía entender cómo solo hacía unas horas se levantó bien y ahora estaba muerta; pensaba que debía haber algún error, les pidió que volvieran a comprobarlo, pero el médico le dijo que lo sentía, que lo único que podía hacer era entrar a verla, fue hasta el box, aún la tenían entubada, una enfermera estaba retirando todo el material que habían utilizado, la vio pálida, se abrazó a ella y entre sollozos le pedía que no lo dejase, que despertase, que su vida sin ella no tenía sentido; pasó toda la noche sin moverse de su lado y sin dejar de abrazarla. Los días, semanas y meses que siguieron fueron muy duros, pasaron los años y nadie pudo remplazarla en su corazón; seguía enamorada de ella, después de casi veinte años, aún seguía echándola de menos.

Miró un cuadro que había de ella en la pared de su despacho y sus ojos se llenaron de lágrimas, le recordaba tanto Ariel a ella, su fuerza, espontaneidad, era como la hija que nunca tuvieron. Apagó la luz y cerró la puerta del despacho, no sin antes darle las buenas noches, como hacía cada día desde que se fue aquella mañana de invierno.

Cerca de allí, todo eran sonrisas, Ariel se sentía tan bien con Alan, llevaban casi una hora paseando, ella le contó la historia del cuadro y la casualidad de que fuera uno de los cuadros de la exposición.

—Tengo que mandarle la foto a las ocho, estoy deseando ver su reacción.

—Pues entremos en ese bar, pediré unas cervezas, y tú habla con ellas por WhatsApp.

—Hola, chicas, quiero que veáis algo, sobre todo tú, Lucía. —Contestamos casi las tres a la vez.

—Hola, Ariel, cuenta ya, que nos tiene intrigadas, sobre todo a Lucía.

—Es cierto, no me puedo imaginar lo que es.

—Seguro que es algo que te hará muy feliz, Lucía, y más conociendo a Ariel, que es como un ángel —dijo Bea.

—Ya veo que os tengo muy intrigadas, pues allá va.

Mandó una foto del cuadro. Cuando lo vi, no daba crédito.

—Ariel, ¿es lo que creo? —Y mandó la parte de atrás del cuadro donde ponía *Silvia*.

—¿Dónde lo has encontrado? Estoy llorando como una tonta —escribí.

—Es un cuadro de la exposición que vamos a organizar en una semana.

—Felicidades, Lucía, ya lo encontraste, le dijiste a tu mamá siendo una niña que se lo encontrarías —dijo Ariel—; pues acabas de cumplir esa promesa.

—Ya estoy llorando como una boba. Desde que tuve a Miriam me volví una llorona. Cuánto me alegro por ti y, sobre todo, por Silvia, es el mejor regalo que le puedes hacer.

—¡Pero, Ariel, será carísimo! —respondí.

—Pues se lo regalamos entre todas —apuntó Bea.

—Bueno, es un pintor cuyas obras están en alza y más teniendo en cuenta que murió hace muchos años, pero aún se pueden comprar, creo que esta no es de las más caras; me dijo Michael que se puede vender entre novecientas y mil doscientas libras.

—Hablaré con mi padre, pero está claro que ya es hora de que cuelgue en casa de mamá su cuadro de margaritas.

—Eso sí, tenéis dos invitaciones para venir a la inauguración, será en una semana, ya puedes darte prisa en organizar todo sin que tu mamá se entere de nada.

—Gracias, mil gracias, amiga; ¿cómo que dos invitaciones? Yo no pienso perderme la cara que pondrá cuando vea el cuadro después de tantos años —dijo Bea.

—Pues, chicas, yo quiero una grabación, ya que no puedo ir, ¿prometido? —afirmó Diana.

—Prometido —respondió Bea.

—Está bien, ya me las arreglaré; amigas, os dejo, que estoy aquí con Alan.

—Gracias, Ariel.

Estaba tan feliz que se lo conté a Miguel por teléfono.

—¿Sabes si mi padre sigue en la fábrica?

—Sí, aún está aquí, pero se iba para casa ya.

—Por favor, no le cuentes nada, solo dile que me espere, que llego enseguida, que tengo algo que contarle.

Llegué a la fábrica y entré en el despacho de su padre:

—No lo vas a creer, papá. —Y le enseñé la fotografía que me había mandado Ariel.

—O sea, que es cierto; a veces pensé que había sido una fantasía de cuando era pequeña.

—Pues ya ves que no, papá. Tenemos invitaciones para ir a la exposición, cae en fin de semana.

—¿Pues entonces a qué esperamos?

—Le diré a mamá que he reservado un fin de semana en Londres, que nos iremos el viernes, que quiero ver allí los vestidos de novia antes de decidirme, pero se lo quiero decir a Elena, no sé si ella podrá venir, sé que le encantaría.

—Pues creo que aún sigue en la fábrica, la llamaré. —Sonó el teléfono de Elena—: Hija, ¿puedes venir a mi despacho?

—Sí, papá, ahora mismo voy, dame un segundo, que ya estoy recogiendo.

—Mira, hermanita, no te lo vas a creer. —Le enseñé la foto.

—¡Si es el cuadro del que nos habló tantas veces mamá! ¿Lo has localizado?

—¡¡¡Sí, lo encontré!!! Bueno, en realidad fue Ariel, estará en una exposición que se celebrará este fin de semana en Londres, en la galería donde trabaja, y nos vamos para Londres; lógicamente, mamá, no sabrá nada, ¿os vendréis con nosotros?

—No puedo, lo siento, aún no quería decíroslo, porque quería esperar un poco más de tiempo,

estoy embarazada de seis semanas; en mi estado prefiero no viajar, esta noche lo diré cuando esté ella, y ya sabéis, disimulad, vosotros no sabéis nada. —Nos pusimos muy contentos por la noticia.

—Hija, muchas felicidades, pues ya que nos hemos enterado, habrá que celebrarlo; llama a tu marido y tú, Lucía, avisa a Miguel de que esta noche cenamos todos juntos. Avisaré a vuestra madre de que la recojo en media hora, y como tu hermana y yo no sabemos nada de tu embarazo, nos lo dirás durante la cena, y tú, Lucía, que nos vamos a Londres el fin de semana que viene. — Me abrazó a Elena—: Hermanita, ¡cuánto me alegro por ti, qué alegría, un sobrino!

Quedamos a las nueve y media y durante la cena, Elena cogió la mano de Raúl y dijo:

—Pues ya que estamos todos reunidos, queremos daros una noticia, estoy embarazada, queríamos esperar un poco más para decíroslo, pero qué mejor momento que este.

Mi madre se levantó y la abrazó.

—No me puedo creer que vaya a ser abuela, me alegro muchísimo por los dos, felicidades. — Me levanté y, como si no supiera nada, la abracé, al igual que mi padre y Miguel.

—Pues yo, mamá —dije—, también te tengo una sorpresa. El fin de semana que viene nos vamos a Londres, quiero ver allí mi vestido de novia.

—Pues yo no podré ir —dijo Elena.

—De todas formas, solo voy a ver, hermanita.

—¿Quiénes nos vamos a Londres? ¿Las dos?

—Los cuatro, papá y Miguel también se vendrán; ya tenemos los billetes, mañana reservaré el hotel.

La semana pasó rápido. Cogimos un hotel en el centro de Londres, llegamos sobre las diez de la mañana, la inauguración de la exposición era a las siete de la tarde, aprovechamos la mañana para visitar varias tiendas de novias. Me estuve probando varios vestidos, pero no encajaba ninguno con mi estilo. Quedamos para comer los cuatro y nos fuimos a descansar al hotel.

—Nos vemos a las seis y medias en el vestíbulo; daremos un paseo por Londres y más tarde quedaremos con Bea y Ariel.

Pasada las seis y media, estaban saliendo del hotel, la sala de exposiciones estaba cerca, a veinte minutos andando. Yo sabía que el cuadro se vería desde la calle. Justo cuando pasábamos por allí, mi madre se paró en seco.

—Lucía, es mi cuadro.

—¿Qué dices, mamá?

—El cuadro de las margaritas, Lucía, es el que pone mi nombre, estoy convencida; acaba de recorrer por mi cuerpo un escalofrío cuando lo he visto.

—Pues pone *vendido*, mamá.

—Tengo que entrar, necesito verlo de cerca.

—Pues entremos. —Se dirigió donde estaba el cuadro con los ojos llenos de lágrimas.

—Era tal y como lo recordaba cuando lo veía desde la ventana de mi casa en París. —Vio como un caballero se dirigió a ella y le dijo:

—¿Le gusta, Silvia?

—Mucho. No solo es el cuadro, es lo que siento cuando estoy cerca de él. ¿Cómo sabe mi nombre?

—Lo pone detrás del cuadro, y viendo con el amor y emoción que lo miraba, sabía que tendría que ser usted.

—Pero llegué tarde, está vendido; de nuevo vuelvo a perderlo, estando tan cerca.

—Se equivoca, esta vez no llega tarde, lo adquirió su marido para usted. —Giró la mirada hacia

él y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Gracias, cariño, hoy me hiciste la mujer más feliz del mundo.

—Gracias a ti, esto no es nada comparado con los años de felicidad que tú me has regalado; recuerda que Lucía, siendo una niña, te hizo una promesa, pues acaba de cumplirla.

—Hija, sabía que si alguien lo encontraría algún día, serías tú.

—Mamá, pero fue gracias a Ariel. —Se la presenté y le dio las gracias—. Me mandó hace una semana una fotografía, sabía que era tu cuadro, se lo dije a papá y planeamos el viaje, no para ver mi vestido de novia, sino para que te reencontrases con tu cuadro de margaritas. —Se acercó Bea, que había estado grabándolo todo.

—Felicidades, Silvia, estás estupenda, cada día más joven y más guapa.

—Gracias, Bea, tú estás guapísima. —Dio las gracias a todos, les dijo que no solo se llevaba su cuadro de margaritas, sino millones de recuerdos ya casi olvidados de su vida en París.

30. UN ENCUENTRO CASUAL

—Ahora mismo es como si viera al señor de barba blanca pintando el cuadro, mirándome y sonriéndome, cierro los ojos y siento tanto amor a mi alrededor, el olor a café recién hecho, las manos de mamá acariciando mi pelo, veo venir a papá a lo lejos cuando me recogía todas las tardes a la puerta del colegio. —Los miró a todos—. Gracias por devolverme mi pasado; soy tan feliz en este momento.

—Mamá, Elena también lo sabía, por eso le dio tanta pena no poder hacer este viaje con nosotras, pero Bea lo ha grabado todo. ¿Recuerdas cuando yo era una niña? Te decía que algún día lo encontraría y que volvería a ti, pues aquí lo tienes. —Miré a Ariel—. Aunque en realidad todo el mérito no ha sido mío, sino de ella; gracias.

—Gracias a ti, amiga. Decía mi abuelita que lo que pertenece a uno volverá antes o después, y aunque hayan pasado muchos años, el puzle de la vida ha ido encajando sus piezas para que el sueño se convierta en realidad. Silvia, ahora estará donde debió estar desde hace mucho tiempo.

—La última vez que lo vi, siendo una niña, estaba en un escaparate; el señor de la tienda me dijo que lo había pintado su hermano, soñé tantas veces con este momento.

—Pues después ha estado mucho tiempo en una buhardilla, guardado en una caja, junto con los demás cuadros de la exposición.

—Mamá, creo que esto se merece una celebración, nos iremos todos a cenar. —Me acerqué a Ariel—. ¿Conoceremos esta noche a quien ha conseguido que esos ojos tengan un brillo aún más especial?

—Sí, claro, no creo que tarde en llegar.

Pasados unos minutos, llegó Alan, se acercó a Ariel y la besó en la mejilla. Fueron hacia donde estaban todos y lo presentó; era muy extrovertido. Al momento era como si los conociera de siempre. Ariel debía ocuparse junto a Michael de los demás invitados. Era tan especial aquel lugar, se respiraba tanta paz a pesar del bullicio, era perfecto para Ariel, ya que las personas hacen que los espacios sean más o menos confortables por la energía que desprenden, y allí se respiraba mucha paz. Bea seguía grabando, nos hizo una señal y nos acercamos Ariel y yo.

—Amigas, aunque falte Diana, hagamos un brindis las tres por este momento único. —Unieron las copas—. ¡Por nosotras! —Se acercó entonces Alan.

—Creo que me estoy perdiendo algo.

—Cosas de amigas, Alan —le dijo Ariel—, y aún te falta por conocer a Diana, pero tiene un bebé y no ha podido venir.

Ya eran más de las nueve, casi todos los invitados se habían marchado, cuando entró una señora:

—Discúlpenme, pero acabo de ver en el periódico que hoy había aquí una exposición de cuadros de mi padre. ¿Les importaría si los veo? Será solo un momento.

—No sabía que tuviera una hija —le dijo Michael—, pero pase, tómese su tiempo. Ariel, ya cierro yo, id a cenar.

—Te esperaremos, Michael; esta noche cenarás con nosotros. Estaremos en el restaurante de Philip.

—No se preocupe, me iré y vendré en otro momento. Ya es tarde, no he debido venir.

—No importa, me esperaré; de acuerdo, ahora iré, Ariel. —Se quedaron los dos solos, fue viendo los cuadros y se detuvo frente a uno.

—Ella es mi madre, qué hermosa está, ¿verdad? No llegué a conocer a mi padre. Cuando apenas tenía cuatro meses, mi madre volvió a Londres conmigo, mi abuela enfermó —ya sabe, una larga enfermedad—. Ellos se siguieron escribiendo, mamá le mandaba fotos mías, según me contó años después, pero un día dejó de recibir cartas, sospechó que algo ocurría, tenían un amigo en común, le escribió a la última dirección que tenía de él, preguntándole si sabía algo de mi padre, pero no recibió respuesta, creo que pasó cerca de un año cuando llegó una carta, le decía que sentía no haber contactado antes con ella, que había estado viajando por Estados Unidos, que sentía mucho comunicarle que François había fallecido hacía más de un año. Mi madre nunca conoció a nadie de la familia de mi padre, no tenían buena relación, no entendían la vida bohemia que llevaba, sé que el tiempo que estuvieron juntos fueron muy felices; aunque él era mucho mayor que mamá, siempre me dijo que fue su amor, ese que nunca olvidas, ese que te despierta cada mañana con una sonrisa perfilada en tu rostro. —Hubo un silencio—. En fin, le estoy aburriendo con mi historia. Muchas gracias por dejarme ver sus cuadros; no le molestaré más.

—No es ninguna molestia —le contestó Michael— y para nada me aburrió su historia, sé de alguien que puede hablarle de su padre; acompáñeme.

—Debo volver a casa; además, es una cena de amigos.

—A la mayoría de ellos los conocí esta noche. Dígame, ¿alguien le espera en casa?

—No, vivo sola.

—Entonces espere, cierro y nos acompañará, y así sabrá algo más de su padre.

—Es de los que no acepta un no por respuesta, ¿cierto?

—Así es, tan solo es un intercambio, yo me esperé para que viera los cuadros de su padre y ahora me acompaña a cenar; a todo esto, creo que no me he presentado, me llamo Michael.

—Encantada, mi nombre es Lara, llevo el apellido de mi padre. Aunque no llegaron a casarse, él me reconoció como hija suya. Además, según me contaba, el poco tiempo que estuve con él, me adoraba, debió de sufrir mucho cuando nos tuvimos que venir, aunque mamá siempre pensó en regresar cuando la abuela se recuperara, pero eso no sucedió, fue una enfermedad muy dura.

—¿Sabe qué creo? Que los dos necesitamos una copa; vayamos a reunirnos con los demás.

Llegaron al bar, lo estaban esperando.

—Michael, vienes acompañado; pues pondremos otra silla, —dijo Ariel.

—Me parece perfecto. Os presento a Lara, nos acompañará también a la cena. Creo, Silvia, que deberías contarle algunas cosas que recuerdes de su padre, ya que ella no tiene ninguna imagen de él, ni tan siquiera una fotografía; se vino a Londres cuando apenas tenía cuatro meses.

—Me encantaría. ¿Por dónde empezamos, Lara?

Se sentaron juntas y se pusieron a hablar. Se veía como se le iluminaba más la mirada con lo que le contaba Silvia. Michael no hacía más que mirarla, la veía tan frágil, se dio cuenta de que había muchas personas como él, que de una o de otra forma también habían sufrido, y por primera vez pensó en que la vida sigue, la suya se detuvo aquella mañana fría de febrero, una parte de él se fue con ella y otra quedó deambulando por las calles de la ciudad sin rumbo, pero de alguna forma,

haberla escuchado hablar, oír su historia, era como si lo hubiera despertado a la vida. Fue una velada muy agradable; sus miradas se cruzaron varias veces y se sonrieron. La cena terminó cerca de las doce, se estuvieron despidiendo, Silvia y Lara intercambiaron sus números de teléfono, Ariel, Bea y yo decidimos perdernos en la noche londinense con nuestros chicos; fuimos a un club de moda, Funky Buddha, en pleno corazón de Mayfair. Mis padres regresaron al hotel. Michael se acercó a Lara y le preguntó:

—¿Vives cerca de aquí?

—No, llamaré a un taxi.

—De eso nada, tengo el coche en el aparcamiento, te acompañaré, no tardaré nada.

—Creo que ya hiciste suficiente por mí, en serio, no quiero molestarte, seguro que te esperan en casa; llamaré a un taxi.

—Nadie me espera, Lara, no tardaré. —La acompañó a casa y antes de bajarse del coche le dio una tarjeta.

—Lara, me ha encantado conocerte, espero volver a verte.

31. LA DESAPARICIÓN DE DIANA

La exposición estaba siendo todo un éxito. En menos de tres semanas, se habían vendido casi todos los cuadros. Michael ya se lo había enviado a Silvia y ya estaba en su casa en el lugar que le correspondía; de Lara no había vuelto a saber nada, cada vez que sonaba el teléfono, esperaba que fuera ella, pero un día, cuando salió de trabajar, cogió el coche y fue hasta donde vivía y se sentó en un café que había frente a su portal, con la esperanza de verla, pero después de una hora esperando pensó qué hacía allí. Si no le había llamado, sería porque no le interesaba verle y regresó a su casa, una casa vacía, llena de recuerdos; nunca fue capaz de dar la ropa de Eloise, sus maquillajes, sus joyas, todo seguía en el mismo lugar donde ella lo había dejado; sabía que era un error, pero cada vez que intentaba meter sus cosas en cajas, un sentimiento de culpabilidad le inundaba. Pero aquella noche se sintió tan solo que decidió dar un giro a su vida. Empezó por vaciar los armarios llenos de sus ropas, guardó las joyas en la caja fuerte, y todo lo que había de ella personal, perfumes, maquillajes, todo fue a la basura, metió la ropa en varias bolsas y por la mañana llamaría para que la recogieran. Cuando terminó, se fue a la ducha, lloró como un niño y pensó: «Lo siento, cariño, pero es hora de volver a la vida, sé que te alegrarás de la decisión que he tomado». Después de que falleciera Eloise, hubo algunas mujeres en su vida, pero algo esporádico, nadie en especial, no sabía por qué Lara había cautivado su corazón desde el primer instante que la vio; esos ojos llenos de ternura observando el cuadro de su madre, lo miraba con tanto amor que decidió en ese instante que al día siguiente, cuando llegara al trabajo, lo retiraría de la exposición, porque debía ser para ella; se lo enviaría por la mañana. Cuando se levantó, llamó por teléfono a una parroquia que repartía la ropa a personas necesitadas para que vinieran a recoger las bolsas; les dijo que las dejaría en la portería, y habló con Joseph, el portero.

—Buenos días Joseph, a lo largo de la mañana, vendrán a recoger estas bolsas.

—No se preocupe, señor, estaré atento, que pase un buen día.

—Igualmente.

Decidió irse andando al trabajo, no tenía prisa, telefoneó a Ariel y le comentó que llegaría más tarde; le dijo que no se preocupara, que acababa de abrir, él necesitaba caminar, que le diera el aire fresco de la mañana, cruzó por el parque que había cerca de su casa, no sabía por qué, pero se sentía un hombre nuevo, hacía mucho tiempo que no disfrutaba de un paseo matinal, siempre iba en el coche; disfrutó del olor a tierra mojada, de los colores que le ofrecía la ciudad y llegó al trabajo con una sonrisa.

—Buenos días, Ariel, quiero que embales este cuadro, lo quito de la exposición; por favor, ponle esta dirección. Pero no sé el piso que es exactamente, lo enviaremos por transporte urgente; mejor, antes de hacer nada, llámalos y coméntales que no sabemos el piso que es, pero que solo hay cuatro o cinco viviendas; a ver qué nos dicen.

—Ahora mismo llamo, pero antes quería comentarte que llamaron desde Francia para preguntar qué tal van las ventas. Les dije que aún no habías llegado, me dijeron que llamarían más tarde, pero, Michael, en realidad, la heredera de estos cuadros es Lara, es la única hija que tuvo; lleva sus apellidos.

—Yo también lo he pensado, me gustaría hablar con ella, quiero dejarle una nota antes de que termines de embalar el cuadro. Yo no puedo hacer nada, si ella no lo reclama y creo que no lo hará, por eso quiero regalarle este cuadro, me dijo que la señora que está pintada era su madre; es una forma de tener a sus padres cerca, debemos darnos prisa.

—Ahora mismo lo haré. —Mientras Ariel llamaba, él fue hacia su despacho, empezó a guardar los objetos que había de Eloise, lo empaquetó todo y lo bajó a una especie de almacén que tenía en el sótano, hasta el cuadro que había en una de las paredes de su despacho; siempre le encantó la sonrisa que tenía en ese cuadro Eloise, pero mirarlo le hacía volver al pasado.

—Michael, me han dicho que sin problema, y como te he visto tan ocupado, ya está casi embalado, solo tienes que darme la nota, pasarán en menos de media hora a recogerlo.

—Dame unos minutos, Ariel. —Se puso a escribir la nota; por primera vez en mucho tiempo, se sentía vivo y ya no quería perder más tiempo.

En el otro extremo de la sala de exposiciones, estaba Ariel mirando el móvil, había recibido un *whatsapp* del grupo de amigas que le había enviado; y es que yo estaba preocupada.

—Hola, chicas, ¿sabéis algo de Diana? Hace varios días que no se conecta, no contesta al WhatsApp, llamé a su casa en varias ocasiones y a diferentes horas, incluso anoche a las once, no sé qué ocurre, pero estoy preocupada; respondedme, por favor.

—Hola, Lucía, llevo días tan liada que no hice mucho caso al teléfono, pero la verdad es que todo es muy extraño; ahora no puedo hablar, pero a las doce me conecto de nuevo. Si sabes algo, coméntanoslo.

—No te preocupes, hablamos más tarde.

Ariel siguió con su trabajo, Michael le dio la nota en un sobre, la pegó detrás del cuadro y terminó de embalar, vinieron a recogerlo y le aseguraron que se entregaría a lo largo del día. Ariel salió a las doce a comer, había quedaba con Alan, como hacía cada día desde que se conocieron.

—Alan, estoy preocupada, no sabemos nada de Diana desde hace varios días; necesito conectarme al WhatsApp un momento, esta mañana nos dijo Lucía que había intentado ponerse en contacto con ella, llamando a su casa a diferentes horas, pero nada, no contesta.

—Tranquila, yo iré pidiendo la comida, ya sé tus gustos; mientras, habla con ella. —Cogió el móvil y vio que ya se había conectado Bea.

—Chicas, ¿qué ocurre? Lucía, ¿has sabido algo?

—Hola, Bea, yo también estoy preocupada, es raro que no conteste al teléfono de casa, a ver qué nos dice Lucía.

—Nada, sigue sin contestar, si hoy a lo largo del día no dice nada, mañana me voy para Granada; me deben varios días en el trabajo, mañana nos iremos Miguel y yo.

—Mantengamos la calma —dijo Bea, no sé, puede que perdiera el teléfono.

—Sí, eso pensé yo también, por eso la llamé a casa, pero nadie contesta, ni la chica que cuida de la pequeña, no quiero alarmaros, pero algo ha sucedido; me llama mi jefe, ahora debo seguir trabajando, esta noche hablaremos de nuevo.

—Hasta la noche, Bea, ¿nos vemos a las siete?

—Quedamos donde siempre, Ariel; Lucía, hablamos más tarde.

Ariel miró a Alan y, con cara asustada, le dijo:

—Algo sucede, qué fastidio estar tan lejos.

—Habla con Michael, dile lo que ocurre y que te dé la tarde del viernes y el sábado; si te dice que sí, esta misma tarde buscaré un vuelo.

—De acuerdo, si Michael me da esos dos días, se lo diré a Bea esta tarde, espera a sacar los vuelos a esta noche, igual Bea quiere venir.

—De acuerdo, ahora comamos, que se nos va a enfriar.

—Qué rico, mi plato favorito; gracias, cariño.

—¿Gracias por qué?

—Por ser tan especial conmigo.

Michael estaba esperando que llegara Ariel para salir a comer, cuando recibió una llamada.

—Sí, dígame. —Y una voz entrecortada respondió:

—Hola, soy Lara, acabo de recibir el cuadro, muchas gracias, pero no puedo aceptarlo.

—¿Por qué no? Está donde debió estar siempre, en tu casa, es más, tú eres la heredera legítima, debes hablar con tus primos; en realidad, te pertenecen todos los cuadros, está vendida casi toda la colección, ese dinero te pertenece.

—Gracias, pero ellos tenían esos cuadros en su poder, no saben de mi existencia, las cosas deben quedar tal y como están.

—¿No te gustaría conocerlos? La decisión es tuya si no quieres coger el dinero, pero sí deberían saber de ti.

—Si quieres decírselo, no me importa, pero diles que no quiero nada, solo si ellos tienen en su poder las cartas que le escribió mi madre; me encantaría tenerlas y algo personal de él, solo eso, nada más, y muchas gracias por el cuadro, no sé cómo podré agradecerte el detalle que has tenido al regalármelo sin apenas conocerme.

—Yo sí lo sé; ¿cenarías esta noche conmigo?

—Pues no sé —se quedó titubeando—. ¿A las ocho es buena hora?

—Estupendo, Lara, te recogeré a esa hora. —Se despidieron y a Michael se le dibujó una sonrisa.

Ariel llegó al trabajo y vio a su jefe eufórico y sonriendo.

—Me voy a comer, Ariel, ¿pero me podrías hacer un favor? —Le dio una tarjeta de un restaurante—. Resérvame para hoy a las ocho y media una mesa para dos.

—Ahora mismo, Michael. Antes de irte quería hablar contigo, sé que no es buen momento y si no puede ser lo entenderé, pero ¿podrías darme la tarde del viernes y el sábado libre? Mi amiga Diana, la que vive en Granada, no sabemos nada de ella, ha desaparecido, estamos preocupadas y quería viajar mañana hasta allí.

—No hay problema, Ariel, debes ir, solo espero que no sea nada grave.

—Muchas gracias, ahora mismo te reservo la mesa.

Yo mientras seguía insistiendo, llamaba a casa de Diana, pero no contestaba nadie. Reservé una habitación de hotel en Granada para esa misma noche; no esperaría hasta el día siguiente. Llamé entonces a Miguel.

—Cariño, me voy para Granada esta tarde cuando salga de trabajar; me dieron estos dos días.

—Estoy aquí con tu padre, se lo diré, me iré contigo, son muchos kilómetros.

—Saldremos a las siete, estoy muy preocupada, me estoy temiendo lo peor.

—Tranquila, verás como no es nada. Lucía, haz mi maleta, así me quedaré aquí a comer y adelantaré trabajo.

—Te recogeré entonces en el trabajo.

Ariel se fue al *pub* cuando salió de trabajar y allí estaban esperándola Bea y Javier.

—Hola, ¿cómo estáis?

—Preocupados, ¿leíste el *whatsapp*? Lucía sale para Granada ya.

—Sí, de eso quería hablar con vosotros. Alan y yo nos vamos mañana por la tarde, estábamos esperando para coger un vuelo, porque quería comentároslo por si os veníais.

—Hemos pensado lo mismo; iremos.

—Pues se lo diré a Alan, que aún estará en la oficina, que reservé el vuelo y el hotel. —Llamó a Alan, le dio los datos y le dijo que hiciera la reserva para los cuatro.

—Ok, nos vemos ahora, llegaré en media hora. Bea, tengo un presentimiento, algo no va bien.

—Ariel, mañana saldremos de dudas, y con un poco de suerte esta noche.

Cara y cruz. Bea y Ariel, muy preocupadas por la desaparición de su amiga, y al otro lado de la ciudad, Michael se sentía feliz. No quería hacerse ilusiones, no sabía nada de Lara, solo lo que ella le contó el día de la inauguración, pero nadie excepto su esposa le había hecho sentir tan bien y con tantas ganas de vivir. La recogió a las ocho, estaba preciosa, fueron a cenar a un restaurante del centro de la ciudad, era un sitio acogedor, se pasaron toda la cena hablando de ellos; para ninguno de los dos la vida fue fácil, a Lara la abandonó su marido a los diez años de casada.

—Lo pasé muy mal, estaba muy enamorada, pero ahora, con el paso del tiempo, me doy cuenta de que fue lo mejor que me pudo suceder; éramos tan diferentes y veíamos la vida tan distinta, él era como un niño grande, el eterno soñador. Si quería la luna, no entendía por qué no podía alcanzar a cogerla; yo, por el contrario, siempre con los pies en la tierra, me sentí tan engañada y desilusionada que dejé de confiar en los hombres y me dediqué a mi trabajo en cuerpo y alma. Me di cuenta el otro día, después de ver los cuadros de mi padre y de la cena, que hacía tanto que no salía y lo pasaba tan bien. Perdí muchos años de mi vida, aún tenía en mi casa cosas suyas, hasta la mayoría de los muebles los había elegido él. Aquella mañana, cuando me levanté, tomé la decisión, daría un cambio radical a mi vida, lo di casi todo y estos días se puede decir que no solo renové los muebles, sino también mi vida. La verdad es que estuve tentada de llamarte varias veces, pero cuando estaba marcando colgaba; ya ves, a veces me puede la timidez y el miedo, me hicieron daño una vez y no quiero volver a pasar por lo mismo.

—Te entiendo, Lara, yo también me encerré en mi trabajo, sufrí tanto con el fallecimiento de mi esposa siendo tan joven que no quería volver a sufrir y, como tú, el día que te conocí decidí dar un cambio en mi vida. Ya ves, cosas del destino, yo no quiero hacerte daño, quiero que nos conozcamos y el tiempo dirá, si tú estás de acuerdo, claro; demos una oportunidad a nuestras vidas, el destino cruzó nuestros caminos, dejémonos llevar.

—Pues creo que por primera vez en mi vida me dejaré llevar, Michael.

Llegué a Granada muy tarde, pero decidí antes de ir al hotel pasar por casa de Diana; sabía que podía asustarla si estaba dormida, pero decidí llamar.

32. UN LIBRO Y DOS CARTAS

Llamé varias veces, pero no hubo respuesta. Miguel y yo llegamos al hotel; nos esperaba un fin de semana duro. Ya sabía que al día siguiente llegarían mis amigas por la tarde, pero me levantaría temprano y volvería de nuevo a casa de Diana, preguntaría a los vecinos e intentaría averiguar dónde vivía Sandra.

—Miguel, una persona no puede desaparecer así, sin más.

—¿Qué sabíais del padre de su hija?

—No mucho, lo que ella nos contó, pero le tenía miedo, hace semanas nos dijo que igual tendría que desaparecer, pero no pensé que hablaba en serio; además, nos lo habría dicho, pero este silencio, como si se la hubiera tragado la tierra.

—Bueno, descansemos ahora, cariño, que mañana nos espera un largo día.

A la mañana siguiente, nos levantaron temprano, bajamos a desayunar al hotel y fuimos a casa de Diana. Volvimos a llamar, pero no hubo respuesta; preguntamos a algún vecino, decían que apenas la conocían y que no sabían cuándo la habían visto por última vez. Frente a su casa, había un pequeño supermercado, pensé que allí seguro que la conocían, que habría comprado alguna vez.

—Hola, señor, no sé si podrá ayudarme, busco a una amiga que vive en el piso de enfrente, tiene un bebé, imagino que alguna vez habrá comprado aquí, se llama Diana, y con ella trabajaba una chica que se llama Sandra; soy amiga suya, llevo varios días sin saber de ella y antes de ir a la policía, estoy preguntando por si alguien la ha visto.

—¿Me dice su nombre?

—¿Mi nombre? Me llamo Lucía.

—¿Y sus amigas?

—¿También necesita saber el nombre de mis amigas?

—Sí, el nombre de sus amigas.

—¿Se refiere a Bea y Ariel?

—Sandra me dijo que si venía alguien preguntando por ella o por Diana, que solo le diera la información que me facilitó si me daba los tres nombres que acaba de darme. Me dijo que estaría todos los días de dos a dos y media en los jardines de la Alhambra.

—¿Pero ha ocurrido algo?

—No lo sé, señorita, pero yo llevo varios días sin ver a Diana y a la pequeña; vayan allí, es lo que puedo decirles.

—No sé, Miguel, esto cada vez es más raro, creo que lo mejor sería ir a la policía.

—Esperemos a las dos; si no conseguimos hablar con ella, iremos a la policía.

—De acuerdo, esperaré hasta las dos.

Pasamos la mañana de un lado a otro, sin rumbo fijo, deseando que dieran las dos, fueron horas

interminables, hablé por WhatsApp con Bea y con Ariel diciéndoles lo que sucedía.

—Tranquila, Lucía, nos veremos esta tarde; esperemos tener buenas noticias —dijo Bea—. Hablamos y nos cuentas cuando lleguemos, al final salimos a las dos y media, no había otro vuelo, nos quedamos en el hotel Don Juan, creo que está por el centro.

—Nosotros estamos en el hotel Gran Vía; cuando lleguéis, avisadnos.

—De acuerdo, hasta la tarde.

A las dos en punto estábamos en los jardines de la Alhambra. Estaba tensa, nerviosa, no sabía qué nos podría contar Sandra.

—Hola, Lucía, ella sabía que vendríais, yo no tenía forma de contactar con vosotras; no me dejó ningún teléfono.

—Pero, dime, ¿ella está bien?

—Sí, ahora sí, han sido días muy duros.

—Son las dos. Vayamos a comer algún lugar que haya cerca de aquí y nos cuentas.

—De acuerdo.

Fuimos a comer a un restaurante que estaba cerca de los jardines y Sandra comenzó a contarnos.

—Hace más o menos diez días, me dio un sobre y me comentó que únicamente lo abriese si desaparecía, no antes, tuve que prometerle que no iría a la policía. Entonces yo le pregunté de qué hablaba y me dijo que no le hiciera preguntas, que no tenía respuestas, que solo guardara este sobre y quería que recordase una palabra: *amistad*. Si me preguntaban, debía decir *amistad*; descubriría su significado cuando tuviera que utilizarla, me dijo que era fácil.

»El lunes fui a trabajar, como cada día, a las nueve de la mañana, pero no estaba; imaginé que habría salido, esperé, pero no supe nada de ella en todo el día, no sabía qué hacer, no me moví de la casa, estuve ordenándola; miré en los armarios, no faltaba ropa, lo que sí me llamó la atención es que la foto que tenía en su mesilla en que estabais las cuatro había desaparecido, no estaba.

»Como os decía, volví a mi casa, eran más de las ocho, estaba tan preocupada que no sabía qué hacer, decidí esperar y, a la mañana siguiente, volví de nuevo, pero ya me llevé el sobre. Si no estaba, lo abriría. Entré llamándola y nadie contestó, la casa estaba tal y como yo la dejé, decidí abrir el sobre y había escrito un número de teléfono, pensé que sería de ella, que tendría otro número, pero me contestó una voz masculina. Colgué pensando que me había equivocado, volví a llamar y de nuevo la misma voz. Saludé sin saber con quién hablaba; le conté que me habían dejado ese número al que tenía que llamar, me preguntó que como me llamaba, le dije que Sandra, entonces me contestó que necesitaba que le dijera una palabra para poder hablar conmigo. Era todo tan extraño, pero recordé las palabras de Diana cuando me dio el sobre; le dije *amistad*, y comenzó a decirme lo que debía hacer. Tenía que ir a una librería que se llama Hadas y Elfos y que está en el centro de la ciudad, tenía que llevar mi DNI y dárselo al señor mayor; entonces, me colgó el teléfono. Cogí las llaves y me fui hasta la librería, no me quedaba muy lejos. Cuando entré solo vi a un chico joven, le dije que iba buscando a un señor mayor, me dijo que esperara un momento, no tardaría en llegar, que era su padre y que había salido a tomar un café, no comprendía nada, pero todo esto me llevaría a entender qué estaba sucediendo. Mientras esperaba, estuve viendo algunos libros antiguos que tenía en las estanterías, se acercó el chico joven y me dijo que su padre acababa de llegar, me dirigí a él y le dije que me llamaba Sandra y le di el carnet; me contestó: «Tengo algo para usted». Me dio un paquete pequeño, del tamaño de un libro, lo miré y pregunté que debía hacer con eso. «Es para usted, pero no lo abra aquí, guárdelo en el bolso y ábralo cuando llegue a su casa». Hice lo que me dijo, me fui hacia la parada del autobús y esperé a llegar a casa y abrirlo. Era un libro, pero dentro había dos cartas,

una para mí y otra que ponía *Lucía, Diana y Bea*, que la tengo aquí; lógicamente, abrí solo la mía, y estos días esperaba que vinierais para daros la vuestra. En la mía pone poca cosa, que le había encantado conocerme, que me echaría de menos y solo si yo quería, sin ningún compromiso, que me daríais unas instrucciones que están escritas en vuestra carta, pero que no le debía nada, que solo lo hiciera si yo quería y que junto a la carta os diera el libro. Aquí tienes la carta y el libro.

—Pues Sandra, si no te importa, esta tarde llegarán Bea y Ariel y prefiero abrir la carta cuando estén ellas. Déjame tu número de teléfono y te llamaremos; no sé qué sucede, espero que nos lo explique en la carta, pero estoy muy preocupada.

Terminamos de comer y nos despedimos de Sandra hasta el día siguiente, cuando volveríamos a quedar. Volvimos al hotel a esperar la llamada de Bea y Ariel. Mientras esperaba, le eché un vistazo al libro, había subrayado algunas frases que no tenían sentido para mí, pero pensé que quizás al leer la carta encontraría el significado.

33.

EN EL LIBRO ESTÁN LAS CLAVES, BÚSCALAS

Bea me llamó y quedamos en reunirnos las tres amigas en media hora en el bar del hotel donde me hospedaba. Cuando nos vimos, nos abrazamos. Comencé a explicarles todo lo que me había contado Sandra.

—Ahora solo nos queda saber qué ocurre; creo que en la carta nos lo explicará. —Abrí la carta y comencé a leerla.

Queridísimas amigas: ante todo, pediros perdón por no haberos contado la verdad. Imagino que estáis las tres —y antes de nada quiero daros las gracias por vuestra amistad y vuestro apoyo incondicional—. Os estaréis preguntando dónde estoy; pues mientras escribo esta carta, ni yo sé qué va a pasar con mi vida, puede ser que quizás nunca tengáis que leerla, pero si no es así, es porque tomé la decisión de ir a la policía y contar la verdad. Cuando la estéis leyendo, seré un testigo protegido, ya sabéis, una nueva identidad, dejaré de ser Diana y ni tan siquiera sé cómo me llamaré, solo sé que mi pequeña debe tener una vida tranquila y con seguridad.

¿Recuerdas, Bea, cuando nos conocimos en el tren? Es cierto que mi idea era viajar al norte, allí él no me buscaría, me tuviste que pagar hasta el billete, porque me había confundido de tren y no llevaba más dinero; quería irme cuanto más lejos, mejor, me había enamorado de la persona equivocada. Nos conocimos una noche en un bar, era simpático, me hacía reír, es cierto que fue en Londres donde nos conocimos, pero a los dos meses volvimos a España y también es cierto que soy licenciada en Bellas Artes, pero las personas a veces no son lo que parecen y él me mintió; se dedicaba a vender drogas a gran escala, solo que yo no lo sabía. Cuando lo descubrí, ya era demasiado tarde; una noche llegó a casa con la camisa llena de sangre, me dijo que le habían dado una paliza, pero no le vi ni un solo rasguño. Al día siguiente, venía en el periódico que cerca de casa había habido un tiroteo y que había fallecido una persona, un traficante de drogas, según parecía era un asunto de bandas rivales, sé que debí ir a la policía, pero tuve miedo y además no estaba segura y salí huyendo. Cogí el poco dinero que había en la casa, hice mi maleta con cuatro cosas y el cuadro que siempre va conmigo, que ahora también llevaré en este viaje, junto con la foto que tengo de las cuatro. Ya que no podré estar con vosotras, por lo menos os veré cada día. Con el tiempo, dio conmigo; cuando le dije por qué me había ido, me dijo que estaba loca, que eso eran fantasías mías y consiguió convencerme, pero un día después de tres semanas conviviendo juntos, le escuché una conversación, él pensó que dormía y no, no estaba loca, su vida sí era una locura, estaba mandando a uno de los suyos a dar una paliza a alguien, me levanté, hice su maleta y le dije que no quería volver a verlo, que desapareciera de mi vida, me llamó loca y muchas cosas más, pero aquello se había acabado. Llamé para que me pusieran una cerradura nueva y de nuevo desapareció de mi vida y, a las pocas semanas, fue cuando descubrí que estaba embarazada, no sabía qué hacer, pero pensé que era algo bueno aunque el padre no fuera la persona correcta; la

criaré sola y le enseñaré valores importante, los mismos que me enseñaron a mí y sería una gran persona, pero ya veis, nada dura eternamente y hace poco volvió a aparecer, comenzó a amenazarme, las llamadas no cesaban, quería quitarme a la niña, me dijo que la raptaría y se la llevaría lejos, donde yo no la encontraría jamás, y eso no podía consentirlo, no quise deciros nada de las llamadas para no preocuparos, mi hija no podía crecer ni relacionarse con un asesino y una mañana me levanté, planeé cómo haría las cosas para que él no pudiera enterarse de nada, debía desaparecer, no sabía si para siempre o durante un tiempo, pero no me podía ir sin deciros nada, y una vez que entras en el programa de testigos, no puedes comunicarte con nadie de tu pasado; por eso, antes de ir a la policía, pensé cómo hacerlo para que os llegara mi carta y el libro, que es clave. Espero que lo entendáis, tenía que hacerlo así, porque sabía que él seguía todos mis pasos, no me fiaba de dejaros nada en mi casa por miedo a que entrara, por eso he preferido hacerlo de esta forma. No le resultaría raro verme en una librería, sabía que me encantaba leer; por cierto, compré el mismo libro que os dejé a vosotras, tenía que salir con un libro de allí, sabía que me vigilaba, no ha sido el arrebato de un día, todo está bien estudiado, para que nunca os pueda relacionar conmigo; ahora quiero, Bea, que recuerdes dónde estaban guardadas las joyas de mi abuela, quiero que vayas a mi casa, en el antiguo escritorio os dejé una llave que abre un apartado de correos, allí hay dinero, quiero que lo ingreséis en mi cuenta; con ese dinero, se cobrarán los gastos de la casa, el resto lo guardé, me gustaría que Sandra se ocupe de limpiarla y mantenerla bien; por eso, debajo de donde está la llave hay un dinero que se le irá ingresando todos los meses por cuidarla si ella quiere vivir allí, decidle que no me importa, pero hay un documento que debe firmar por si algún día yo regreso, y quiero que ese documento se guarde en la caja de seguridad, solo que me encantaría no faltar a mi palabra y veros una vez al año y para eso os dejo el libro, espero que lo entendáis, siempre os llevaré en mi corazón, mi más preciado tesoro sois vosotras y vuestra amistad junto con mi pequeña; si estáis leyendo esta carta es que fui a la policía a contar todo y a partir de ahí, no sé qué será de mí, espero que hallen pruebas y pase una larga temporada en la cárcel, os deseo lo mejor, que seáis muy felices y, tranquilas, antes de dar este paso ya cuento con un buen abogado y hago lo que él me ha aconsejado; claro que tampoco sabe nada de esta carta, ni del libro, no me hubiera dejado, solo os pido que una vez leída la carta la queméis, el libro no hace falta, espero que descubráis lo que quiero deciros que no puedo escribir en esta carta por miedo. Amigas para siempre, aunque nos separe un abismo. Os quieren Diana y Miriam.

P. D.: Bea, te deseo lo mejor, al igual que a ti, Lucía, el día de vuestras bodas, a las que no podré asistir con dolor de mi corazón, y a ti, Ariel, que sigas tan feliz con Alan como hasta ahora. Yo con tan solo seguir cada día al lado de mi pequeña, que es la que me hace sonreír cada mañana, seré feliz. Solo una cosa más: no os preocupéis por mí, sé que estaré bien, os quiero muchísimo, gracias por este tiempo que habéis compartido junto a mí y tened claro que mi pequeña sabrá quiénes son sus hadas madrinas, le hablaré cada día de vosotras. Os quiero.

Nos miramos las tres amigas; las lágrimas corrían por nuestras mejillas.

—Creo que es lo mejor, seguro que es feliz y, sobre todo, vivirá sin miedo.

—Y ahora nos toca descubrir qué quiere deciros —comentó Ariel—. Dice que en libro está la clave; ¿cómo se titula?

—*¿Qué le ocurrió a Irene Luján?* (Marisol Gallardo), parece una historia de suspense.

—Me encantan las historias de suspense, intentaré averiguar qué nos quiere decir; le diré a Alan que me ayude.

—Ariel, hay algunas frases subrayadas y, al final del libro, una especie de jeroglífico con números.

—Eso dejádmelo a mí, Javier es un *crack* para eso —comentó Bea—. Ella seguro que ha pensado en una ciudad y un lugar determinado, pero no entiendo por qué no lo dejó dicho en la carta.

—Pues por miedo a que él diera con la carta, y el libro sabe que nunca lo descifraría, pero nosotras sí; nos conoce bien, ella intentará ir por todos los medios y debía asegurarse de que quienes estuviéramos allí, seríamos nosotras; amigas, se lo debemos, vamos a descifrarlo.

—Estoy deseando ponerme a leer el libro y sacar significado a las frases.

Bea copió el jeroglífico en un papel y se lo llevaría a Javier, decidieron ir a descansar al hotel, volverían a reunirse para cenar.

Subí a la habitación y le conté a Miguel lo que había sucedido, me costaba quemar la carta, pero debía hacerlo, es lo que había pedido Diana. Bea, una vez en el hotel, le dio el jeroglífico a Javier, y Ariel comenzó a ojear el libro; cogió un boli y fue apuntando las frases y enumerándolas:

1. Café, me encantaba hacerlo en las cafeteras antiguas.
2. Miré el reloj y pasaban dos minutos de las 10:30.
3. Surge algún problema, me llames a la hora que sea.
4. ¡¡¡Las llaves!!! Buscó en los bolsillos, recordó que las había dejado en la guantera del coche.
5. No hables de esto con nadie, quiero que mi hija tenga una infancia como la de cualquier niño.
6. Encima de la mesa de madera.
7. Raquel subió arriba, cogió de su bolso el móvil y llamó.

—Alan, lee las frases, creo que se quiere poner en contacto con nosotros; voy a llamar a Bea.

—Hola, Bea, ¿averiguó algo Javier?

—Sí, varios números, parecen números egipcios.

—Únelos; ¿podían ser un número de teléfono?

—Me dice que sí.

—Pues dile que los ponga en orden según fue averiguándolos.

—Da este número: 600 12 37.

—Creo que ya lo tengo, quiere comunicarse con nosotros, pero no quiere que sea con nuestros números de teléfonos. Está claro que será el sábado, ella siempre decía que los sábados iba a tomarse un café con su abuela a un lugar donde lo hacían en cafeteras antiguas; ¿lo recuerdas?

—Sí, es cierto, o sea, será los sábados, mañana es sábado.

—Así es, pasado dos minutos de las 10:30. Bueno, seguiré pensando, esta noche en la cena lo hablamos.

Mientras Ariel junto a Alan descifraban el significado de las frases, Bea y Javier miraban de nuevo los números para no equivocarse. Ya en la cena:

—Creo que lo tengo, a ver qué os parece, será los sábados cuando podamos hablar con ella, dos minutos después de las 10:30, pero no desde nuestros teléfonos; ¿ella tenía coche?

—No, creo que no, le preguntaré a Sandra. —Llamé a Sandra y se lo pregunté—. Me dice que no, que siempre iban en su coche cuando iban a comprar o algún lugar más alejado.

—No cuelgues; pregúntale si podemos verla mañana sobre las nueve y, si es así, que nos espere en casa de Diana.

—Me dice que sí. —Se despidió de Sandra—. Está bien, Bea, mañana irás tú a casa de Diana, eres la que sabes dónde está el dinero que debemos ingresar y la llave del apartado de correos; busca alguna mesa antigua.

—Sí, hay una que cuando me quedé en su casa me dijo que era muy antigua, de su bisabuela, que le tenía mucho cariño.

—Pues mira si encima hay un teléfono móvil; si es así, cógelo, pero Sandra no debe enterarse de nada, lo dice bien claro; cuando subas, dile a Sandra que baje, que puede que haya en su coche un anillo que se le debió caer a Diana. Mientras yo busco en el coche, tú, Lucía, hablarás con ella; para distraerla, le diremos que nos lo dice Diana en la carta, que lo buscamos, tenemos que haber terminado antes de las 10:30.

Al día siguiente, quedaron a las ocho y media y se fueron a casa de Diana; cuando llegaron, estaba allí Sandra, subió Bea y le explicó que debía bajar a ver si veía un anillo en el coche, porque no lo encontró antes de irse, que viéramos si estaba ahí.

—Yo no veo nada.

—Yo lo buscaré —dijo Ariel, mientras que yo le contaba lo que quería Diana que hiciese. En realidad, lo que buscábamos era una tarjeta de teléfono que, por lo que dedujimos, estaría en la guantera del coche, pero no la encontraba, levantó la documentación y allí estaba, se la guardó, salió del coche, pues nada, no veía ningún anillo.

—Ariel —dijo Bea—, creo que es este el anillo, lo vi caído en el suelo del dormitorio. —Se lo dio a Sandra y le dijo que ella quería que se quedase con él.

—No puedo aceptarlo.

Lucía miró el reloj, eran casi las diez; se apresuró a decirle a Sandra:

—Era lo que Diana deseaba, dice que fuiste un gran apoyo para ella. Ahora, Sandra, debemos irnos, pero nos gustaría quedar contigo esta tarde, porque debemos concretar; qué te parece si nos vemos donde comimos ayer a las seis.

—Me va bien, perfecto.

—Entonces, hasta la tarde.

—Chicas, encontré la tarjeta; ¿y tú, Bea?

—Arriba estaba el móvil, encima de la mesa. ¿A qué esperamos? —Pusimos la tarjeta dentro del móvil, nos sentamos en una terraza y pedimos un café; Bea sacó el número, ya eran las 10:30.

—Chicas, cruzad los dedos. —Lo marcó, esperó varios tonos y al otro lado del teléfono alguien contestó.

—Hola, chicas, sabía que me buscaríais.

34. UNA LLAMADA DESDE EL CORAZÓN

Pusimos el teléfono en manos libres para poder escuchar las tres la conversación.

—Hola, ¿cómo estáis Miriam y tú? Nos preocupaste, amiga, temíamos lo peor.

—Hola, Bea, tranquila, todo está bien, como debe ser, quería una vida tranquila para Miriam y sabía que con él no la tendría.

—Hola, Diana, soy Lucía, sé que hiciste lo correcto, tenemos puesto el manos libres, estamos las tres.

—Hola, chicas, no os imagináis lo que daría por estar en esa reunión, pero ya veis, las cosas a veces no salen como una planea, y más si das con la persona equivocada, pero no quiero ponerme triste, eso es el pasado, no puedo deciros dónde vivo, tan solo que me gusta, es un lugar precioso, no tengo miedo por quien llame a mi puerta, soy feliz, espero regresar algún día, pero mientras, aquí sé que estaremos bien; a él lo detuvieron y está en la cárcel, cuando sea el juicio tendré que testificar, la verdad es que no me preocupa.

—Bueno, cuéntanos —dijo Ariel—. Tienes trabajo, me imagino.

—Pues sí, un trabajo además que me gusta, pero cuanto menos sepáis de mí, mejor. Antes de nada, quiero daros las gracias a las tres, sabía que iríais, y chicas tan inteligentes sabrían lo que quería deciros, no podía hacerlo de otra forma, no sé quién se quedará con el móvil, solo podré hablar los sábados a las 10:30 mañana; si algún sábado no me conecto, intentaré dejar un mensaje. Podía romper con el mundo, pero jamás con mis amigas. Gracias, chicas, ahora debo colgar, cuidaos y hasta el sábado.

—Cuídate y cuídanos a la pequeña; háblale de nosotras.

—Claro, siempre le hablo de sus tres hadas madrinas. Os quiero, chicas, nunca lo olvidéis.

—Nosotras también a ti. —Se cortó la comunicación.

—Al menos se la ve feliz y contenta, es su vida y creo que tomó la decisión adecuada.

—Tienes razón, Bea, por lo menos podremos saber de ellas. ¿Qué haremos con el teléfono? ¿Quién se lo llevará?

—Si no os importa —dijo Bea—, me gustaría tenerlo yo; si algún sábado no pudiera estar a las diez y media, podía pasártelo a ti, Ariel.

—Creo que es lo justo, además, las dos os conocisteis antes, convivisteis aunque fuera una semana, tenéis un vínculo especial; si me lo quedo yo y un sábado no puedo conectarme a las diez y media, no podríamos saber de ella —dije.

—Perfecto, creo que es lo mejor, y cuando tú no puedas, cuenta conmigo.

Por la tarde, quedamos con Sandra y le explicamos lo que le decía Diana en la carta.

—Me ocuparé de la casa hasta el regreso de Diana, idos tranquilas.

—De acuerdo, Sandra —apunté—. Mañana quedaremos para que firmes el documento que nos

dejó Diana; a las diez aquí, después nos queda un largo viaje, queremos salir pronto.

—De acuerdo, hasta mañana, entonces.

Apuramos las últimas horas en Granada; esa mañana fuimos y abrimos el apartado de correos, cogimos el dinero e hicimos lo que nos dijo en la carta, salimos de compras, a cenar y nos pusimos al día hablando de los preparativos de las bodas. —La vida continuaba y vieron feliz a Diana, que es lo que más les preocupaba; sabía que estaban a salvo.

Lejos de allí, Michael y Lara se sintieron tan a gusto juntos que quedaron de nuevo el sábado. Michael la recogió temprano en su casa.

—¿Te apetece salir de la ciudad?

—Perfecto, hace mucho que no salgo, llevo demasiado tiempo de casa al trabajo.

—Pues coge algo de ropa, nos vamos.

—¿Nos vamos? ¿Pero dónde iremos?

—Déjame sorprenderte.

—Me encanta que me sorprendan. Dame diez minutos; enseguida bajo.

Mientras Lara cogía algo de ropa, Michael la esperó tomándose un café en el bar que había frente a su casa, se sentía feliz, por fin volvía a vivir. En ese momento, se acordó de su esposa y pensó en voz baja: «Sé que donde estés, te sentirás feliz, es más, creo que en parte tú has provocado este encuentro». Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había entrado Lara y le dijo que estaba lista y preparada.

—¿Pues a qué esperamos? —Como todo un caballero que era, cogió la maleta, la llevó hasta el coche y la metió en el maletero; Lara se fijó que él ya tenía la suya dentro, se montaron en el coche, Lara le miró y con una sonrisa de complicidad le dijo:

—¿Y si te hubiera dicho que no, que prefería quedarme aquí?

—Pues menudo fastidio, con lo que odio hacer maletas. Además, sabía que me dirías que sí, ¿quién se puede resistir a mis encantos? —Se miraron y rieron.

—Pero bueno, ¡serás presuntuoso!

—¿Yo? Qué va, pero sabía que tenías tantas ganas como yo de salir de la gran ciudad a un lugar más tranquilo, sin ruidos sin tanta gente alrededor.

—La verdad es que sí, gracias, necesitaba respirar, dejar de pensar y comenzar de nuevo a vivir.

—No me tienes que dar las gracias, más bien yo a ti, por permitirme conocerte un poco más.

Fueron todo el camino hablando, se les pasó el viaje rápido, se desviaron por un camino sin asfaltar donde a lo lejos se veía una casa preciosa.

—Te gustará, la compré no hace mucho, pero la verdad es que apenas he venido. El lugar me parece precioso; además, está el pueblo muy cerca, se puede ir andando. Si te apetece, cuando dejemos las maletas, te enseñaré los alrededores; sé que te va a gustar tanto como a mí. —Antes de entrar en la casa, abrió las puertas de las ventanas, que eran de madera, para que entrara la luz.

—Qué bonita, Michael, parece de cuento, es preciosa.

—Me alegro mucho de que te haya gustado. Me hablaron de ella unos clientes, por si conocía a alguien que quisiera comprar en el campo una casa, que no estaba muy alejada de la ciudad y que era preciosa, que unos amigos suyos querían venderla porque sus hijos se habían hecho mayores y ya apenas venían; me picó la curiosidad y vinimos a verla; en cuanto la vi, me cautivó y la compré, eres la primera persona que traigo, espero que me acompañes muchas veces más. —Ella lo miró y le sonrió.

—Depende: si eres buen cocinero, me lo pensaré.

—Entonces no hay problema; pasaremos aquí muchos fines de semana.

—Ahora ponte cómoda mientras enciendo la calefacción y voy abriendo para que entre más luz. Siéntate cerca de la chimenea, llamé esta mañana a una señora que cuida la casa para que la encendiera. —Lara se acercó hasta la chimenea, le encantaba el olor a leña quemada, cerró los ojos y era como si volviera a su niñez.

—Hacía mucho tiempo que no me sentía tan feliz como ahora, y todo gracias a ti.

—Siempre que estés conmigo, prometo que te sentirás así, con una sonrisa en los labios. —Ella se giró, acarició su cara, se miraron con tanta ternura, sus labios se unieron por primera vez en un beso apasionado, él no podía separar sus labios de los de ella, era la segunda vez en su vida que sentía un amor igual.

—¿Sabes que eres preciosa? —dijo mientras le cogía de la mano—. ¿Te apetece que demos un paseo? Hace una mañana estupenda.

—Me apetece pasear, y más por el campo, se ve todo tan verde que da gusto perderse una temporada en un lugar así. —Iban en silencio agarrados de la mano, como si la vida se hubiera detenido en aquel instante, era agradable oír el sonido de los pájaros y los que te ofrece la naturaleza cuando todo es silencio.

—¿Te das cuenta con qué poco se puede sentir uno feliz?

—Es verdad, con tan solo estar con la persona adecuada en el momento preciso.

—Creo que es mejor que demos la vuelta; ya va siendo hora de que volvamos; te voy a sorprender con una comida deliciosa.

—Sí, ¿y puedo saber el menú o también es sorpresa?

—Hoy quiero sorprenderte para que nunca quieras alejarte de mí.

—Eso suena muy bien. —Cruzaron una mirada cómplice—. Entonces me dejaré sorprender. — Llegaron a la casa y, mientras él se ocupaba de la comida, ella se sentó junto al fuego.

—¿Qué tal una copita de vino blanco? ¿Te gusta?

—Sí, claro. —Se fue a la cocina; mientras él hacía la comida, ella le observaba callada

—¿Qué piensas? Estás muy callada.

—¿La verdad? Que cocinar no es lo mío, te veo con tanta soltura, yo soy un puro desastre.

—A mí me relaja mucho; además, me gusta comer bien.

—Fue una comida deliciosa, el vino con el que la acompañaste estaba riquísimo. —Recogieron entre los dos la mesa y se sentaron frente a la chimenea, no pararon de hablar de lo que habían sido sus vidas hasta ahora, se dieron cuenta de que compartían muchas cosas en común.

—¿Te has dado cuenta de que ya es casi de noche? Encenderé las velas, me gusta más la calidez que dan las velas.

—Qué bonito, me encanta estar a la luz de las velas. —Él se acercó hasta la cocina y trajo dos copas y una botella de champán que tenía enfriando, la puso sobre la mesa.

—Dime qué música te gusta, aunque creo que en este momento tan especial, qué mejor que música romántica.

—Pues sígueme sorprendiendo.

—Música romántica de los ochenta y noventa.

—Qué bonitas; creo que has estado investigando mis gustos para sorprenderme. —Él le hizo un guiño.

—¿Lo dudabas? —Ella le sonrió y le dijo que eso era trampa; él le contestó que de alguna forma tenía que conquistarla y le sirvió una copa.

—Este brindis será por nosotros y todo lo bueno que nos depara el futuro.

Sin apenas darse cuenta, entre copa y copa y sin dejar de charlar de ellos, dijo Lara:

—Creo que se me está subiendo el champán. —Con una sonrisa pícaro, le dijo Michael:

—Pues creo que llegó el momento de que te saque a bailar. —Le extendió la mano; de fondo se escuchaba la canción de Serrat y Noa, *Es caprichoso el azar*.

—¿Sabes? Siempre me gustó bailar, es como unir dos cuerpos mientras vuelan sus almas, hay algo que no te he dicho y es que me gusta escribir, es como vivir varias vidas en una.

La miró y le dijo: «Me encantas». Ella sintió como su corazón se aceleraba, él se le acercó más. Mientras seguían bailando, sus ojos tenían un brillo especial, le susurró al oído que no se alejara nunca de él; ella le miró y le respondió que no lo haría, llevaba demasiado tiempo esperándole. Se fundieron en un beso apasionado; poco a poco, fueron dejando sus cuerpos desnudos mientras recorrían tímidamente uno el cuerpo del otro. Sus manos se entrelazaban y sus cuerpos sentía sensaciones nuevas que hacía tiempo que habían olvidado, era la unión perfecta, de pasión y amor; siguieron abrazados desnudos sobre la alfombra que había junto a la chimenea. Michael se inclinó, cogió la manta que había sobre el sillón y la cubrió con ella.

—Gracias, Michael, por ser tan especial conmigo. Nunca nadie me trató como tú, por eso mi miedo a volver a enamorarme, pero contigo todo es tan diferente.

—No debes darme las gracias; cuando te vi mirando el cuadro con tanto amor, no podía apartar mis ojos de ti, me di cuenta de lo especial que eres. —Ella le sonrió.

—Esto no es un sueño, ¿verdad?

—No es un sueño, en todo caso, es lo que llevamos soñando mucho tiempo y se nos hizo realidad; nos merecíamos ser felices, ¿no crees? —Y ella asintió con la cabeza y se volvió a abrazar a él, se sentían tan bien bajo aquella manta, abrazados, que no se dieron cuenta del tiempo que había pasado—. Va siendo hora de que preparemos algo de cenar.

—Me iré a dar una ducha.

—Perfecto, te acompañaré, creo que esa ducha es demasiado grande para uno solo.

—¿Sabes que estás loco? —Volvió a besarla y le dijo: «Loco por ti». La cubrió con la manta, subieron a la planta de arriba, le enseñó dónde estaba el cuarto de baño y el dormitorio—. Es precioso, me encanta, pero necesito mi maleta.

—Estás preciosa —le guiñó un ojo y le sonrió—, subiré las maletas, pero ni se te ocurra meterte en la ducha sin mí. —Lara abrió el grifo para que se fuera calentando el agua.

—¡¡¡Sale el agua helada y no acaba de salir caliente; me estoy congelando!!!

—Claro, no me esperaste, están confundidos los grifos, le diste al del agua caliente —le gritó desde abajo—, pero ese es el del agua fría; lo siento cariño. —Se dio una ducha rápida, seguía saliendo el agua casi fría, se puso ropa cómoda y bajó a la cocina.

—Dime dónde están las cosas, que seré tu pinche de cocina.

Mientras ellos estaban haciendo la cena, en un pueblo costero, no muy lejos de allí, aquel mismo día, se disponía Diana a hacer la cena para ella y su pequeña. Vivían en una casa de una sola planta, cerquita del mar, con un pequeño jardín; se ocuparía de enseñar pintura en los colegios que había cerca de allí, clases extraescolares a niños y adultos; no es que fuera a ganar mucho, pero le daría para vivir y con el dinero que había sacado del banco antes de ir a la policía, podía permitirse algún capricho.

—Ay, Miriam, si tus madrinas supieran que vivimos cerca de ellas, pero no deben enterarse, ese será nuestro secreto. —La pequeña la miraba con los ojos muy abiertos y le sonreía. Llamaron a la puerta—. ¿Quién es?

—Soy su vecina, ¿puede abrirme? Necesito que se quede un ratito con mi bebé; ¿podría hacerme ese favor? —Diana abrió la puerta, aunque ahora su nombre no era Diana, sino Andrea, y el de su

pequeña, Elisa, aunque a ella le costaba llamarla así.

—Hola, me llamo Andrea.

—Yo, Emma, vivo en la casa de al lado, solo será una hora, tengo una entrevista de trabajo en una cafetería que hay cerca de aquí, sé que es tarde, pero se quedaron sin cocinera y me acaban de llamar. Cuando vuelva, te contaré; mi marido se pasa la vida viajando, no tengo con quién dejar a mi pequeña.

—Dime al menos cómo se llama. —Y ya casi montada en el coche le dijo:

—Judith, se llama Judith. Gracias, volveré enseguida.

—Muy bien, Judith y Miriam, portaos bien. Mientras, terminaré de hacer la cena, nada de llorar ni de enfadarse. Pequeña, a tu madre debe hacerle mucha falta ese trabajo para dejarte con una desconocida, pero tranquila, que aquí estarás muy bien. —Les preparó la cena, se la dio y se quedaron dormidas cada una en su sillita; justo cuando se disponía a cenar volvieron a llamar a la puerta.

—Hola, soy yo, Emma, ¿me puedes abrir?

—Hola, ¿qué tal la entrevista? ¿Conseguiste el trabajo?

—No sé, dice que tiene que hacer más entrevistas esta noche y mañana a primera hora me dirán algo, pero creo que les gusté.

—Pues me disponía a cenar; si quieres, pongo otro plato y cenamos juntas.

—Creo que ya por hoy abusé demasiado de ti dejándote a mi pequeña.

—No te preocupes, apenas conozco a nadie aquí, me vendrá bien charlar un ratito con un adulto; me paso el día hablando con Elisa, pero nunca me contesta. —Se miraron y se rieron.

—Pues creo que estamos las dos iguales. —Aquello parecía el comienzo de una amistad.

35. LA VIDA CONTINÚA

Pasaron las semanas y todo continuaba igual, cada sábado hablábamos con Diana, se la veía feliz con su nueva vida. Aunque añoraba Granada, tenía la corazonada de que volvería, que esto solo había sido una nueva etapa de su vida, pero que regresaría algún día, dejaría de esconderse y sería libre. El juicio sería en unos meses, eso le preocupaba, hubiera preferido no tener que pasar por ese trance y tener que declarar, pero ya no había marcha atrás; lo que realmente le preocupaba es qué le contaría a su pequeña de su padre cuando fuera más mayor, no sabía si sería mejor para ella ocultarle su identidad, pero en realidad para eso faltaba mucho tiempo, para qué preocuparse ahora; pensó que cuando llegara el momento, decidiría y que, hiciera lo que hiciera, tomaría la decisión acertada.

Lejos de allí, yo seguía con los preparativos de la boda, me sentía feliz pensando que compartiría el resto de mis días con mi gran amor, era tan feliz que a veces me daba miedo tanta felicidad. Mi trabajo me apasionaba, aunque a veces era duro, porque no alcanzaba a entender cómo podían algunas personas sobrellevar tanto sufrimiento, para mí eran héroes anónimos; gracias a ellos comencé a valorar más todo lo que me rodeaba. Me daba cuenta de que la mayoría eran felices con lo poco que tenían, como la señora mayor que entrevisté para un programa en que hablaban de la ley de dependencia; le habían recortado tanto el dinero que le daban que apenas le llegaba para vivir, tenía a un hijo a su cargo que nació con parálisis cerebral, le dijeron que no llegaría a la edad adulta y ya tenía cuarenta y ocho años; ella se ocupó siempre de él tan amorosamente que le dio vida, a través de su amor y sus cuidados. Su marido no pudo con esa situación y la dejó a los tres años de nacer Lucas, que era así como se llamaba, y ella tuvo que tirar adelante con él y sus otros dos hijos, una madre coraje de las muchas que encontró; hubo una frase que me dijo que nunca olvidaría: «Lo mejor es no nadar contracorriente, deja que el río te lleve, porque al final de la vida, todos acabaremos en el mismo lugar». Eso me hizo reflexionar sobre la vida y decidí dejar de nadar contracorriente.

Lejos de allí, Bea se pasaba el día en la oficina, la tenían muy bien considerada y cada día que pasaba le daban más responsabilidades; por un lado se sentía bien, pero casi no tenía vida personal, todo giraba alrededor de su trabajo, vivía en un continuo estrés y pensó que eso no era bueno, casi no tenía tiempo de ultimar los preparativos de la boda, apenas le quedaban dos meses para que llegara ese día, se sentía cansada, necesitaba un cambio radical, no aguantaría mucho tiempo más esa situación, quería formar una familia y eso significaba tener hijos, cuidarlos y sabía que compaginar familia y trabajo sería complicado. Una mañana, vio un anuncio en un periódico: traspasaban una antigua librería, su sueño de siempre, era lo que le gustaba, estar rodeada de libros, y sin decir nada, llamó y esa misma tarde se pasó a verlo, simplemente se enamoró de aquel lugar, olía a libros, a historias, necesitaba una pequeña reforma, pero era perfecta, en una

zona muy buena y un lugar con encanto. Habló con el dueño, no pedía mucho de traspaso, le dijo que al día siguiente volvería con una respuesta, necesitaba pensárselo, no quiso comentárselo a nadie, le dirían que es una locura con el trabajo que tenía, pero estaba decidido desde el primer instante en que entró allí; sabía que se la quedaría, tenía dinero ahorrado y le daría para llevar adelante su proyecto, se sentía aliviada y feliz; al fin y al cabo, podía pedir una excedencia.

Aquella noche casi no pudo dormir, estaba nerviosa, feliz y convencida de que el paso que iba a dar era uno de los más importantes de su vida.

Al día siguiente, se levantó temprano, entró a trabajar antes para dejar todo preparado, quería pedirle a su jefe si podía salir a las doce, habló con él y le dijo que tenía que salir a media mañana por asuntos personales, y él no puso problemas. A las doce como había programado salió del trabajo, se pasó por el banco, retiró dinero, sería para una parte del traspaso; llegó a la librería, habló con el dueño, le dijo que se la quedaba, le dio el dinero, hicieron un documento y le dijo que a partir del mes que viene era toda suya y que se alegraba mucho de que fuera ella, porque se veía el amor que sentía por los libros.

Había quedado para comer con su Javier, él le dijo que no sabía qué le pasaba, pero que tenía un brillo especial en los ojos. Ella aprovechó para contarle sus planes; él se quedó sin saber qué decir, le preguntó si estaba segura, que le quedaban dos meses para la boda, que tendrían muchos gastos, ella lo miró y le dijo que iba a cumplir su sueño y era ahora o nunca, que sentía no haberlo comentado con él, pero que era la decisión que había tomado y no quería que nadie le influyera; entonces, él alzó la copa de vino y le dijo: «Pues brindemos por el nuevo proyecto»; le dijo que siempre la apoyaría.

Aquella misma noche, mando un *whatsapp* a sus amigas para contárselo. Nos pusimos muy felices por ella, sobre todo yo, ya que siempre supe desde la universidad que era su sueño. Por su parte, Ariel seguía feliz, había encontrado como ella decía a su alma gemela, habían programado un viaje ese verano a México para que él conociera sus orígenes, de los que se sentía muy orgullosa; la vida les sonreía a las cuatro amigas; de una forma o de otra, todo era perfecto en sus vidas.

Pero una mañana sonó el teléfono, y no era sábado, como tenían estipulado entre ellas. Bea se preocupó y corrió a cogerlo, sabía que algo pasaba. Al otro lado, Diana lloraba desconsoladamente, le pidió que se tranquilizara; como pudo le contó lo que sucedía. Bea le rogó que le desvelara dónde vivía; fuera donde fuese cogería el primer vuelo, no podía estar sola, no ahora.

36. MIRIAM VUELVE A MÍ

Bea habló por WhatsApp con Ariel y Lucía.

—Diana nos necesita, acabo de recibir una llamada, está desesperada, ingresaron anoche a Miriam, es meningitis, la niña está muy grave, los médicos le dieron pocas esperanzas de vida; dicen que si se salva, sería un milagro y que en un alto porcentaje quedan secuelas, pero no quiere decirme dónde está; volverá a llamar en media hora.

—Debes convencerla, no puede pasar por esto sola.

—Tiene razón Lucía, por lo menos acompañarla una de nosotras; nuestra amistad es incondicional y así deber ser toda la vida; debemos apoyarnos, es una promesa que hicimos, debes convencerla, Bea.

—Si es lo que quiero hacer; no puede estar sola.

—Yo hablaré con Michael y le contaré lo que sucede, porque si nos necesita, después iré yo.

—De acuerdo, aún me quedan días también —comenté—, organicémonos; lo importante es no dejarla sola.

—Un momento, está sonando el móvil, ahora os cuento.

—Hola, Diana, ¿cómo sigue la pequeña?

—Hola, Bea, sigue igual, no puedo estar con ella, la estoy viendo a través de un cristal, mi pequeña, tan chiquitita y llena de tubos, cuánto dolor. Bea, esto no podré superarlo, lejos de todos, ¿qué sentido tiene mi vida sin ella? Ella es mi motivo de vivir, de luchar; si se me va, ¿qué me quedará?

—No pienses en eso. Es una luchadora, como su madre, saldrá adelante, ya lo verás, ahora lo importante es que me digas dónde estás, cogeré el primer vuelo, aunque sea al fin del mundo, no dejaré que pases por esto tú sola, hablé con Ariel y Lucía, nos turnaremos, déjanos ir a tu lado.

—No puedo, la protección de testigos me dijo que nada de comunicarme con personas de mi vida anterior, y lo he incumplido.

—Bea, escúchame, olvídate del programa, ahora nos necesitas; dime dónde estás. —Hubo unos minutos de silencio—. Diana, ¿sigues ahí? Contéstame, por Dios.

—Sí, sigo aquí, y tienes razón, os necesito, no puedo más, vivo a dos horas de Londres, en un pueblecito costero que se llama Brighton; ¿lo conoces?

—No, nunca fui, ¿cómo podemos estar tan cerca y tan lejos! Voy al trabajo, pediré una semana que me deben y ya te contaré, porque dejo el trabajo; esta tarde a primera hora estaré allí, le dejaré el teléfono a Ariel para tenerlas informadas.

—Solo una cosa más; aquí no me llamo Diana, me llamo Andrea, y la pequeña, Elisa.

—De acuerdo, no te preocupes, me acordaré. Ahora me voy corriendo al trabajo, quiero llegar cuanto antes, no desesperes, amiga, sé que saldrá adelante, tengamos fe, tú siempre me decías que

no tenías creencias religiosas; pues ahora es el momento de aferrarse a quien tú quieras, siempre nos acompañan ángeles terrenales, pídeles por tu pequeña y, aunque os separe un cristal y no puedas abrazarla, haz que le llegue todo tu amor, nos vemos en unas horas. Te quiero.

Mientras Bea se dirigía al trabajo, nos contó a Ariel y a mí dónde se encontraba Bea, que apenas estaba a dos horas de distancia y que saldría para allá en un rato. Llegó al trabajo y habló con su jefe, le explicó la situación, su jefe le dijo que no había problema, que se cogiera los días que necesitara; de regreso a casa, llamó a Javier y le explicó lo que sucedía.

—Cariño, por eso debo marcharme.

—Tranquila, lo entiendo, no dejes de llamarme y decirme cómo se encuentra, intentaré ir el fin de semana, llévate el coche; yo no lo necesitaré.

—De acuerdo, ahora debo colgar; voy a casa a hacer la maleta, te quiero.

Bea llegó a casa, hizo rápido la maleta y salió hacia Brighton, quería llegar antes de comer, no podía ni imaginar por lo que estaba pasando su amiga.

Después de dos horas de camino por unos parajes preciosos y con un solo pensamiento, la pequeña Miriam, llegó hasta el hospital, se acercó a una enfermera, le preguntó y le dijo que se dirigiera a la tercera planta; viendo que no llegaba el ascensor, subió por las escaleras y fue hasta el mostrador, donde se encontraba otra enfermera.

—Por favor, ¿me puede decir dónde está una pequeña de apenas unos meses que ingresó anoche con meningitis?

—Sí, siga el pasillo hacia adelante y al finalizar verá una puerta, llame al timbre; avisarán a su madre.

Cuando se encontraron Bea y Diana, se fundieron en un abrazo.

—Tranquila, amiga, ya estoy aquí; cuéntame cómo está la pequeña.

—Sigue igual, inconsciente, debí traerla antes, pero pensé que era fiebre, como otras veces, pero cuando vi que su cuellecito se quedaba rígido, me vine corriendo hasta el hospital y aquí sigo desde anoche, agotada.

—¿Comiste algo?

—No tengo ganas, solo quiero mirarla a través del cristal y esperar un milagro. —Miró a Bea y con lágrimas en los ojos le dijo—: No puede irse, perdí a mi madre con tan solo nueve años, después a mi abuela, ella es lo único que tengo aparte de vosotras, es mi vida. —Rompió a llorar desconsoladamente en sus brazos.

—Cálmate, así solo conseguirás enfermarte, te iré a buscar algo de comida; mientras, sigue con ella, ahora regreso. Las dos amigas comieron algo, pero era tal el dolor que Diana apenas podía tragar, intentaba ser positiva, aún no habían pasado las veinticuatro horas.

—Debe mejorar; si me dejaran tocarla y abrazarla... Ahora necesita todo mi amor y el calor de mi regazo; necesito estar con ella.

Las horas pasaban lentamente y la pequeña seguía igual, cada minuto, cada segundo, se hacían eternos. Diana no se separaba del cristal que había entre ella y su pequeña; a Bea se le partía a pedazos el corazón al escucharla.

—Mi amor, debes recordar, escucha esta canción, mamá te la canta todas las noches, desde que supe que estaba embarazada ni una sola noche sin cantártela, te gusta tanto, me miras con esos ojitos tan lindos y mientras te la canto se van cerrando poco a poco mientras caes en brazos del hada de los sueños. Pequeña mía, nos faltan muchas cosas por hacer y por vivir, muchas risas, algún que otro llanto, cuando te falle una amiga y esa sensación de mariposas en el estómago

cuando te enamoras por primera vez, tienes que sentirlo; lucha, mi pequeña, mamá está aquí y no dejará de estar a tu lado nunca, no me dejes, eres todo lo que tengo, vuelve a mí.

—Diana, ¿sabes qué he pensado? Que te grabaré en el móvil y pídele a las enfermeras que le ponga la canción una y otra vez.

—De acuerdo, me parece una idea genial. ¡Por qué no se me ocurrió antes! Recuerda, si viene alguien, aquí me llamo Andrea, y mi pequeña, Elisa; es mejor que me llames así.

—No te preocupes, Andrea —las dos sonrieron—, ¿a qué esperamos? Graba la canción. —Con la voz entrecortada y sin que apenas le saliera del cuerpo se puso a cantar—. Debes hacer un esfuerzo, cántala como se la cantabas cada noche; cierra los ojos y siéntela entre tus brazos.

—De acuerdo. —Cerró los ojos, hacía como si la meciera y comenzó a cantar la canción. Cuando terminó, le hizo un gesto para que siguiera grabando—: Mi pequeño tesoro, siente la voz de mamá, mis abrazos, estoy aquí a tu lado, no dejes que te alejen de mí; lucha, pequeña mía, con tantas fuerzas como puedas y regresa para quedarte a mi lado para siempre.

—Me has emocionado, cuánto me alegro de que aquel día cogieras el tren equivocado. — Llamaron a la enfermera.

—Sabe que no puedo dejarla pasar.

—Solo quiero que le ponga esta canción; es la que le canto cada noche, que oiga mi voz, póngasela una y otra vez, ella me necesita tanto como yo a ella; ayúdeme. Si tiene hijos, me entenderá.

—De acuerdo, lo hablaré con el doctor, denme unos minutos.

—Gracias, muchas gracias. —Esperaron tras la puerta y salió la enfermera—. Dígame que sí, por favor.

—Deme el móvil, se lo pondremos. —Abrazó a la enfermera.

—Gracias, muchas gracias, sé que mi pequeña despertará.

Le pusieron la canción una y otra vez, pero nada, todo seguía igual; habían pasado más de tres horas.

—Amiga, debes descansar, échate un ratito en estas sillas, yo estaré pendiente; si hay algún cambio, te avisaré.

—No pienso moverme de aquí, sé que va a despertar. —Salió el doctor y se dirigió a ellas.

—Hola, siento decirles que no habido ningún cambio, todo sigue igual, tenía la esperanza de que en estas horas la pequeña despertara.

—Pero, doctor, me dijo veinticuatro horas; aún quedan dos.

—Sí, pero ya ve cómo esta, hay muy pocas esperanzas, lo siento.

Lo miró y le dijo:

—¡Despertará!

Cuando se fue el doctor, miró a su amiga y le dijo lo mismo.

—Tiene que despertar. Abuelita, desde que te fuiste, siempre te siento cerca de mí; ayúdame, no permitas que se la lleven, tiene una vida por delante, soy tan feliz cada día cuando despierto a su lado, como yo sé que tú lo eras cuando estabas junto a mí, no es justo, la necesito. —Se abrazó a Bea y rompió a llorar.

—Sentémonos, aunque sea unos minutos, estás exhausta.

—De acuerdo, un momento solo.

Pero sin darse cuenta y de tanto llorar, el cansancio le venció, se quedó dormida. Mientras Bea seguía pegada al cristal, de pronto comenzó a ver movimiento por la habitación, corrieron las

cortinas que había tras el cristal. Bea no sabía qué sucedía, golpeó el cristal y con los golpes Diana despertó.

—¿Qué pasa, por qué cerraron las cortinas?

—No lo sé, han empezado a correr y han echado las cortinas. —La miró con cara de desesperación:

—Dime que no se ha ido mi pequeña.

Cayó al suelo, sus llantos se oían por toda la planta; a los pocos minutos, se abrió la puerta y salió el doctor.

—Dígame que mi pequeña está bien.

37. DE VUELTA AL HOGAR

—Está mejor, ha respondido a pequeños estímulos, eso no quiere decir que esté fuera de peligro, y no sabemos si está dañada alguna parte de su cerebro, es muy pequeña, eso se verá en los próximos días, pero lo importante era que despertara y ya lo hizo, le ha bajado la fiebre y ya puede entrar con ella, pero debe ponerse la ropa que le traerán, y no se quite la mascarilla, por favor.

—No se preocupe, doctor. —Le cogió la mano antes de irse y con lágrimas en los ojos le dijo —: Gracias por salvar a mi pequeña; hoy nos salvó a las dos, no sé qué hubiera hecho sin ella.

—Tan solo hice mi trabajo, pero le agradezco sus palabras. Si necesita algo, soy el doctor Galván; esta noche estoy de guardia y soy español como ustedes. —Sonrió, vieron cómo se alejaba y las dos comenzaron a dar saltos de alegría, como si fueran dos colegialas—. Creo, Bea, que deberías irte a dormir, te haré un pequeño mapa para indicarte dónde se encuentra mi casa; aquí no puedes estar toda la noche y yo me quedaré a su lado y de allí no me moveré.

—De acuerdo, pero creo que antes deberíamos hablar con Ariel y Lucía aunque sea un poco tarde: estarán muy preocupadas.

—Tienes razón. —Nos llamaron desde el móvil de Bea, primero hablaron con Ariel y después conmigo. Nos alegramos de que la pequeña hubiera mejorado; estábamos felices—. Bea, no puedo bajar la guardia, escuchaste al doctor, aún está grave, esperemos que no le haya afectado a ningún órgano y mi pequeña se críe sana.

—Seguro que sí, amiga, ahora solo dime la dirección, pondré el navegador y me iré a descansar un rato, volveré por la mañana temprano; cualquier cosa me llamas, y ahora ve con la pequeña, que sé que estás deseando. —Se abrazó a su amiga y le dio las gracias por no dejarla sola.

—¿Sabes qué? Hoy decidí que no pienso seguir escondiéndome; quiero volver a casa, allí está mi lugar, el trabajo que amo y echo tanto de menos. Cuando mi pequeña mejore, volveré a Granada, lo visitaré en la cárcel y le diré que no nos esconderemos por algo que hizo él, que si quiere dejar a su hija huérfana y sin madre, porque padre no tiene, él verá, pero que pague su culpa y nos deje en paz.

—Bueno, ahora no debes preocuparte de eso; ya lo hablaremos, ve con la pequeña, que te necesita a su lado, escucha cómo llora, seguro que solo la consolarán tus palabras y tu canción; anda, ve.

Los días pasaron rápido y la pequeña estaba mucho mejor, era tan fuerte como su mamá. El fin de semana llegaron Ariel y Javier. Ariel se quedaría hasta el jueves, cuando seguramente le darían el alta. Me dijeron que no hacía falta que fuera, que Miriam ya estaba fuera de peligro y que nos veríamos en un mes en la boda de Bea y Javier, porque no pensaba perdérsela, que estaba decidida y que volvería a Granada, que se acabó el esconderse, que ella no había hecho nada, que

había hablado con protección de testigos y que aunque no estaban de acuerdo, no podrían protegerla, pero ella les dijo que lo que tuviese que ocurrir, ocurriría, que su destino estaba escrito y que no quería vivir toda su vida con miedo y una identidad falsa; en cuanto Miriam estuviera bien para viajar, regresarían. Poco a poco todo volvió a la normalidad, Ariel se había marchado el jueves, el mismo día que le dieron el alta a Miriam; a la semana siguiente, Diana guardó en cajas lo poco que tenía, se despidió de su vecina, le dio su teléfono y le dijo que si algún día iba a España, no dejara de visitarla; cogió a Miriam, se dirigieron al aeropuerto y volvieron a casa. Allí la esperaba yo para estar con ellas el fin de semana.

—Pero qué grande está Miriam, es preciosa, Diana, creo que hiciste lo correcto, aquí está tu lugar.

—Lo sé, amiga, ahora estoy fuerte y ya no tengo miedo; después de lo que he pasado, la vida me ha dado una segunda oportunidad y debo estar aquí. Sé que seremos felices; además, lo mejor de todo es que creen que no le ha quedado ninguna secuela.

—Bueno, ¿y qué harás ahora, piensas ir a declarar?

—Por supuesto; aún no se sabe la fecha del juicio, pero declararé y antes quiero hablar con él; mi abogado no está de acuerdo, hablé con él esta semana para contarle lo que había decidido, me dijo que ya había sido una locura dejar el programa de protección de testigos, pero que encima quisiera hablar con él era de locos y que lo más seguro era que no pudiese por ser testigo de la acusación, pero le dije que lo intentase, que necesitaba verlo; quedé el lunes en su despacho.

—Pues creo, Diana, que tiene razón tu abogado, deberías pensarlo y olvidar ese tema, debes pasar página y comenzar con Miriam una nueva vida; quién sabe, seguro que conoces a un chico que merezca la pena.

—Hombre, pensándolo bien, el abogado no está nada mal, pero es una pena que esté casado. —
Reímos las dos.

—Gracias, Lucía, por estar aquí, sé que tanto Bea como tú estáis muy apuradas con los preparativos de las bodas, no sabéis cuánto os agradezco a las tres que no me hayáis dejado sola; nunca, aunque viviera muchas vidas, os podría pagar lo que habéis hecho por mí. Sois mi verdadera familia.

—Tú hubieras hecho lo mismo por cualquiera de nosotros, las amigas son incondicionales y deben estar siempre en los buenos pero sobre todo en los momentos difíciles y duros, y ahora cambiemos de tema. ¡¡¡Estoy supernerviosa!!! La verdad es que ya nos queda bien poco para la boda, estoy tan ilusionada, me casaré con el amor de mi vida, lo pienso y me parece mentira, tantos años enamorada de él, había perdido toda esperanza, pero la vida nos sorprende.

—Me alegro tanto por ti, te mereces lo mejor y sé que lo mejor es él. —De pronto sonó el timbre.

—¿Esperas a alguien, Diana?

—La verdad es que no; ¿quién puede ser a estas horas?

38. UN ABRAZO ENTRE AMIGAS

—Vayamos a ver quién es. —Diana miró por la mirilla, pero no vio a nadie—. No hay nadie, será algún chiquillo. —Pero justo cuando se dan la vuelta, de nuevo el timbre; nos miramos las dos extrañadas y abrimos.

—¡¡¡Sorpresa!!! ¿Pensabais que nos íbamos a perder este fin de semana? Pues de eso nada; traemos cava y algo de cena.

—¡Estáis locas! ¿Qué hacéis aquí las dos? Bueno, pero si estás a nada de la boda, Bea.

—¿Para qué están las amigas si no es para estos momentos? Además, ya está todo preparado, solo me falta la última prueba del vestido, que será una semana antes de la boda, ¡¡¡qué nervios!!!

—Calla, no me pongas nerviosa —añadí—, que a mí no me queda tampoco mucho y yo aún no tengo casi nada. Bueno, sí la ceremonia, la celebro en casa de mis padres y el banquete también, quiero una boda íntima, con poquitas personas, y siempre soñé con hacerla en el jardín de la casa de mis padres; esta semana me pondré ya a organizarlo todo; y tú, Ariel, a ver si eres la próxima.

—Creo que antes se casará Diana. Yo seré la última.

—¿Yo?! Estás loca, Ariel, si no tengo pareja; además, déjame, que vivo muy tranquila con mi pequeña, no quiero hombres en mi vida, soy de las que siempre se van con el hombre equivocado, no más hombres en mi vida.

—Conocerás a alguien y no debes tener miedo, piensa que no todo el mundo es igual, ¿recuerdas la noche que te conocí, que estábamos en el mismo *pub* y me invitaste a que me sentara con vosotras? Te dije, si no recuerdo mal, que Miriam sería tan luchadora como tú y, ya ves, tan pequeña y ya lo ha demostrado, y también te comenté que después de que naciera, harías cuadros preciosos y que llegaría alguien a tu vida y te ayudaría, pues llegará.

—¿Pero lo estás diciendo en serio? Mira que no salgo más de casa.

—Qué importa que no salgas, es el destino, él está en tu cruce de caminos y aparecerá.

—Sabes que me está dando miedo. Pensaba ir abajo a buscar pan; ¿no será el de la tienda? Que ese no es mi tipo. —Reímos las cuatro.

—Solo te digo que te prepares para conocer el verdadero amor, abre tu corazón, te mereces ser feliz y lo serás.

—¿Me estás hablando en serio? Ahora cada vez que vea un chico en la calle, pensaré si será él. No, aquel, que es más guapo.

—Anda, boba, deja de decir tonterías —le dijo Ariel—, tan solo déjate llevar por la vida, sin pensar en nada más; bueno, ve al por el pan mientras nosotras ponemos la mesa.

—¿Hablabas en serio, Ariel?

—Sí, claro, son intuiciones que tengo, no es nada más, pero casi siempre se suelen cumplir.

—Dime que intuyes que me ira bien con Miguel —le dije.

—Para eso no necesitó intuición, te irá de maravilla, estáis hechos el uno para el otro, siempre fue así; además, solo piensa que nada os pudo separar, solo la distancia, siempre os llevasteis en el corazón.

—Chicas, Miriam se acaba de despertar, la podéis coger, estoy liada en la cocina.

—Ya voy —gritó Ariel. La cogió entre sus brazos y la meció sin apenas pestañear—. Cógela, Lucía, yo no puedo, es demasiado doloroso. —Y vio como caían lágrimas de sus ojos.

—Tranquila, Ariel, la pequeña ya está bien, no ves cómo sonrío.

—Ya estoy aquí —gritó Diana dando un portazo a la puerta— y nada, aún no me encontré con el amor de mi vida, tranquilas.

—¿Qué ocurre, Ariel? ¿Te encuentras bien? —preguntó Diana al verla llorar.

—¿Qué pasa? —dijo Bea. Ariel comenzó a hablar con la voz entrecortada.

—Apenas sabéis nada mí, solo lo que yo os conté, y ya veis, me habéis acogido como una más; nunca me hicisteis preguntas, no tengo más familia que vosotras; es tan difícil estar sola en el mundo.

—Pero nos tienes a nosotras, y ese chico tan maravilloso que está locamente enamorada de ti, Alan te adora, solo hay que verlo.

—Igual no quiere saber más de mí cuando le cuente una parte de mi pasado que nadie sabe.

—Me estás asustando —le dije.

—Llevo demasiado tiempo con esta carga. Pensé que pertenecían al pasado, pero al coger a Miriam, millones de recuerdos me vinieron a la memoria, nunca pude hablar de ello. Además, la noche del *pub*, cuando nos presentó Lucía, os lo dije, había algo de lo que no podía hablar, pero creo que llegó el momento.

—Somos tus amigas y, pase lo que pase, no vamos a abandonarte, y creo que Alan tampoco, todos tenemos un pasado; mira el mío —dijo Diana—; ¿crees que me siento orgullosa de mi pasado? Pero miro a Miriam y todo se olvida.

—Ya, ese es el problema, que yo no puedo mirar a mi pequeña para que todo se olvide.

—¿Has dicho a tu pequeña, Ariel? —pregunté consternada—. ¿Acaso tienes una hija? Si es así, ¿dónde está?

—En Londres. —De pronto, sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es verdad lo que os conté sobre mi vida, pero obvié un detalle, porque recordarlo es muy doloroso para mí. El último año de la universidad conocí a un chico, nunca olvidaré las palabras de mi abuelita un fin de semana que fui a verla, ya estaba enferma, debí dejar la universidad ese año para cuidarla, pero ella no quiso, la verdad es que en el pueblo éramos como una gran familia y las vecinas se ocupaban de ella, y yo iba casi todos los fines de semana; estábamos las dos sentadas, frente a la chimenea, yo contándole mis cosas de la universidad y de pronto me miró y me dijo: «No dejes que entre en tu vida, solo te hará daño y te dejará un vacío que no podrás llenar con nada, eres inteligente, aléjate de él». Entonces no entendí nada. Pasó el tiempo y no volví a pensar en ello, pero a mitad de curso, una noche que salí con unas compañeras, le conocí, era el típico chico que gusta a todas las chicas: universitario, guapo, simpático, y me enamoré perdidamente; estaba tan ciega que apenas iba a ver a mi abuelita y ella cada día estaba más enferma. El poco tiempo que tenía quería pasarlo con él, un día me sentí mal, tenía mal cuerpo, náuseas, no sé, sentía mi cuerpo extraño, se lo dije a él y me dijo que me quedara en casa descansando, que él tenía que estudiar, le dije que se viniera a estudiar a mi casa y me dijo que no, que prefería quedarse en la suya, lo entendí, vivíamos mi compañera y yo en apenas cincuenta metros, mientras que él vivía en una casa grande, su familia tenía una posición social acomodada, aunque nunca llegué a conocerlos. Pues

bien, aquella noche me di cuenta de que igual estaba embarazada, nunca tuve una menstruación regular, pero hacía demasiado tiempo que no la había tenido, me asusté, le dije a mi compañera que necesitaba buscar una farmacia, le conté lo que me pasaba, me dijo que ella sabía dónde había una abierta veinticuatro horas, que no estaba lejos de allí, nos fuimos pero por el camino tuve una de mis corazonadas, le dije que me acompañara a un *pub* donde sabía que él solía juntarse con sus amigos; además, nos pillaba de paso. Cuando llegamos, vi que su coche estaba un poco más adelante aparcado y, antes de llegar, lo vi salir con una chica agarrada de la mano, me quedé paralizada, como ahora, cuando tenía en mis brazos a Miriam; mi compañera se dio cuenta de que era él, pero le dije que nos fuéramos de allí. Me acababan de romper el corazón, justo lo que me había dicho mi abuelita, pero lo peor fue cuando me hice el test de embarazo y dio positivo, cómo decírselo a ella, que me había advertido, no sabía qué hacer, si tener él bebe o no; decidí irme unos días a casa y contárselo todo, ella era tan buena que ni tan siquiera me dijo que me lo había advertido, tan solo que terminara el curso, ya que era es mi último año de universidad. Le pregunté qué hacer, si debía tenerlo, ella me dijo que tan solo escuchara a mi corazón, pero a veces el corazón no dice nada, me sentí perdida, asustada y él no dejaba de llamarme, pero no le cogía el teléfono. Eso sí lo tenía claro, no quería volver a verlo, volví a la universidad y se presentó en mi casa; lo eché sin contarle nada, tan solo que no quería saber nada de él. Había decidido tener el bebé, fueron pasando los días, las semanas y mi barriguita comenzó a crecer. Antes de terminar el curso, ya estaba de casi cinco meses. Una mañana que fui a recoger unos apuntes a casa de una amiga que vivía cerca de él, lo vi, se quedó parado al verme, tan solo me dijo: «Pues sí que tardaste tiempo en encontrar a otro». Ni se imaginaba que pudiera ser suyo, ni yo quería que lo supiera, solo le dije: «No todo es lo que parece», y me fui. Acabé la universidad y regresé al pueblo, mi abuelita estaba muy enferma, falleció un mes antes de que naciera mi pequeña; di a luz sola, nadie me acompañó al hospital, me llevé a mi pequeña a casa, pero casi no tenía dinero, sobrevivimos gracias a la ayuda de las vecinas, mi abuelita solo me dejó su casa y algo de dinero que gasté para comprarle cosas a mi niña; decidí vender la casa y comenzar una nueva vida lejos de allí.

»Un día se presentó en mi casa una asistente social, me dijo que cómo iba a poder mantener a mi hija sin trabajo y sin apenas dinero; le dije que pensaba vender la casa y que estaba buscando trabajo, pero al poco tiempo volvieron y me dijeron que no podía mantenerla y que iría a una institución hasta que tuviera un trabajo; le pedí un mes más, que me estaban ayudando, que ella estaba bien, pero no me hicieron caso, y ese fue el último día que tuve en brazos a mi pequeña. Me pasé días buscándola, de institución en institución, pero fue como si se la hubiera tragado la tierra, de eso hace ya cuatro largos años, y ese es el vacío que tengo; debí haberle hecho caso a mi abuelita, pero era joven y creí comerme el mundo y, ya veis, el mundo me comió a mí, separándome de mi niña. Tan solo sabía que la dieron en adopción en Europa. Por eso, mis viajes, aparte de hacer los cursos, es porque la buscaba, y esta es mi triste historia, y la verdad es que no sé cómo contárselo a Alan, tengo miedo de perderle, lo siento, sé que debí contároslo, pero nunca encontré el momento; ahora ya sabéis mi verdad y mi miedo.

Diana se acercó a ella, la abrazó y le dijo que no estaba sola y que se fijara en que ambas tenían vidas parecidas.

—Las dos nos criamos con nuestras abuelas, perdimos a nuestro padres siendo niñas, las dos nos equivocamos a la hora de elegir el padre de nuestras hijas y nos encanta pintar; parecemos hermanas. Tranquila, la encontraremos, cueste lo que cueste, ya no estás sola en tu búsqueda.

—Cuéntaselo a Alan, estoy segura de que lo entenderá; te ayudaremos —dijo Bea; yo también

me acerqué se acercó Lucía y nos fundimos las cuatro en un abrazo.

39. UNA CONFESIÓN COMPROMETIDA

Ariel parecía que se hubiese quitado un peso de encima al contarnos su secreto, pero ¿qué pasaría con Alan? ¿Lo entendería o se volvería a quedar sola y sin el amor de su vida?

A la mañana siguiente, nos reunimos las cuatro a desayunar.

—¿Sabéis? —dijo Ariel—. Esta noche casi no he dormido, la verdad es que me he quitado un peso de encima, y tenéis razón, he decidido que en cuanto llegue mañana se lo contaré a Alan, sé que me arriesgo, pero la decisión está tomada, es parte de mi vida y una parte muy importante que él debe conocer; no quiero secretos entre nosotros.

—Nos parece bien —contestamos las tres.

—Anoche nos dijiste que creías saber dónde vivía tu pequeña; si es así, ¿por qué no hiciste nada?

—Lo he intentado tantas veces, Lucía, ¿pero quién soy yo, después de más de cuatro años, para arrebatársela a quien cree que son sus padres? Es muy chiquita, no puedo hacerlo.

—¿Estás segura de que es ella? ¿Cómo has podido averiguarlo? —preguntó Bea—. Las instituciones nunca dicen nada de las familias que adoptan, es todo tan secreto.

—Lo sé, me pasé mucho tiempo buscándola, moví cielo y tierra pensando que viviría en México, pero era como si se la hubiese tragado la tierra, nada, ni una sola pista que pudiera llevarme a ella, y me di por vencida; durante esos años, trabajé allí en una librería, pero quería seguir perfeccionando mis técnicas de pintura y la mejor manera era viajar a Europa, y como os dije, había puesto la casa de mi abuela en venta, y la hija de unos vecinos me la compró. La mañana que fui por el billete para París, me encontré con un amigo de la infancia, fue una casualidad, pero ahora pienso que las casualidades no existen, fue el destino, hacía tanto que no nos veíamos. Me dijo que me invitaba a comer y así nos pondríamos al día de nuestras vidas, le dije que sí, que teníamos que contarnos muchas cosas. Nos fuimos a un restaurante que había cerca de donde nos encontrábamos y comenzamos a hablar de nuestras vidas, lo típico de siempre, que se había casado, que se había mudado a la ciudad, por eso no nos habíamos vuelto a ver, me dijo que trabajaba en un centro de adopción; entonces le conté mi historia y le pedí que me ayudara, al principio me dijo que no, que se jugaría su puesto de trabajo, le dije que sentía habérselo pedido, que lo entendía, y cambiamos de tema y seguimos hablando de cómo nos iba la vida. Me dijo que tenía dos niñas, que eran su vida, y que en parte entendía mi sufrimiento; yo le dije que había vendido la casa de mi abuela y que tenía pensado cambiar de aires, que en breve me iría a vivir a Europa, que acababa de sacar un billete y que en cinco días viajaría a París, pero antes de despedirnos nos dimos los teléfonos.

»A los tres días, recibí una llamada suya me dijo que cuando llegó a casa y vio a sus pequeñas, se acordó de mí y no pudo quedarse con los brazos cruzados, que habían dado a mi hija en

adopción sin mi consentimiento y que estaba cansado de ver casos parecidos, que nos viéramos aquella misma tarde y le diera todos los datos, hasta el más mínimo detalle, y eso hice cuando se despidió de mí. Me dijo: «Dame una semana, retrasa tu marcha, prometo hacer todo lo posible por encontrar dónde vive».

»Y eso hice, cambié mi vuelo, me quedé en casa de una vecina de mi abuela una semana más, me llamó a los cuatro días y me dio toda la información; cómo se llamaban sus padres, dónde vivía, que él era diplomático y que en ese momento vivía en París, imaginaos, donde yo viajaría en días, que eran franceses y que era toda la información que me podía dar. Le di las gracias y le prometí que estaríamos en contacto.

»Y así fue como encontré a mi pequeña, que, por cierto, es preciosa, primero viajé a París, pero al poco tiempo se trasladaron a Londres, terminé el curso que estaba haciendo allí y me fui a Londres; en ese vuelo es donde te conocí, Lucía, y poco más puedo decir.

—Es complicado —dijo Diana—, pero es tu hija, debes ponerte en contacto con ellos y explicarles todo.

—No creas, he estado tentada en varias ocasiones, pero justo en la puerta de su casa, me he vuelto para atrás; pueden desaparecer y nunca más volvería a verla, así por lo menos veo cómo crece, va a un parque muchas tardes, y antes de comenzar a trabajar en la galería, solía ir. Me llevaba un libro, me sentaba en un banco y la veía jugar, se me rompía el corazón de no poder abrazarla; ahora voy algún fin de semana, pero llevo más de un mes sin verla, aunque sé que siguen viviendo allí, en fin, no sé, quizás sea un error, porque yo nunca la abandoné, a mí me la quitaron, y ella debería saberlo; aunque ahora es pequeña, cuando sea mayor y haga preguntas, pensará que la abandoné cuando no fue así, y quizás entonces no quiera saber de mí.

—Encontraremos una solución entre todos —dijo Bea—, ahora dejemos las tristezas a un lado y vayámonos de compras, esta tarde prepararemos mi despedida de soltera, que tiene que ser ya mismo, amigas, ¡¡¡que me caso!!! —Reímos todas.

—¡No me digas! —exclamé—, pero si no nos habíamos enterado; venga, vayámonos de compras.

Pasamos el fin de semana casi sin darnos cuenta; ya de regreso a Londres, aquella misma tarde, Ariel llamó a Alan, le dijo que debía contarle algo muy importante que podría cambiar sus vidas, pero que no le quedaba más remedio, que no quería secretos con él.

—¡Me estás asustando! ¿Acaso te ha ocurrido algo en Granada?

—No, qué va, solo que no quiero tener secretos contigo. Debo contarte algo que forma parte de mi pasado.

—Ah, bueno, me habías asustado, pensé que habrías conocido a algún español; todos tenemos un pasado, pero ¿qué tal si quedamos a las ocho? Te recogeré en tu casa.

—Perfecto, entonces hasta las ocho; no olvides que te quiero muchísimo.

—Y yo, mi vida.

Ariel pasó toda la tarde nerviosa, pensando la manera de decírselo; lo último que quería en esta vida sería perderlo, siempre que estaba preocupada por algo se acordaba de su abuela, y se puso a pensar en voz alta: «Abuelita, siempre has estado a mi lado en los buenos y en los malos momentos, lloré mucho cuando te fuiste, me quedé tan sola, te necesito tanto, pero ya ves, la vida no es como una lo planea; sé que si existe un cielo, allí estarás junto a papá, mamá y el abuelo. Cuando me quitaron a mi pequeña, pensé que no podría seguir viviendo, pero me enseñaste a luchar y saqué fuerzas, aunque siempre pensé que si tú hubieras estado a mi lado en ese momento, quizás ahora estaría con mi pequeña. Sé que siempre me escuchas y que estás a mi lado, eres mi

ángel terrenal, o así lo creo yo, te pedí encontrarla, y ahora que sé dónde vive, ya ves no sé qué hacer, me siento perdida, pero hoy te pido tu ayuda, para que Alan sepa entenderme y no me deje, que entre los dos encontremos una solución. Abuelita, ayúdame a encontrar el camino a seguir». Dieron las ocho y allí estaba Alan, tan puntual como siempre.

—Cielo, sube, prefiero que hablemos aquí en casa.

—Hola, preciosa. —La besó apasionadamente—. Sé que han sido dos días, pero me cuesta tanto separarme de ti. Bien, dime qué es eso tan grave que tienes que contarme, me tienes preocupado.

—¿Te apetece algo de beber? Yo me estaba tomando una infusión; tengo cerveza, ¿te saco una?

—De acuerdo, pero que esté bien fría.

Ariel le sacó la cerveza, se sentaron y comenzó a contarle toda la historia; él se mantenía en silencio, escuchándola, sin decir nada.

—Alan, eso es lo que quería contarte. Puedo entender que después de esto no quieras saber nada de mí, pero no podía seguir ocultándotelo, es una parte muy importante de mi vida, este fin de semana se lo conté también a mis amigas; ellas no sabían nada.

Hubo un silencio entre los dos, Ariel lo miraba y él seguía callado.

—Di algo, Alan, no soporto este silencio.

LA CAJITA DE LOS RECUERDOS

—Lo siento, cariño, no te mereces por lo que has pasado, y si lo que te preocupa es que te deje, es que aún no me conoces. —Se acercó a ella, la besó y la abrazó; así estuvieron durante unos minutos, las lágrimas caían sobre las mejillas de Ariel, ella solo pensaba en la suerte que había tenido en conocer a Alan—. Bueno y ahora dime qué piensas hacer. ¿O es que acaso piensas pasarte toda una vida yendo a un parque para ver cómo crece? ¿Y cuando ya sea adolescente, qué pasará? ¿Dónde irás a verla? ¿Y si trasladan a su padre, qué harás? Porque yo no pienso perderte, y aquí tenemos nuestras vidas; tú me dirás qué piensas hacer.

—No lo sé, estoy tan perdida, dime qué puedo hacer, ¿voy a su casa y le cuento toda la historia? Igual desaparecen y nunca más vuelvo a verla. Si acudo a la policía, él es diplomático, igual no sabían que era una adopción ilegal y que yo nunca firmé esos papeles.

—Pues algo hay que hacer, no nos quedaremos con los brazos cruzados.

—Está bien, déjame pensar, no es tan fácil como parece, ella ya tiene casi cinco años, ellos son sus padres, sería cruel separarlos de ellos; igual nunca me lo perdonaría.

—Sí, quizás en eso tengas razón, pero podrías llegar a un acuerdo, tenerla tú algunos fines de semana y, sobre todo, contarle la verdad, que sepa que tiene dos mamás.

—No sé, es tan pequeña que quizás no lo entienda; lo importante es que pudiera estar en su vida y cuando sea un poco más mayor, contarle la verdad. Mañana iré, hablaré con ellos; además, aquí, en esta cajita, tengo toda la documentación y fotos de ella cuando era un bebé, mías, de mis padres y mi abuelita; como yo digo, la cajita de mis recuerdos.

—¿Puedo verla?

—Claro, siempre he querido enseñártela, pero tenía tanto miedo de que te alejaras de mí.

—Qué tonta estás y qué poco me conoces si piensas que podría dejarte porque tuvieses una hija; al contrario, estoy deseando conocerla, si quieres te acompaño mañana, pediré el día libre.

—Gracias, cielo, pero esto debo hacerlo sola, estaré bien, ¿no te importa, verdad?

—Claro que no, pero quiero que en cuanto salgas de allí, me llames y me cuentes qué ha pasado; y ahora enséñame tu cajita de los recuerdos, que estoy deseando verla.

—De acuerdo. Mira, esta soy yo con cinco años, la edad que tiene ahora mi pequeña, y esta es ella, se la hice hace dos semanas en el parque; no me digas que no es preciosa.

—Sí, además, se parece mucho a ti; sin duda, cuando te vean, sabrán que no mientes. De todas formas, llévalas esta foto; sabrán que eres su madre.

Aquella noche casi no pudo dormir, pero solo sentir los brazos de Alan rodeando su cuerpo le daba seguridad; sabía que hacía lo correcto y que de alguna forma no iría sola, sentía que sus padres y su abuela siempre la protegían desde donde estuvieran.

Aquella mañana revolvió todo el armario, a Alan lo tenía loco.

—¿Qué te parezco así? Demasiado informal, ¿verdad? —Volvió al armario y se puso un traje de chaqueta, lo miró, pero le pareció que así iba demasiado sería—. ¡Dios, qué locura!

—¿Sabes, Ariel? Con lo que te pongas irás preciosa, no te preocupes, debes ir con lo que te sientas más cómoda, eso te dará más seguridad; ahora, siéntate a desayunar, que se enfriará el café.

Terminaron de desayunar, Alan se fue al trabajo, no sin antes besarla y desearle mucha suerte.

—Y recuerda, pase lo que pase, en cuanto salgas, llámame; ¿te dejo de camino?

—Gracias, mi amor, pero prefiero ir paseando; además, esperaré un poco, aún es temprano, saldré sobre las diez.

Antes de irse, mandó un *whatsapp* al grupo que tenía con sus amigas, les contó la reacción de Alan y que esa mañana iría a hablar con los padres de su pequeña, que después les contaría; le contestamos rápidamente que tuviera mucha suerte.

Se fue dando un paseo. Cuando se iba acercando a la casa, los nervios le podían, casi se le cae la cajita de los recuerdos; le sudaban tanto las manos, pensaba que no iba a poder, estuvo a punto de darse la vuelta; cuando vio que salía alguien de la casa, aligeró el paso y con una voz que casi no le salía del cuerpo dijo:

—Por favor, ¿está la señora? Necesito hablar con ella.

—Lo siento, señorita, pero llega tarde, ya está elegido el personal que se necesitaba.

—No, no vengo buscando trabajo, necesito hablar con la señora sobre algo muy importante.

—Espere un momento aquí, veré si la puede atender.

—Dígale que me llamo Ariel y que es muy importante que hable con ella.

Al momento volvió, le hizo una señal con la mano para que la siguiera, la pasó a una salita y le dijo que esperara, que la señora bajaría en unos minutos. Se sentó en un sillón que había cerca de una chimenea preciosa; la habitación estaba llena de fotografías de los tres, se los veía tan felices. En ese momento, sintió que quizás debería dejar las cosas como estaban; se veía tan feliz a su pequeña. No llevaría esperando ni cinco minutos cuando sonó la puerta, se giró y era ella, se levantó y fue hacia donde se encontraba, era una señora muy elegante y muy guapa.

—Pues cuéntame; me dijo Brenda que querías hablar conmigo, pero sentémonos; ¿te apetece un café?

—No, gracias, acabo de tomarlo. Ante todo, decirle que me llevó mucho tiempo tomar esta decisión, pero no podría vivir tranquila el resto de mis días si no hubiera venido a hablar con usted. Solo espero que me entienda.

—Pues adelante; cuéntame, que me tienes intrigada.

—Es sobre su pequeña. —Hubo unos segundos de silencio—. Soy su madre y le juro que jamás la abandoné.

41.

YO NO ABANDONÉ A MI PEQUEÑA, ME LA QUITARON

—¿Cómo dice? Eso no puede ser, nuestra adopción fue legal, tengo todos los papeles y en ellos está la firma de su madre biológica. No puede entrar en mi casa sin más, después de casi cinco años y contarme esta historia. Además, ¿cómo sabe que es su hija? En esa época, se adoptaron muchos niños, creo que está equivocada, será mejor que se vaya.

—Solo le pido unos minutos y me iré, por favor, quiero que me escuche, de madre a madre. —Sofía, que así se llamaba, se sentía incomoda; su marido no se encontraba en casa y con esa situación se sentía confundida, pero la miraba y veía tanta desesperación en sus ojos que decidió escucharla.

—Está bien, dese prisa, no quiero que mi hija la encuentre aquí.

—Gracias, muchas gracias. Como le dije, nunca abandoné a mi pequeña; mi embarazo quizás fue una equivocación de juventud, pero nunca me arrepentí, estaba en la universidad, era joven y demasiado ingenua, a pesar de que mi abuelita me advirtió, pero ya ve, no escuché sus palabras o quizás no supe entender lo que me quiso decir. Me quedé sola, ella falleció un mes antes de que naciera mi pequeña, y se preguntará, ¿dónde estaban mis padres?, también habían fallecido y ella fue quien se ocupó de mí. Nos quedamos mi pequeña y yo sin apenas recursos y con una casa que no era capaz de vender, tenía la ayuda de las vecinas y así iba tirando.

»Pero un día, llegó una asistente social y me dijo que sin trabajo y sin recursos no podía criar a mi pequeña, le dije que tenía la casa en venta y que con lo que me dieran comenzaría una nueva vida, que solo era cuestión de tiempo, me dijo que en un mes volvería; no sabía qué hacer, los días pasaban y la casa no se vendía, pensé en irme lejos, ¿pero dónde? Si no tenía dinero, al menos allí teníamos para comer. Al mes volvieron, mi situación seguía igual, y esta vez se llevaron a mi pequeña y me dijeron que cuando vendiera la casa y pudiese mantenerla, fuera a por ella; mientras, ellos se harían cargo. ¿Sabe lo horrible que fue? Era lo único que me quedaba en esta vida, sin ella nada tenía sentido.

»Intenté verla, la buscaba cada día y ni rastro, era como si nunca hubiera existido; denuncié el robo, pero me tomaron por loca y la verdad es que estuve a punto de volverme loca, y así hasta ahora.

»Yo no vengo a reclamar a mi pequeña, solo quiero estar en su vida de vez en cuando, solo eso, y que el día de mañana sepa que yo jamás la abandoné; este es el documento que firmé, léalo, solo dice que se harán cargo de la pequeña hasta que pueda ir a buscarla, debe creerme, nunca firmé otro documento que no fuera este, esta es mi firma, mire la del documento que usted tiene; aunque la imitaran, no sería la misma, y háganos una prueba de ADN, comprobará que no miento, que es mi pequeña, mire esta fotografía, tenía cinco años, la misma edad que tiene ella ahora.

—No sé qué decir, ahora mismo no puedo pensar, debo hablar con mi marido y lo consultaremos con nuestro abogado, es lo único que le puedo decir.

De pronto se abrió la puerta.

—Hola, mami. —Sofía se puso muy nerviosa.

—Ve con Brenda, cariño, ahora mami está ocupada con esta señora. —Pero la pequeña corrió hacia sus brazos y no paraba de darle besos. Ariel las miraba y las lágrimas le corrían por las mejillas; la pequeña se giró y miró a su madre.

—¿Por qué llora, mami, está triste?

—No es nada, cariño, cosas de mayores, pero ya se iba, ¿verdad?

—Sí, ya me voy; además, no estoy llorando, solo es que tengo algo en el ojo que me molesta. ¿Me darías un beso antes de irme? —La pequeña miró a su madre esperando su aprobación y Sofía le sonrió.

—Anda, cariño, ve a darle un beso. —Cuando Ariel la tuvo entre sus brazos y sintió su beso, fue uno de los momentos más felices de su vida, miró a Sofía y le dijo gracias, pero antes de salir del salón, le dio un papel con su número de teléfono.

—Espero noticias tuyas, solo le pido que, como madre, se ponga en mi lugar.

Cuando se fue, Sofía se sentía asustada, llamó a Brenda y le dijo que debía salir, que no tardaría mucho.

—¿Pasa algo, señora? No tiene muy buena cara.

—Nada, Brenda, ocúpate de la pequeña y no salgáis de casa; si vuelve la señorita que ha estado, no la dejes pasar.

—De acuerdo, no se preocupe, váyase tranquila, que así lo haré.

Se dirigió al trabajo de su marido y le contó lo que había sucedido; él estaba perplejo, no entendía nada, y pensaron que lo mejor era consultarlo con su abogado, se citaron con él en media hora y, una vez en su despacho, le contaron todo.

—Ahora dínos qué podemos hacer; ella no quiere reclamar a la niña, pero debemos hacer la prueba de ADN; si da positivo y reclama a la niña y se confirma que realmente ella no la abandonó. No puedo perder a mi pequeña —dijo Sofía.

—Y no la perderás, pero creo que es mejor que hagamos las pruebas; puede que no sea su madre.

—Si lo es, corremos el riesgo de quedarnos sin ella.

—Pero podemos llegar a un acuerdo; igual lo único que quiere es dinero —dijo el abogado.

—No, sé que no le mueve el dinero, teníais que haberla oído hablar; y no creo que le haga falta el dinero.

—Pues entonces lo mejor es que nos reunamos con ella de nuevo aquí en mi despacho y que nos diga qué quiere, ¿os parece bien mañana a las doce?

—Sí, cuanto antes resolvamos esta situación, más tranquilos estaremos —dijo Sofía, que les dio el número de teléfono que Ariel le dejó.

—De acuerdo, la llamaré. —Ariel aún estaba un poco conmocionada con todo lo que había sucedido, aún no había llamado a Alan ni a sus amigas; llevaba largo rato caminando cuando sonó su móvil.

—Sí, dígame, ¿con quién hablo?

—¿Es usted Ariel?

—Sí, soy yo, dígame qué desea.

—Soy el abogado de Sofía y Guillermo, ahora mismo están aquí en mi despacho y nos gustaría

concertar una cita con usted mañana, a las doce; ¿podría asistir o prefiere a otra hora?

—Si no le importa, preferiría a las doce y media.

—De acuerdo, no hay ningún problema. —Le dio la dirección.

—Allí estaré; además, está cerca de mi trabajo. —Cuando colgó, llamó a Alan y le contó todo lo que había sucedido.

—Me parece muy bien, Ariel, pero iré contigo, mañana te acompañaré, y no acepto un no por respuesta; ya no estás sola y no puedes dejarme al margen.

—De acuerdo, sí, pensaba pedirte que me acompañaras, nos vemos más tarde.

En cuanto llegó a casa, habló por WhatsApp con nosotras. Le dimos mucho ánimo y le dijimos que fuera fuerte. Yo le dije que estaba segura de que intentarían darle dinero para que así desapareciera de sus vidas, pero que luchara para que hicieran las pruebas de ADN; así ella también estaría segura de que era su pequeña.

—Lucía, no me hace falta ninguna prueba; cuando la tuve entre mis brazos lo supe, pero es lo mejor para todos, mañana os contaré.

Aquella noche casi no pudo dormir, no sabía realmente qué le dirían al día siguiente; por la mañana, se levantó temprano, preparó el desayuno, fue hacia el dormitorio y despertó a Alan.

—Vamos, dormilón, está el desayuno en la mesa. —Alan se desperezó y la cogió entre sus brazos.

—¿Sabes que estás preciosa hasta con esos pelos alborotados? Eres la mujer más bonita que he visto nunca. —Comenzó a reírse Ariel, ya no imaginaba una vida sin Alan a su lado, era tan cariñoso con ella.

—Pues espera que me veas en una hora, pienso impresionarlos; ayer me compré algo de ropa para la reunión de hoy, porque si piensan comprarme con dinero, no me conocen.

—Esa es mi chica. —Se acercó hacia ella, la besó y le susurró al oído: «Te quiero».

—Cariño, el café se nos enfría —dijo Ariel—. Como sigamos así, me conozco y volveré a meterme en la cama contigo, ¿y tú no quieres llegar tarde al trabajo, verdad?

—Hombre, si es por una buena causa. —Rieron los dos.

—Cielo, creo que el café se nos va a enfriar.

Se metió entre las sábanas y comenzó a besarle, a notar como su corazón se aceleraba sintiendo que las manos de Alan recorrían cada rincón de su cuerpo, haciéndola estremecer de placer, no quería que aquel instante terminara nunca, no era solo pasión, había tanto amor en sus caricias, en sus besos, era tan dulce y a la vez tan apasionado. La miró, mientras sus cuerpos estaban empapados en sudor.

—Creo, cielo, que ahorraremos tiempo si nos duchamos juntos. —Saltó de la cama Ariel—: Quien llegue el último a la ducha paga hoy la cena.

—Eso no vale, juegas con ventaja, el cuarto de baño está a tu lado de la cama. —Rieron los dos.

—¿Sabes, cariño? —le decía mientras abría la ducha—. Hay un restaurante al que tengo muchas ganas de ir, pero creo que un poco caro, ¿puedo elegir?

Se metió en la ducha y comenzó a besarle el cuello y acercó sus labios al oído:

—Claro que puedes elegir. —Ella se giró y con las manos llenas de jabón se las puso en la cara mientras se reía—. Serás, que no veo nada.

—Cielo, yo acabo de ver el reloj, y como no nos demos prisa, llegaremos tarde.

—Si quieres guerra, pues tendrás guerra. —Cogió el champú y se lo echó por la cabeza.

—¡Estás loco! Me acabas de verter medio bote de champú. ¿Cómo me quito ahora esto? No deja de salir espuma. —Alan no paraba de reírse.

—Eso por estropearme mi momento pasión-ducha.

—Tu momento pasión-ducha, sííí. —Cogió el gel y le roció sin parar; no paraban de reírse, le cogió los brazos y la puso contra la pared de la ducha, mientras sus cuerpos permanecían pegados el uno al otro.

—¿Sabes, preciosa? Me vuelves loco, quiero pasar el resto de mis días al lado de esta loquita, y aunque el anillo está en el bolsillo de la chaqueta, y esperaba decírtelo esta noche, ¿qué mejor momento que este? ¿Te quieres casar conmigo?

42. LOS SUEÑOS SE HICIERON REALIDAD

Ella se quedó mirándolo fijamente a los ojos.

—¿Estás hablando en serio? —Lo abrazó fuertemente, mientras le susurró al oído—: Sí, quiero, claro que quiero —mientras pensaba que este instante de felicidad no acabase nunca.

—Démonos prisa, cariño —dijo Alan, salieron de la ducha, tomaron el café ya helado y mientras desayunaban le dijo—: Hoy es un día importante para ti. Se me olvidó decirte que anoche llamé al abogado de mi familia, quiero que nos acompañe si a ti te parece bien; bueno, en realidad, pensé que me dirías que sí, quedé con él a las doce en el bar donde nos conocimos, le conté lo que sucedía, me dijo que allí estaría, te quedaste muy callada.

—Sí, pensaba la suerte que tenía, me parece genial, pediré salir media hora antes, gracias por ser tan especial conmigo, por no salir corriendo cuando has sabido lo de mi pequeña y por darme tantos días mágicos.

—Esto no ha hecho más que empezar, habrá muchos días mágicos, porque tú eres pura magia, haces que los que estemos junto a ti nos sintamos especiales.

Cuando llegó Ariel, aún no había llegado Michael, abrió ella la galería, le encantaba su trabajo, se sentía feliz, rodeada de arte, fue encendiendo las luces, iluminando cada una de las obras que estaban expuestas, se paró justo al lado de un cuadro, era un autorretrato de una anciana y en ese momento se acordó de su abuela; como si fuera ella, comenzó a hablar.

—No me dejes sola hoy, sé que no estaré sola, pero necesito sentir que estarás de alguna forma conmigo, abuelita, ayúdame, ¿viste lo bonita que es? —Oyó una voz que le decía «¿quién es bonita?» y se asustó.

—Siento haberte asustado, pensé que me habías oído entrar.

—La verdad, Michael, que me quedé mirando el cuadro, me recordaba a mi abuelita y me puse a pensar en alto, debo contarte algo. —Le contó todo a Michael, que era un hombre muy sensible; para él Ariel era como la hija que no tuvo; se emocionó al escuchar su historia, comenzaron a asomarle algunas lágrimas, la miró y le dijo:

—Siento mucho que hayas pasado por todo eso, pero ahora tienes a muchas personas que te queremos, debiste contármelo antes y no cargar tú sola con ese peso, pero, bueno, lo que cuenta es hoy y estoy convencido de que llegaréis a un acuerdo por el bien de todos, y más que nada por la pequeña y por ti y, por supuesto, podrás salir antes; has debido llamarme y cogerte la mañana.

—Gracias, Michael, pero prefiero estar aquí, me siento más tranquila, sé que debí contarle, pero me dio miedo, soy tan feliz, hoy Alan me pidió que me casara con él y me encantaría que fueses mi padrino.

—¡Pero bueno, eso hay que celebrarlo, muchas felicidades, pequeña! ¡Claro que seré tu padrino!
—La abrazó como un padre—. Qué feliz me hace; desde el día que entraste por esa puerta, sabía

que serías parte de mi vida, te sentí como una hija, se te veía tan frágil, y ya ves como me equivoqué, eres una luchadora, me siento muy orgulloso de ti. Venga, pongámonos a trabajar, creo que nos llegan cuadros nuevos y debemos hacerles hueco.

—Perfecto —dijo Ariel.

Se les pasó el tiempo volando. Ariel miró el reloj y ya eran las doce y cuarto cuando entró Alan a recogerla; Michael lo felicitó y le dijo que se sentía muy feliz por los dos, no sin antes desearles suerte.

—Llámame, en cuanto salgas; estaré impaciente esperando noticias.

—Sí, no te preocupes, Michael, y gracias por ser tan bueno conmigo. —Salieron hacia el bar donde habían quedado con el abogado y por el camino le contó a Alan la conversación que había tenido con él y que le pidió que fuese su padrino de boda, y que había aceptado.

—Será un padrino perfecto —dijo Alan—, creo que deberíamos este fin de semana quedar con mi familia y con Michael y Lara. Aunque esta mañana ya se lo comuniqué a mis padres, hay que hacerlo oficial.

—Me parece perfecto.

Entraron en el bar y estaba allí Jaime, el abogado. Ariel no lo conocía, pero él ya sabía gran parte de la historia. Mientras iban camino del bufete, le hizo unas cuantas preguntas, sobre todo qué quería ella, ¿recuperar a su hija? Ariel le dijo:

—Eso me encantaría, pero no sería justo, creo que sus padres fueron engañados como yo, quiero una custodia compartida, verla a menudo y sobre todo que sepa la verdad.

—De acuerdo, pues entremos.

La reunión no fue fácil, pero llegaron a un acuerdo, sería una custodia compartida, la vería dos tardes a la semana dos horas y fines de semana y vacaciones compartidas. Decidieron que hablarían con la pequeña las dos, Sofía y Ariel, que le contarían la historia de una manera que ella la entendiese, solo tenía cinco años. Antes de irse, Ariel se dirigió a ellos y les dio las gracias.

—Sé que no es fácil para ustedes, pero es mi pequeña, jamás la abandoné. —Ellos le dijeron que lo entendían y que nunca supieron que su adopción era ilegal, que gracias por no denunciar el caso, que confiaban en ella y que la llamarían para quedar ese mismo fin de semana y hablar con la pequeña. Ariel miró a Sofía y le dijo con lágrimas en los ojos—: Gracias, me han hecho muy feliz y puede estar tranquila, sé cómo la ha cuidado y no quiero ocupar su lugar, solo deseo quererla y que me quiera y, sobre todo, que sepa la verdad.

Ya en la calle, Ariel se abrazó a Alan y le dio las gracias a Jaime, no fue fácil, pero lo había conseguido, llamó a Michael y le contó cómo fue la reunión; él se alegró mucho por ella, le dijo que más tarde, cuando volviera al trabajo, le contaría todo mejor. Aprovechó también para llamarnos a las tres y ponernos al día. También nos comunicó que tenía otra buena noticia: Alan le había pedido que se casara con él. Ariel nunca olvidaría este día.

Esa noche, durante la cena, Alan le dio el anillo, se sentía tan feliz.

El sábado quedó con Sofía y su pequeña, fueron a comer juntas, era tan risueña, no paraba de reírse, y Sofía le contó que ella se llamaba Ariel, que había niños que tenían dos mamás, y que ella era una niña muy afortunada, porque Ariel también era su mamá. La pequeña la miró extrañada.

—Sí, mi vida, ella te tuvo en su barriguita durante nueve meses, pero desapareciste de su lado, un señor se la quitó y papá y yo te encontramos y desde entonces te cuidamos, y ella te ha estado buscando y ¿ves qué suerte has tenido que te ha encontrado? Eres una niña con mucha suerte, a partir de ahora podrás estar con ella y con nosotros.

La pequeña la miró, le sonrió, la cogió de la mano y le dijo a Ariel:

—Vamos a los columpios. —Y salió corriendo, miró a Sofía y le dio las gracias. Mientras Ariel y la pequeña Susan reían en los columpios, Sofía las miraba a través del ventanal del restaurante, sabía que había hecho lo correcto; se acercó a ellas y les dijo.

—Iré a hacer unas compras; nos vemos más tarde en casa.

—Vale, mami. Ariel, vamos al tobogán, al más alto, que ya soy mayor.

—Gracias de nuevo, a las ocho estaremos allí.

Pasaron una tarde perfecta, la llevó a casa para que la conociera Alan, jugaron los tres sin parar y, cuando se iba, le dio un beso y le preguntó: «¿También tengo dos papás?». Se quedaron sin palabras y Alan le contestó que sí si ella quería. Ella contestó con toda la inocencia del mundo: «Vale». La dejó entonces a las ocho; corrió a los brazos de Sofía.

—Mami, ¿se puede quedar a dormir Ariel? —Rieron las dos.

—Creo que Ariel tiene una cena importante, cariño, otro día; además, el fin de semana que viene lo pasarás en su casa. —La miró sorprendida.

—Sí, ¿y volveremos a los columpios, Ariel? ¿Y estará Alan con nosotros?

—Claro, preciosa, ¿me das un beso, que me tengo que ir? —Corrió hacia ella, la abrazó y le dijo:

—Me gusta tener dos mamás.

—Y a mí una niña tan linda.

Se sentía tan feliz. En menos de un año, su vida había dado un cambio radical: pasó por una pequeña iglesia que había cerca de su casa, siempre le llamó la atención, pero nunca había entrado; necesitaba estar sola y poder asimilar todo lo que le había pasado, decidió entrar y se sentó en uno de sus viejos bancos de madera, pensó en su abuela y en sus padres, no poder vivir con ellos esos momentos de tanta felicidad, aunque sabía que de alguna forma ellos estaban siempre cuidándola; se acercó un señor y le dijo que cerraban en diez minutos.

—De acuerdo, me iré enseguida, gracias.

Miró el reloj y apenas tenía una hora para prepararse para la cena; salió corriendo hacia su casa. Cuando llegó, le dijo a Alan:

—Cariño, ya sé dónde nos casaremos, es una pequeña iglesia que hay aquí al lado, acabo de entrar, necesitaba estar un rato sola y me ha encantado, espero que no te importe.

—Claro que no, no había pensado en ninguna, me parece bien, iremos esta semana a reservar el día. —Se puso un vestido verde, que se había comprado la tarde anterior.

—¿Te gusta? ¿Crees que es apropiado para esta noche?

—Estás guapísima, es hora de irnos, cariño, o llegaremos tarde.

La cena fue perfecta; los padres de Alan estaban encantados con ella, se la veía tan frágil, tan dulce y a la vez tan luchadora, y lo más importante, veían a su hijo tan feliz a su lado, concretaron sobre los preparativos de la boda que sería en cinco meses. Ariel le pidió a Daniela, la madre de Alan, y a Lara que la acompañaran a elegir el vestido de novia, y las dos estuvieron de acuerdo; terminaron de cenar y fueron a tomar unas copas. Cuando llegaron a casa, le dijo a Alan:

—¿No estoy soñando, verdad? Todas estas cosas maravillosas me están ocurriendo.

—Claro que te están ocurriendo; esta semana, tus sueños se hicieron realidad.

43. YA NADA NOS PODRÁ SEPARAR

Y llegó el día más esperado para Bea, el día de su boda, era la primera de las amigas que se casaba; allí estábamos las cuatro, seríamos sus damas de honor.

—Creo que hoy estoy un poco nerviosa, pero, amigas, solo un poco —dijo Bea—. Nos han pasado tantas cosas juntas, gracias por ser mis damas de honor y estar a mi lado en este día tan importante, solo quería deciros que os quiero mucho. Lucía, tú eres la siguiente, no te queda nada, es lo que siempre soñaste, me alegro por ti, sé que hubo momentos duros, pero supiste esperar. ¿Qué decirte, Diana? Que sé que eres muy feliz con tu vida, con tu pequeña, pero, cuidado, que de una boda salen cuatro, igual la tuya es una de ellas y de momento tienes tres bodas a la vista. —Reímos todas—. Y a ti, Ariel, me alegro por todo lo bueno que te ha pasado últimamente, sobre todo haber recuperado a Susan, pero te recuerdo que fallaste: dijiste que Diana se casaría antes que tú, pues ya puedes darte prisa, Diana, te quedan cuatro meses. —De nuevo, reímos todas.

—Bueno, ¿quién sabe? Todo puede ser —dijo Ariel.

Nos abrazamos a Bea y le deseamos mucha felicidad. Llamaron, entonces, a la puerta y una voz dijo que había llegado la hora.

—Estás preciosa, Bea —le dije—. ¿Quién nos iba a decir que seguiríamos tan unidas después de tantos años, con las locuras que hicimos en nuestra época universitaria? Y ahora míranos. Chicas, llegó el momento de acompañar a Bea al altar.

Entró su padre: «Estás preciosa, hija». Se cogió a su brazo y salieron hacia la iglesia.

Fue una ceremonia muy bonita, el *lunch* fue en un pueblecito a las afueras de Londres, en un pequeño hotel, muy al estilo de Bea, sobre las ocho se despidieron de todos, cogían aquella misma noche un vuelo, Bea siempre quiso conocer Tailandia, y hasta allí viajarían a pasar su luna de miel.

Los días y las semanas pasaban y cada día yo estaba más nerviosa, no me podía creer que ese fin de semana me fuera a casar con el amor de mi vida. Nunca pensé que llegaría ese momento; siempre soñé que llegaría el día, que estaríamos de nuevo juntos, pero lo veía como un sueño inalcanzable. Hubo un momento de mi vida en que perdí toda esperanza, y por eso decidí olvidar el pasado y comenzar desde cero al lado de Jesús, interiormente sabía que nadie ocuparía el lugar de Miguel en mi corazón, pero debía olvidarlo y pensé que era feliz a su lado hasta que de nuevo volvió aparecer Miguel. Me di cuenta de que nadie más que él había ocupado mi corazón, que era un error, no estaba enamorada de Jesús. Miguel y yo nos amábamos a pesar del tiempo y la distancia.

Llegó el sábado y de nuevo estábamos juntas las cuatro amigas.

—Chicas, llegó mi día, tanto tiempo soñando con este momento, y ya veis, solo quiero deciros que quizás sin vosotras no hubiera sido posible. Estaba tan asustada y perdida sin saber qué hacer

y me disteis la fuerza necesaria para tomar la decisión más importante de mi vida; solo espero que siempre contemos las unas con las otras y debemos prometer en este instante que nada ni nadie nos separará, que siempre nos contaremos lo bueno y lo malo y que nos apoyaremos. Sois las mejores amigas; gracias a las tres por ser tan especiales. Ya sabes, Ariel, la siguiente la tuya, sé que estarás preciosa y serás tan feliz como lo soy yo ahora mismo, o como Bea hace un mes, y tú, Diana, espero que encuentres el chico que te haga muy feliz.

La boda fue preciosa, fue en el jardín de la casa de mis padres. Salí del brazo de mi padre, llevaba en la muñeca puesta la libélula, como lo habían llevado todas las mujeres de la familia, estaba acompañada por mis amigas, mis damas de honor. Miguel me esperaba en el jardín junto a su madre, veía a su hijo tan feliz. Nos juramos amor eterno y que nunca nada ni nadie volvería a separarnos. Fue un día inolvidable.

—Date prisa en despedirte o perderemos el tren, cariño, ya llamé al taxi. —Comenzaron a caer unas pequeñas gotas de lluvia y entré en el taxi.

—Por favor, tiene quince minutos para llevarnos a la estación, de tren, no podemos llegar tarde.

—Tranquila llegaremos.

—Este tren no lo perdemos, cariño. —Me cogió entre sus brazos y me besó apasionadamente.

DEJAR DE AMAR Y DE SOÑAR ES DEJAR DE VIVIR. POR ESO, SIENDE, SUEÑA Y AMA.

FIN